

La Iglesia, el cuerpo de Cristo

Autor: C. H. Mackintosh

«Dios tiene una Iglesia en el mundo. Así como antaño había una “congregación en el desierto” (Hechos 7:38), hay hoy una Iglesia que pasa por este mundo como Israel pasaba por el desierto. Israel no era del desierto, sino que pasaba a través de él; la Iglesia de Dios no es del mundo (Juan 17:16): no hace más que atravesarlo. Hay actualmente en la tierra “un Cuerpo”, en el que habita el Espíritu, unido a Cristo, la Cabeza. Esa Iglesia, ese Cuerpo, está constituido por todos los que creen verdaderamente en el Hijo de Dios, y que están unidos en virtud del gran hecho de la presencia del Espíritu Santo. No se trata de una opinión, o de cierta idea que pueda aceptar o no a gusto de cada cual. Es un hecho divino.

Aviso legal / Derechos:

© Ediciones Bíblicas – 1166 Perroy (Suiza/Switzerland)

Índice

Introducción.....	5
Públicamente y por las casas	7
Volvamos.....	11
Israel y las naciones.....	15
El remanente en el pasado y el presente.....	19
El reinado de Ezequías	19
El reinado de Josías	21
La cautividad - Daniel	22
Nehemías	24
Malaquías	25
El evangelio de Lucas	27
La epístola de Judas.....	28
Tiatira	31
Sardis.....	32
Filadelfia.....	32
Laodicea.....	34
Todo hijo de Dios debe hablar de Cristo a los pecadores perdidos	36
Los compañeros de David y los amigos de Pablo	38
El rocío de Hermón.....	41
Diversidad y unidad	44
Un cuerpo	48
El sacerdocio cristiano.....	52
“Viva”	52
“Santo”	55
“Real”	56
¿Qué eres: ayuda o estorbo?.....	60
La Cena del Señor	65
Pensamientos sobre la Cena del Señor.....	67
¿Qué es la Cena del Señor, y qué anuncia?	68
La Cena del Señor y su relación con la unidad del cuerpo de Cristo	70
La Cena es la expresión de la unidad de todos los creyentes.....	72
Todos los creyentes son «un solo pan y un solo Cuerpo»	73
Las circunstancias en que fue instituida la Cena del Señor	75
Relación entre la Cena del Señor y la Pascua judía.....	77
Las personas para quienes fue instituida la Cena del Señor	78

Motivos que mantienen al creyente ausente de la Mesa del Señor	79
El momento y la manera de celebrar la Cena del Señor	83
Jericó y Acor - Privilegio y responsabilidad	88
Privilegio implica responsabilidad	92
El valle de Acor	98
Enseñanzas para la Iglesia	103
La disciplina de la asamblea	110
Su fundamento	110
Naturaleza de la disciplina	111
Objetivo de la disciplina	113
Hermanos santos.....	116
El título de “hermanos santos”	116
La base del título de “hermanos santos”	117
Necesitábamos ser “santificados”	118
La relación del “Primogénito” con los “muchos hermanos”	118
El Apóstol de nuestra profesión	121
El Sumo Sacerdote de nuestra profesión	123
Un Sumo Sacerdote que se compadece de nuestras debilidades	123
Su incesante intercesión a favor de nosotros en la presencia de Dios	124
Él presenta a Dios nuestros sacrificios de alabanza y acciones de gracias	125
“Considerémonos unos a otros”	126

Introducción

Dios tiene una Iglesia en el mundo. Así como antaño había una “congregación en el desierto” (Hechos 7:38), hay hoy una Iglesia que pasa por este mundo como Israel pasaba por el desierto. Israel no era del desierto, sino que pasaba a través de él; la Iglesia de Dios no es del mundo (Juan 17:16): no hace más que atravesarlo. Hay actualmente en la tierra “un Cuerpo”, en el que habita el Espíritu, unido a Cristo, la Cabeza. Esa Iglesia, ese Cuerpo, está constituido por todos los que creen verdaderamente en el Hijo de Dios, y que están unidos en virtud del gran hecho de la presencia del Espíritu Santo. No se trata de una opinión, o de cierta idea que pueda aceptar o no a gusto de cada cual. Es un hecho divino. Que quiera o no quiera aceptarse, no deja por eso de ser una gran verdad. La Iglesia es un cuerpo que existe, y nosotros somos miembros de él si somos creyentes. No podemos evitar serlo ni ignorarlo; estamos actualmente en esta relación, habiendo sido bautizados en un cuerpo por el Espíritu Santo (1 Corintios 12:13). Este Cuerpo, la Iglesia, está organizado por el Espíritu Santo y sostenido por su Cabeza viviente, por medio del Espíritu y por la Palabra, según leemos: “Porque ninguno aborreció jamás su propia carne; antes la sustenta y regala como también Cristo a la Iglesia” (Efesios 5:29).

Existe, pues, hoy, una Iglesia en la tierra como en otro tiempo hubo un campamento en el desierto. Y así como Dios estaba presente en aquel campamento para suplir todas las necesidades del pueblo, de igual modo ahora está presente en la Iglesia para gobernarla, para dirigirla en todo, según está escrito: “En quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu” (Efesios 2:22). Esto es enteramente suficiente. Solo nos falta acogernos, por una fe sencilla, a esta gran realidad. El nombre de Jesús responde a todas nuestras necesidades, como responde también a la salvación del alma. “Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mateo 18:20). ¿Ha dejado esto de ser verdad? ¿O bien, la presencia de Cristo no basta ya a su Iglesia? ¿Tenemos necesidad de trazar planes y realizar obras de todo tipo, procedentes de nosotros mismos, en asuntos de la Iglesia? No más de lo que necesitamos para la salvación del alma. ¿Qué le decimos al pecador? ¡Confía en Cristo! ¿Qué le decimos al salvo o al creyente? ¡Confía en Cristo! ¿Qué decimos a una iglesia de creyentes, sea pequeña o numerosa? ¡Confíen en Cristo! Él todo lo puede. No hay nada que le sea difícil o que no pueda hacer. El tesoro de sus dones y sus gracias no se ha agotado, y puede proporcionar hoy dones para el ministerio: levantar evangelistas, pastores y maestros (Efesios 4:11).

Cristo basta para todo, a pesar de nuestras caídas, de toda nuestra ruina y de nuestra infidelidad. Él ha mandado al Espíritu Santo, el bendito Paráclito, para habitar con los redimidos, en medio de ellos, para formar juntamente con ellos un solo cuerpo, y para unirlos a su Cabeza viviente en los cielos. Este Espíritu es el poder de la unidad, de la comunión, del ministerio y de la adoración. Él no nos ha abandonado ni nos abandonará jamás. Solo debemos confiar en él y dejarle obrar. Guardémonos cuidadosamente de todo lo que pudiera tender a dificultar su obra y contristarle (1 Tesalonicenses 5:19; Efesios 4:30). Reconozcamos su lugar de preeminencia en la Iglesia y entreguémonos en todo a su dirección y autoridad.

Públicamente y por las casas

El título de este artículo ha sido tomado del discurso de despedida de Pablo ante los ancianos de Éfeso en Hechos 20. Muestra, de manera muy convincente, la íntima relación que existe entre el trabajo de maestro y el de pastor. El apóstol dice:

“Cómo nada que fuese útil he rehuido de anunciaros y enseñaros públicamente y por las casas (v. 20).

Pablo no era solamente apóstol; reunía, además, en su persona, los dones de evangelista, de pastor y de maestro de manera sorprendente. Los dos últimos están estrechamente vinculados, como lo vemos en Efesios 4:11. Es importante que esta relación se comprenda y se mantenga. El maestro expone la verdad; el pastor la aplica. El maestro ilumina el entendimiento; el pastor tiene en cuenta el estado del corazón. El maestro provee el alimento espiritual; el pastor ve el uso que se hace de él. El maestro se ocupa más de la Palabra (uno que “*traza bien* la palabra de verdad”, 2 Timoteo 2:15); el pastor se dedica al cuidado de las almas; la actividad del maestro es, en su mayor parte, pública; la del pastor se ejerce principalmente en privado. Cuando estos dos dones están reunidos en la misma persona, la capacidad de enseñar comunica al pastor un inmenso poder moral, y el don de pastor comunica al maestro una entrañable ternura.

No se debe confundir un pastor con un anciano u obispo (supervisor). Son dos cosas muy diferentes. Ancianos y obispos son a menudo términos intercambiables, pero un pastor nunca debe confundirse con ellos. “Anciano” es un cargo local; “pastor” es un don. Nada se dice de ancianos ni obispos en 1 Corintios 12 y 14, ni en Efesios 4, aunque en estos pasajes el tema de los dones se trata en detalle. Debemos distinguir cuidadosamente entre dones y cargos locales. Los ancianos u obispos fueron establecidos para conducir y vigilar. Los maestros y pastores deben alimentar y edificar. Un anciano podía ser maestro o pastor, pero debía diferenciar su cargo de su don: cada uno se basa en un principio completamente diferente, y nunca debe confundírseles.

Sin embargo, nuestro objetivo en este breve artículo no es escribir un tratado sobre el ministerio, ni extendernos exhaustivamente sobre las diferencias entre los dones espirituales y los cargos locales, sino simplemente ofrecer a nuestros lectores unas palabras sobre la inmensa importancia del don pastoral en la Iglesia de Dios, a fin de despertar en sus corazones el deseo de elevar una ferviente oración a la Cabeza de la Iglesia para que, en su gracia, tenga a bien derramar este precioso don más abundantemente entre nosotros. “No estamos estrechos en” él (2 Corintios

6:12). Sus recursos para la vida espiritual no se han agotado; pues nuestro Señor Jesucristo ama a su Iglesia y se deleita en sustentar y cuidar su Cuerpo y en suplir todo lo que le falta con su plenitud infinita.

Aquellos que saben lo que es el servicio del pastor y que conocen la verdadera condición de la Iglesia, no pueden negar que existe una urgente necesidad de cuidados pastorales en toda la Iglesia de Dios. ¡Qué raro es encontrar un verdadero pastor espiritual! Es más fácil tomar el título y asumir el cargo. En realidad, el verdadero pastorado no se resume en un título ni en un cargo, sino que es una realidad viviente, un don divino acordado y comunicado por la Cabeza de la Iglesia para el crecimiento y la bendición de sus miembros. Un verdadero pastor es un hombre que no solo posee un auténtico don espiritual, sino que también está animado por los mismos afectos del corazón de Cristo hacia cada cordero y cada oveja del rebaño que compró con su propia sangre.

Sí, lo repetimos, *cada cordero y cada oveja*. Un verdadero pastor es un pastor en todo el mundo. Es alguien que tiene un corazón, un mensaje, un ministerio preciso para cada miembro del cuerpo de Cristo.

No ocurre lo mismo con el anciano o supervisor. Este tiene un cargo local que ejerce en la localidad donde le ha sido confiado. Pero el ámbito de actividad del pastor se extiende a toda la Iglesia de Dios, así como el del evangelista abarca el mundo entero. Un pastor es pastor en Nueva York, París, Sídney o cualquier localidad del mundo, y su precioso trabajo se realiza por todas partes. La idea de que el servicio de un pastor se limita a una determinada congregación en la que se espera que asuma las funciones de evangelista, maestro, anciano u obispo, es completamente ajena a la enseñanza del Nuevo Testamento.

Lamentablemente ¡cuán pocos pastores *verdaderos* hay entre nosotros! ¡Qué raro es encontrar un verdadero don de pastor, un verdadero corazón de pastor! ¿Dónde encontrar a aquellos que reúnen realmente los dos grandes e importantes elementos contenidos en nuestro título: “*Públicamente y por las casas*”? Quizá alguien podrá dar un breve mensaje el domingo o una meditación de la Palabra un día de semana, pero ¿cómo se realiza el otro aspecto: “en las casas”? ¿Dónde están, día tras día, los cuidados diligentes, afectuosos y cercanos brindados a las almas individualmente? Muy a menudo sucede que la enseñanza en público son como tiros por encima de las cabezas de nuestros oyentes. La enseñanza en las casas, en cambio, de seguro que llegará al

corazón de cada uno. Cuántas veces sucede que una verdad expresada en público es mal comprendida y mal aplicada, hasta que, en el curso de la semana, la visita pastoral, llena de amor, da el verdadero sentido y la justa aplicación.

Y esto no es todo. Hay muchas cosas en el campo de actividad de un pastor que el maestro no puede tratar en público. No hay duda de que la enseñanza en público es sumamente importante. ¡Ojalá tuviésemos mucho más de lo que hemos tenido hasta ahora! El trabajo del maestro es de inestimable valor; y cuando es endulzado por el profundo y tierno afecto del corazón del pastor, puede responder mucho más profundamente a las diversas necesidades de las almas. El pastor lleno de amor que, de todo corazón y con oración, va fielmente de casa en casa, puede llegar a los ejercicios profundos de un alma, a las angustias de su corazón, buscar respuestas a las preguntas que las desconciertan, y hacer frente a las graves dificultades de su conciencia. Puede entrar, con la simpatía profunda de un corazón que ama, en las mil pequeñas circunstancias y pesares del camino. Puede arrodillarse ante el Trono de la gracia con aquellos que pasan por pruebas y tentaciones, con los que están destrozados y apesadumbrados, derramar sus corazones juntos y recibir el dulce consuelo del “Dios de toda gracia” (1 Pedro 5:10) y del “Padre de misericordias” (2 Corintios 1:3).

El maestro, en público, no puede hacer esto. Sin duda que, si tiene también en él, como lo dijimos, un don de pastor, puede responder por adelantado, en su mensaje público, a la mayoría de las penas, dificultades y ejercicios personales de cada alma. Pero no puede responder plenamente a las necesidades individuales. Eso pertenece al santo trabajo del pastor. Nos parece que el pastor es al alma lo que el médico es al cuerpo. Debe conocer las enfermedades y los remedios. Debe poder explicar lo que le pasa al alma; ser capaz de discernir el estado espiritual y aplicar el remedio adecuado. ¡Ah, cuán escasos son estos pastores! Una cosa es llevar el título y otra muy diferente cumplir el servicio.

Lector cristiano, le rogamos encarecidamente que se una a nosotros en una oración ferviente y llena de fe para que Dios suscite verdaderos pastores en medio de nosotros. Tenemos una necesidad profunda de ello. Las ovejas de Cristo no están debidamente alimentadas ni cuidadas. Estamos tan ocupados con nuestros propios asuntos que no tenemos tiempo de dedicarnos al cuidado del precioso rebaño de Cristo. Incluso en aquellas ocasiones en que el amado pueblo de Dios se congrega, ¡qué poco hay de provecho para sus almas preciosas! ¡Cuántas pausas, largas y vacías, cuántos silencios debidos a la pobreza espiritual, cuántos himnos y oraciones sin objetivo preciso! ¡Qué poco vemos que el rebaño sea conducido a los “delicados pastos” de las

Santas Escrituras y a las “aguas de reposo” del amor divino (Salmo 23:2)! Y aun a lo largo de la semana, hay pocas visitas pastorales afectuosas, poco de tierna solicitud hacia las almas o el cuerpo. El trabajo para proveer a nuestras necesidades y a las de nuestra familia, absorbe todos los momentos de nuestra vida y no queda tiempo para otra cosa. En realidad, se trata, lamentablemente, de la antigua y triste historia: “Todos buscan lo suyo propio, no lo que es de Cristo Jesús” (Filipenses 2:21). ¡Qué diferente era el caso del bendito apóstol! Encontraba tiempo para hacer tiendas (Hechos 18:3) y también para enseñar “públicamente y por las casas”. No era solamente el ardiente evangelista que recorría continentes y plantaba iglesias, sino que también era el pastor lleno de amor, la tierna nodriza, el talentoso médico espiritual. Tenía un corazón para Cristo, para “su cuerpo”, la Asamblea (Efesios 1:23), y para cada miembro de ese Cuerpo (Romanos 12:5). Aquí radica el verdadero secreto del servicio. Es maravilloso lo que un corazón lleno de amor puede realizar. Si realmente amo a la Iglesia, no puedo sino desear su bendición y su progreso, y animar a otros a lo mismo según mi propia capacidad.

¡Que el Señor suscite en su pueblo pastores y maestros según su propio corazón, hombres llenos de su Espíritu y animados por un verdadero amor hacia su Iglesia, hombres competentes y dispuestos a enseñar “públicamente y por las casas”!

Volvamos

“ Volvamos a visitar a los hermanos en todas las ciudades en que hemos anunciado la palabra del Señor, para ver cómo están.

En otra ocasión, presentamos un lema para el evangelista, inspirados en el versículo que habla de predicar “el evangelio en los lugares más allá de vosotros” (2 Corintios 10:16). Este es el gran objetivo del evangelista, sea cual sea su don o su esfera de acción.

Pero el pastor, al igual que el evangelista, tiene su obra; y para él también queremos proponer un lema. Ese lema lo tenemos en la expresión: “*Volvamos*”. No debemos considerar simplemente esta expresión como el relato de lo que fue hecho, sino como un modelo de lo que debiera hacerse. Si el evangelista es responsable de predicar el Evangelio en las regiones más allá, mientras haya regiones para evangelizar, el pastor es responsable de volver “a visitar a los hermanos”, mientras haya hermanos para visitar. El evangelista establece el nexo; el pastor mantiene y refuerza ese nexo. El uno es el instrumento para crear ese hermoso eslabón, el otro para perpetuarlo. Es muy posible que ambos dones existan en la misma persona, como en el caso de Pablo; pero, en uno u otro caso, cada don tiene su propio objetivo y esfera de actividad específicos. La actividad del evangelista consiste en ir y buscar hermanos; el pastor, en cambio, debe cuidar de ellos. El evangelista va, *primero*, y predica la Palabra del Señor; el pastor va *otra vez* y visita a aquellos en quienes ha surtido efecto aquella Palabra. El primero llama a las ovejas, el segundo las alimenta y las cuida.

El orden de estas cosas es divinamente bello. El Señor no reuniría a sus ovejas dejando que se extravíen, privadas de cuidados y de alimento. Esto sería absolutamente contrario a la gracia, ternura y cuidado que manifiesta siempre en Sus caminos. Por eso él no solo comunica el don a través del cual sus ovejas han de ser llamadas a la existencia, sino también el don por el cual ellas deben ser alimentadas y mantenidas. Él tiene interés por ellas, y en cada etapa de su historia. Vela por ellas, con gran solicitud, desde el momento en que oyen los primeros acentos de vida, hasta que sean introducidas de forma segura en las mansiones de arriba. Su deseo de reunir las ovejas se pone en evidencia en la anchura de corazón de la expresión: “los lugares más allá”; y su deseo por su bienestar rezuma en las palabras “volvamos”. Las dos cosas están íntimamente relacionadas. Dondequiera que la Palabra del Señor haya sido predicada y recibida, allí tenemos la formación de eslabones misteriosos –aunque reales y preciosos– entre el cielo y la tierra. Los ojos de la fe pueden distinguir el más bello vínculo de simpatía divina entre el corazón de Cristo en el cielo y “todas las ciudades” donde “la Palabra del Señor” ha sido predicada y recibida.

Esto es tan cierto hoy como lo fue en el primer siglo. Puede haber muchas cosas que dificulten nuestra percepción espiritual de este eslabón; sin embargo, está allí. Dios lo ve, y la fe también lo ve. Cristo tiene sus ojos –ojos cargados de profundo interés y de radiante amor– puestos en cada ciudad, en cada pueblo, en cada aldea, en cada calle, en cada casa donde su Palabra ha sido recibida.

La certeza de esto será de gran consuelo para todo aquel que siente verdaderamente que ha recibido la Palabra del Señor. Si se nos pidiera que demostramos por las Escrituras, la verdad de nuestra afirmación, lo haríamos con la siguiente cita: “Había entonces en Damasco un discípulo llamado Ananías, a quien el Señor dijo en visión: Ananías. Y él respondió: Heme aquí, Señor. Y el Señor le dijo: Levántate, y ve a *la calle* que se llama Derecha, y busca en *casa* de Judas a uno llamado Saulo, de Tarso; porque he aquí, *él ora*” (Hechos 9:10-11). ¿Puede haber algo más conmovedor que oír al Señor de gloria, con tanta minuciosidad, dando la dirección de su oveja recién hallada? Da la calle, el número, por decirlo así, y lo que hacía en ese momento. Sus ojos de gracia toman en cuenta todo lo relacionado con cada uno de aquellos por quien dio su preciosa vida. No hay circunstancia, por trivial que fuese, en el camino del más débil de sus miembros, en la cual el bendito Señor Jesús no esté interesado. ¡Sea su Nombre alabado por tan consoladora seguridad! ¡Ojalá que comprendamos más profundamente la realidad y el poder de esta verdad!

Ahora bien, nuestro amoroso Pastor llenará el corazón de todos aquellos que actúen bajo su dirección con los propios cuidados que él tiene por sus ovejas. Fue él quien animó el corazón de Pablo para expresar y llevar a cabo el propósito plasmado en la expresión: “Volvamos”. Era la gracia de Cristo que fluía en el corazón de Pablo, y le daba personalidad y dirección al ferviente servicio de ese apóstol tan consagrado y laborioso. “Nada que fuese útil he rehuido de anunciaros y enseñaros, públicamente y *por las casas*” (Hechos 20:20) ¡Qué ejemplo! Pensemos en el apóstol, con todas sus gigantescas labores, encontrando el tiempo para ir de visita casa por casa; ¡y esto durante tres años en una sola ciudad!

Observemos la fuerza de la expresión “*volvamos*”. No importa cuántas veces usted ha estado allí antes. Puede ser una sola vez, dos veces o tres veces. Esta no es la cuestión. “Volvamos” es el lema para el corazón pastoral, porque siempre hay demanda para el don pastoral. Siempre aparecen cuestiones, en los diversos lugares en los cuales “la Palabra del Señor” ha sido predicada y recibida, que demandan las labores del pastor divinamente calificado. No puede haber lenguaje humano capaz de expresar adecuadamente el valor y la importancia del verdadero trabajo pastoral. ¡Ojalá que haya más de esto entre nosotros! A menudo corta de raíz males que podrían al-

canzar proporciones terribles. Esto es especialmente cierto en estos días de pobreza espiritual. Las demandas son enormes: el evangelista debe procurar satisfacerlas yendo a “los lugares más allá”; y el pastor, *volviendo* “a visitar a los hermanos en todas las ciudades” donde haya sido predicada “la palabra del Señor, para ver cómo están”.

Lector, ¿posee usted algo de don pastoral? Si es así, piense, le ruego, en esa expresión tan profunda: “Volvamos”. ¿Ha estado actuando de acuerdo con ella? ¿Ha estado pensando en sus “hermanos” –en aquellos que han “alcanzado... una fe igualmente preciosa” (2 Pedro 1:1)–, en aquellos que, por recibir “la Palabra del Señor,” han venido a ser hermanos espirituales? ¿Están comprometidos sus intereses y simpatías con “cada ciudad” en la cual se ha formado un eslabón espiritual con la Cabeza en lo alto? ¡Oh, cuánto desea el corazón una mayor muestra de santo celo y energía, de devoción individual e independiente –independiente, quiero decir, no de la sagrada comunión de las personas realmente espirituales, sino de toda influencia que tienda a obstruir y dificultar ese elevado servicio al cual cada uno es claramente llamado, siendo responsable *solamente* ante su Señor! Tengamos cuidado con las trabas de la pesada maquinaria religiosa, de la rutina religiosa, del falso orden. Cuidémonos, también, de la indolencia, del amor a la propia comodidad, de una falsa economía, que nos conduzca a atribuir una indebida importancia al asunto de los gastos. La plata y el oro son del Señor (Hageo 2:8), y sus ovejas son mucho más preciosas para él que la plata y el oro. Sus palabras son: “¿Me amas? Pastorea mis ovejas” (Juan 21:16-17). Y si solo hay un *corazón* dispuesto para hacer esto, nunca faltarán los *medios*. ¡Cuántas veces tenemos la costumbre de gastar sumas de dinero *innecesarias* en la mesa, en el guardarropa y en la biblioteca, que serían ampliamente suficientes para llevarnos “a los lugares más allá” a predicar el Evangelio, o para “visitar a los hermanos en todas las ciudades”!

Quiera el Señor concedernos un sincero espíritu de negación propia, un corazón fiel a él y a su santo servicio, un verdadero deseo por la difusión de su evangelio y por la prosperidad de su pueblo. Baste ya el tiempo pasado de nuestra vida para haber vivido y trabajado para el yo y sus intereses, y ojalá que el tiempo que resta sea dado a Cristo y sus intereses. No permitamos que nuestros corazones traicioneros nos engañen con razonamientos plausibles acerca de demandas domésticas, comerciales o de otro tipo. Sin duda que se deben atender estrictamente todas esas demandas. Una mente equilibrada nunca ofrecerá a Dios un sacrificio a partir del descuido de una demanda justa. Si estoy a la cabeza de una familia, las demandas de esa familia deben hallar

una debida respuesta. Si estoy a la cabeza de un negocio, las demandas de ese negocio deben ser debidamente satisfechas. Si soy un servidor asalariado, debo ocuparme de mi trabajo. Fallar en cualquiera de estos puntos, sería deshonar al Señor en vez de servirlo.

Pero, permitiendo el más amplio margen posible a toda demanda justa, nos preguntamos si hacemos todo lo posible por “los lugares más allá” y por “visitar a los hermanos en todas las ciudades” ¿No ha habido un abandono culpable tanto de la obra evangelística como en el trabajo pastoral? ¿No hemos dejado que los vínculos domésticos y comerciales actúen excesivamente en nosotros? ¿Y cuál ha sido el resultado? ¿Qué hemos ganado? ¿Nuestros hijos han salido bien, y nuestros intereses comerciales prosperaron? ¿No ha ocurrido a menudo que, cuando la obra del Señor ha sido descuidada, los hijos han crecido en el descuido y la mundanalidad? Y en cuanto a nuestros negocios, ¿cuántas veces sucedió que hemos estado trabajando duro toda la noche, y nada hemos pescado por la mañana? Por otra parte, cuando la familia y las circunstancias son dejadas, con sencilla confianza, en las manos de Jehová-jireh, ¿no han estado mucho mejor cuidadas? Consideremos profundamente estas cosas, con un corazón honesto y un ojo sencillo, y seguramente llegaremos a una conclusión justa.

No puedo dejar la pluma con la que escribo sin llamar la atención del lector sobre la plenitud de la expresión “para ver cómo están”. ¡Qué profundo contenido hay en estas palabras! “Cómo están” públicamente, socialmente y en privado. “Cómo están” en la doctrina, en sus asociaciones y en su andar. “Cómo están” espiritualmente, moralmente y relativamente. En una palabra, “cómo están” en todos los aspectos. Y, recuérdese bien, que este trabajo de ir a ver cómo están nuestros hermanos, nunca debe hacerse en un espíritu curioso, chismoso, entrometido –un espíritu que provoca heridas y no sana, que se mete y no soluciona nada–. A todos los que nos vienen a visitar en este espíritu, sin duda les diríamos: «apartaos de aquí». Pero, a todos los que quieran poner en práctica Hechos 15:36, queremos decirles: «Nuestras manos, nuestros corazones, nuestras casas, están abiertas de par en par para vosotros; entrad, benditos del Señor». “Si habéis juzgado que yo sea fiel al Señor, entrad en mi casa, y posad” (Hechos 16:15).

¡Oh Señor, ten a bien levantar evangelistas para visitar “los lugares más allá”, y pastores para visitar, una y otra vez, “a los hermanos en todas las ciudades”!

“¿Me amas?... Apacienta mis corderos... ¿Me amas?... Pastorea mis ovejas” (Juan 21:15-16).

“Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria” (1 Pedro 5:4).

Israel y las naciones

Tener presente el propósito original de Dios al enviar el Evangelio a los gentiles, o a las naciones, contribuirá en gran medida a dar claridad y precisión al esfuerzo misionero. Este está claramente indicado en Hechos 15: “Simón ha contado” –dice Santiago– “cómo Dios visitó por primera vez a los gentiles, para *tomar de ellos* pueblo para su nombre” (v. 14).

Nada puede ser más claro que esto. No sirve de ningún apoyo a la idea, tan tenazmente sostenida por la iglesia profesante, de que el mundo entero ha de ser convertido por la predicación del Evangelio. Simón sabía que ese no era el objetivo de Dios al visitar a los gentiles, sino simplemente “tomar de ellos pueblo para su nombre”. Ambas cosas son tan distintas como el día y la noche; es más, están en abierta oposición. Que el mundo se convierta es una cosa; “tomar de ellos pueblo”, es otra completamente diferente.

Esta última, y no la primera, es la obra actual de Dios. Es lo que él ha estado haciendo desde el día que Simón Pedro abrió el reino de los cielos a los gentiles en Hechos 10; y es lo que seguirá haciendo hasta el momento –que va acercándose rápidamente– en que el último de los elegidos sea reunido, y nuestro Señor venga a recoger a los suyos (Juan 14:3).

Que todos los misioneros recuerden esto. Tengan la seguridad de que esto no va a cortar sus alas ni paralizar sus energías, sino tan solo guiará sus pasos, dándoles una dirección y un fin divinos. ¿De qué sirve que alguien proponga como fin de sus labores algo totalmente diferente de lo que está en el pensamiento de Dios? ¿No debe un siervo tratar de cumplir la voluntad de su amo? ¿Puede esperar agradar a su amo tratando de cumplir un objetivo diferente, o directamente contrario, al que este último claramente ha expresado?

Ahora bien, está claro que no es el propósito de Dios convertir al mundo por la predicación del Evangelio. Él solo quiere “tomar de ellos pueblo”. Es cierto –muy dichosamente cierto– que toda “la tierra será llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el mar” (Isaías 11:9). No hay ninguna duda en cuanto a esto. Toda la Escritura da testimonio de esto. Citar los pasajes literalmente llenaría un volumen. Todo cristiano está de acuerdo sobre este punto, y por eso no hay ninguna necesidad de aducir pruebas.

Pero la pregunta es: ¿cómo habrá de lograrse este tan grande y glorioso resultado? ¿Es el propósito de Dios utilizar como instrumento a la iglesia profesante o la predicación del Evangelio para la conversión del mundo? La Escritura dice «No», con una claridad que debería barrer toda duda.

Entiéndase bien que nos deleitamos en todo verdadero esfuerzo misionero. Deseamos de corazón que Dios ayude a todo verdadero misionero, a todo aquel que se ha marchado de casa y ha dejado a sus parientes, amigos y todas las comodidades y los privilegios de la vida civilizada para llevar las buenas nuevas de salvación a los lugares más oscuros de la tierra. Deseamos también dar sinceras gracias a Dios por todo lo que se ha logrado en los campos misioneros extranjeros, aunque no podamos aprobar el modo en que se lleva adelante la obra o el gran principio fundamental de las sociedades misioneras. Consideramos que hay una falta de fe simple en Dios y de sometimiento a la autoridad de Cristo y a la dirección del Espíritu Santo. Prevalece demasiado la maquinaria humana, y el uso de los recursos del mundo.

Pero todo esto es irrelevante para el tema que nos ocupa. No estamos discutiendo ahora el principio de la organización misionera ni los distintos métodos adoptados para desempeñar la labor misionera. El punto con el cual estamos ocupados en esta breve meditación es este: ¿Hará Dios uso de la iglesia profesante para convertir a las naciones? No preguntamos si lo *ha hecho*, pues si lo planteásemos de ese modo, solo podríamos recibir un rotundo no. ¡Qué! ¡La cristiandad convirtiendo al mundo! ¡Imposible! Ella es la mancha moral más negra en el universo de Dios, y una piedra de tropiezo en la senda de judíos y de gentiles. La iglesia profesante ha estado trabajando desde hace casi dos mil años, y ¿cuál ha sido el resultado?

Si el lector echa un vistazo a un «mapa misionero» del mundo, dividido en colores, lo verá en seguida. En él observará extensas regiones en color negro, en las que el paganismo ejerce su influencia. En las partes en rojo predomina el catolicismo romano, en verde la iglesia griega, en amarillo el Islam. Y ¿dónde está –no decimos el verdadero cristianismo, sino– el simple protestantismo nominal? Está indicado por aquellas manchas dispersas de color azul que, si se juntan todas, constituyen solo una fracción muy pequeña del total. No nos detendremos a averiguar qué es este protestantismo en las mejores condiciones; no es nuestro objetivo aquí.

Pero ¿ha revelado Dios el propósito de hacer uso de la iglesia *profesante* para convertir a las naciones? Creemos que la manera correcta de probar un principio, no es por los resultados, sino simplemente por la Palabra de Dios. ¿Qué dicen, pues, las Escrituras sobre la gran cuestión de la conversión de las naciones? Tomemos, por ejemplo, el hermoso salmo que aparece en el encabezamiento de este escrito. Es solo una prueba entre mil, pero es una sorprendente y bella prueba que armoniza perfectamente con el testimonio de toda la Escritura, de Génesis a Apocalipsis. Citaremos el salmo completo.

“Dios tenga misericordia de nosotros, y nos bendiga; haga resplandecer su rostro sobre nosotros; Selah. Para que sea conocido en la tierra tu camino, en todas las naciones tu salvación. Te alaben los pueblos, oh Dios; todos los pueblos te alaben. Alégrese y gócese las naciones, porque juzgarás los pueblos con equidad, y pastorearás las naciones en la tierra. Selah. Te alaben los pueblos, oh Dios; todos los pueblos te alaben. La tierra dará su fruto; *nos bendecirá Dios*, el Dios nuestro. Bendíganos Dios, y témanlo todos los términos de la tierra” (Salmo 67).

Aquí, pues, brilla ante nosotros la simple verdad, con notable fuerza y belleza. Cuando Dios tenga misericordia de Israel –cuando haga resplandecer Su luz sobre Sion– entonces, y solo entonces, será conocido en la tierra su camino, entre todas las naciones su salvación. Dios, pues, bendecirá entonces a las naciones por medio de *Israel*, y no mediante la iglesia profesante.

No hace falta aclararle a ningún lector inteligente de la Escritura que el “nosotros” del salmo citado se refiere a Israel. De hecho, como sabemos, los Salmos, los Profetas y el Antiguo Testamento entero tratan de Israel. No hay ni siquiera una sílaba sobre la Iglesia de un extremo al otro del Antiguo Testamento. Sí hallamos tipos y sombras en los cuales –ahora que tenemos la luz del Nuevo Testamento– podemos ver la verdad de la Iglesia prefigurada. Pero sin aquella luz, nadie podría encontrar la verdad de la Iglesia en las Escrituras del Antiguo Testamento. Ese gran misterio, como el inspirado apóstol nos lo dice, estaba “escondido”, no en las Escrituras (pues lo que está contenido en las Escrituras no está más oculto, sino revelado) sino “en Dios” (Efesios 3:9). No fue revelado, ni podía serlo, hasta que Cristo, el Rey rechazado por Israel, hubiese sido crucificado y resucitase de entre los muertos.

Mientras el testimonio a Israel estuviera pendiente, la doctrina de la Iglesia no podía ser revelada. Por eso, aunque en el día de Pentecostés tenemos *el comienzo* de la Iglesia, solo después que Israel rechazó el testimonio del Espíritu Santo en Esteban, Pablo –a quien fue encomendada *la doctrina de la Iglesia*– fue llamado para dar un testimonio especial. Debemos distinguir entre el hecho y la doctrina; de hecho, solo cuando llegamos al último capítulo de los Hechos, el telón finalmente cae sobre Israel; y entonces Pablo, preso en Roma, desarrolla plenamente el gran misterio de la Iglesia “que había estado oculto desde los siglos y edades, pero que ahora había sido manifestado” (léase atentamente Romanos 16:25-26; Efesios 3:1-11; Colosenses 1:24-27).

No podemos detenernos más en este glorioso tema aquí, pues nos apartaríamos del objetivo que nos hemos propuesto. Pero consideramos que lo dicho basta para que el lector entienda plenamente que el Salmo 67 se refiere a Israel; y así, la verdad completa inundará su alma y verá que la conversión de las naciones se relaciona con Israel y no con la Iglesia. Dios entonces bendecirá a

las naciones por medio de Israel y no por la Iglesia. El propósito eterno de Dios es que la simiente de Abraham, Su amigo, tenga entonces la preeminencia en la tierra, y que todas las naciones sean benditas en ella y por ella. “Así ha dicho Jehová de los ejércitos: En aquellos días acontecerá que diez hombres *de las naciones de toda lengua* tomarán *del manto a un judío*, diciendo: Iremos *con vosotros*, porque hemos oído que Dios está con vosotros” (Zacarías 8:23).

No hace falta multiplicar las pruebas. Toda la Escritura da testimonio de la verdad de que el propósito actual de Dios no es convertir a las naciones, sino *tomar de ellas* pueblo para Su nombre; y además, cuando estas naciones sean introducidas –como seguramente ocurrirá– no lo será por la instrumentalidad de la Iglesia, sino de la nación restaurada de Israel.

Sería una tarea sencilla y placentera demostrar por el Nuevo Testamento que, antes de la restauración y bendición de Israel –y, por lo tanto, antes de la conversión de las naciones–, la verdadera Iglesia de Dios, el cuerpo de Cristo, habrá sido arrebatada para estar para siempre con el Señor, en la plena e inefable comunión de la casa del Padre. De modo que la Iglesia no será el instrumento divino en la conversión de los judíos como nación, ni tampoco de los gentiles. Pero no queremos en esta ocasión más que establecer los dos puntos indicados arriba, que consideramos de interés e importancia con respecto al gran objetivo de las obras misioneras. Cuando las sociedades misioneras se proponen como objetivo la conversión del mundo, cometen un grave error. Asimismo, cuando la cristiandad se imagina que es el instrumento de Dios para la conversión de las naciones, ello no es otra cosa que un engaño y una decepción. Por eso, que todos los que salen como misioneros vean si su bendita obra está regida por un objetivo divino y si siguen ese objetivo de la manera establecida por Dios.

El remanente en el pasado y el presente

Seguir, a través de las Escrituras, la historia de lo que se conoce como *el remanente*, es, además de interesante, muy instructivo y alentador. Podemos señalar desde el principio que la existencia misma de un remanente demuestra el fracaso del testimonio visible o cuerpo profesante, ya sea judío o cristiano. Si todos fueran fieles, naturalmente no habría ninguna razón moral para que exista un remanente, ninguna necesidad de distinguir a unos pocos del cuerpo general de profesantes. El remanente, en todos los tiempos, se halla constituido por aquellos que reconocen y sienten su común ruina y fracaso, y que cuentan con Dios y se aferran a su Palabra. Estos son los grandes rasgos característicos del remanente en todas las épocas. Hemos fallado, pero Dios permanece fiel, y su misericordia “es desde la eternidad y hasta la eternidad” (Salmo 103:17).

A medida que sigamos las huellas del remanente en los tiempos del Antiguo Testamento, veremos que cuanto más decadente es la condición moral del pueblo, más rico es el despliegue de la gracia divina, y que cuanto más profundas son las tinieblas morales, más intenso es el brillo de la fe individual. Esto está cargado del más bendito estímulo para todo fiel hijo de Dios y siervo de Cristo que reconozca y sienta el naufragio y la irremediable ruina de toda la iglesia profesante. Es algo indeciblemente alentador para toda alma fiel estar segura de que, por más que la Iglesia haya fracasado, tiene el privilegio de gozar individualmente de una tan plena y preciosa comunión con Dios, y de andar en una senda de obediencia y bendición tan elevada como en los días más brillantes de la historia de la Iglesia. Veamos algunos ejemplos en las Escrituras.

El reinado de Ezequías

En el capítulo 30 del segundo libro de Crónicas tenemos el reconfortante y alentador relato de la Pascua celebrada en los tiempos de Ezequías, cuando la unidad visible de la nación no existía más y cuando todo estaba en ruinas. No citaremos todo el pasaje, por interesante que sea, sino que solo leeremos las líneas finales en relación con nuestro tema: “Hubo entonces gran regocijo en Jerusalén; *porque desde los días de Salomón hijo de David rey de Israel, no había habido cosa semejante en Jerusalén*” (v. 26). Aquí tenemos, pues, una hermosa ilustración de la gracia de Dios reuniendo a aquellos de entre su pueblo que reconocieron su fracaso y sus pecados y asumieron su verdadero lugar de humillación en Su presencia. Ezequías y aquellos que estaban con él estaban plenamente convencidos de su pobre condición y, en consecuencia, no se atrevieron a celebrar la Pascua en el mes primero. Ellos se valieron de las provisiones de la gracia, como aparecen en Números 19, y celebraron la fiesta en el mes segundo. “Porque una gran multitud del pueblo... no se habían purificado, y comieron la pascua no conforme a lo que está escrito. Mas Ezequías

oró por ellos, diciendo: Jehová, que es bueno, sea propicio *a todo aquel que ha preparado su corazón para buscar a Dios*, a Jehová el Dios de sus padres, aunque no esté purificado según los ritos de purificación del santuario. Y oyó Jehová a Ezequías, y sanó al pueblo” (v. 18-20).

Vemos aquí la gracia de Dios reuniendo –como lo hace siempre– a aquellos que confesaron sinceramente sus fracasos y su debilidad. No había allí ninguna arrogancia ni pretensión, ninguna dureza de corazón ni indiferencia. Ellos no buscaron encubrir su verdadera condición ni simular que todo estaba bien; no, ellos asumieron su verdadero lugar de humillación, y se abalanzaron sobre esa gracia inagotable que nunca deja sin consuelo a un corazón contrito. ¿Cuál fue el resultado? “Así los hijos de Israel que estaban en Jerusalén celebraron la fiesta solemne de los panes sin levadura por siete días *con grande gozo*; y glorificaban a Jehová todos los días los levitas y los sacerdotes, cantando con instrumentos resonantes a Jehová. Y habló Ezequías al corazón de todos los levitas que tenían buena inteligencia en el servicio de Jehová. Y comieron de lo sacrificado en la fiesta solemne por siete días, ofreciendo sacrificios de paz, y dando gracias a Jehová el Dios de sus padres. Y toda aquella asamblea determinó que celebrasen la fiesta por otros siete días con alegría” (v. 21-23).

Ahora bien, podemos estar seguros de que todo esto fue muy grato al corazón de Jehová, el Dios de Israel. La debilidad, el fracaso y las faltas eran patentes. Exteriormente, las cosas eran muy diferentes de lo que habían sido en los días de Salomón. Sin duda, muchos habrán considerado presuntuosa la actitud de Ezequías de convocar semejante asamblea bajo las circunstancias que se vivían. Ciertamente se nos dice que su preciosa y conmovedora invitación fue objeto de burla y risas por toda la tierra de Efraín, de Manasés y de Zabulón. ¡Lamentablemente, esto ocurre demasiado a menudo! Los actos de la fe no se comprenden porque la preciosa gracia de Dios no se comprende.

Sin embargo, “algunos hombres de Aser, de Manasés y de Zabulón *se humillaron*, y vinieron a Jerusalén”. Fueron ricamente bendecidos por venir a celebrar una fiesta que no se había celebrado en Jerusalén desde los días de Salomón al modo que está escrito. No hay límite para la bendición que la gracia tiene reservada para el corazón contrito y humillado. Si todo Israel hubiese respondido al patético llamado de Ezequías, habría participado de la bendición; pero ellos tuvieron un corazón *inquebrantable* y, en consecuencia, no fueron bendecidos. Todos debemos recordar esto; seguramente encierra una voz y una lección necesarias para nosotros. ¡Oigamos y aprendamos!

El reinado de Josías

Ahora pasaremos a considerar *el reinado del piadoso y devoto rey Josías*, cuando la nación se hallaba en vísperas de su disolución. Aquí tenemos una muy notable y hermosa ilustración de nuestro tema. Tampoco es nuestro objetivo aquí considerar los detalles, pues ya lo hicimos en otra oportunidad. Solo citaremos las últimas líneas del pasaje: “Y los hijos de Israel que estaban allí celebraron la pascua en aquel tiempo, y la fiesta solemne de los panes sin levadura por siete días. *Nunca fue celebrada una pascua como esta en Israel desde los días de Samuel el profeta; ni ningún rey de Israel celebró pascua tal como la que celebró el rey Josías*; con los sacerdotes y levitas, y todo Judá e Israel, los que se hallaron allí, juntamente con los moradores de Jerusalén. Esta pascua fue celebrada en el año dieciocho del rey Josías” (2 Crónicas 35:17-19).

¡Qué notable testimonio! En la Pascua de Ezequías, somos transportados hasta el esplendoroso reinado de Salomón; pero aquí tenemos algo más brillante todavía. Y si se nos preguntase qué fue lo que arrojó semejante aureola de gloria sobre la Pascua de Josías, contestamos que nosotros creemos que se debió al hecho de ser el fruto de una santa y reverente obediencia a la Palabra de Dios en medio de tan abundante ruina y corrupción, del error y de la confusión. La actividad de la fe de un corazón obediente y devoto, fue puesta de relieve por el oscuro fondo de la condición moral del pueblo.

Todo esto está lleno de consuelo y aliento para todo aquel que ama de corazón a Cristo. Muchos pueden haber pensado que era una gran presunción de parte de Josías, proceder de la manera que lo hizo, en semejante momento y bajo tales circunstancias. Pero era todo lo contrario a la presunción, como lo demuestra el bendito mensaje enviado al rey por el Señor a través de la boca de Hulda, la profetisa:

“ Jehová el Dios de Israel ha dicho así: Por cuanto oíste las palabras del libro, *y tu corazón se conmovió, y te humillaste delante de Dios* al oír sus palabras sobre este lugar y sobre sus moradores, y te humillaste delante de mí, y rasgaste tus vestidos y lloraste en mi presencia, yo también te he oído, dice Jehová (2 Crónicas 34:26-27).

Tenemos aquí la base moral de la notable carrera de Josías, y, seguramente, no vemos en ella nada de presunción. Un corazón contrito, ojos llorosos y vestidos rasgados no son indicios de presunción ni de confianza en sí mismo. No; estas cosas son los preciosos resultados de la acción de la Palabra de Dios en el corazón y en la conciencia, que produce una vida de profunda devo-

ción personal, cuya contemplación está llena de consuelo y edificación para nosotros. ¡Ojalá que ello abunde más y más entre nosotros! El corazón verdaderamente lo anhela; y ojalá que la Palabra de Dios resuene en todo nuestro ser moral, de tal manera que en vez de conformarnos a la condición de cosas que nos rodea, podamos elevarnos por encima de ellas para caminar sobre ellas como testigos de la eterna realidad de la verdad de Dios y de las imperecederas virtudes del nombre de Jesús.

Pero debemos dejar atrás la interesante historia de Josías y presentar al lector más ilustraciones que confirman nuestro tema. Tan pronto como este amado siervo de Dios abandonó la escena de este mundo, toda traza de su bendecida obra desapareció, y la ascendente marea del juicio –contenida durante todo ese tiempo por la paciente misericordia de Dios– arrasó entonces la tierra elegida. Jerusalén quedó convertida en ruinas, el templo fue consumido por las llamas y todos los que pudieron escapar de la muerte fueron llevados cautivos a Babilonia. Allí colgaron sus arpas sobre los sauces y derramaron sus lágrimas por el brillo empañado de sus días pasados (véase el Salmo 137).

La cautividad - Daniel

Pero –bendito sea por siempre el Dios de toda gracia– él jamás se deja a sí mismo sin testimonio (Hechos 14:17). Por ello, durante el largo y *penoso período de la cautividad*, encontramos pruebas muy notables y bellas de la verdad que ya afirmamos, a saber, que cuanto mayor es la ruina, más rica es la gracia, y que cuanto más profundas son las tinieblas morales, más brillantes se tornan los rayos de la fe individual. Hubo entonces, como siempre, “un remanente escogido por gracia” (Romanos 11:5); un puñado de hombres devotos que amaban al Señor y fueron fieles a su Palabra en medio de la corrupción y de las abominaciones de Babilonia; hombres dispuestos a afrontar el horno de fuego y el foso de los leones antes que faltar a la verdad de Dios.

Los primeros capítulos del *libro de Daniel* nos muestran algunos magníficos resultados de la fe y de la devoción individual. Consideremos, por ejemplo, el v. 2 del capítulo 2. ¿Dónde vemos en la historia del pueblo de Israel, un hecho más sorprendente que el que se registra aquí? El mayor monarca de la tierra se postra a los pies de un exiliado cautivo y rinde este maravilloso testimonio: “El rey habló a Daniel y dijo: Ciertamente el Dios vuestro es Dios de dioses, y Señor de los reyes, y el que revela los misterios, pues pudiste revelar este misterio” (v. 47).

Pero, ¿dónde obtuvo Daniel el poder para revelar el misterio del rey? Los versículos 17 y 18 nos dan la respuesta: “Luego se fue Daniel a su casa e hizo saber lo que había a Ananías, Misael y Azarías, sus compañeros, para que pidiesen misericordias del Dios del cielo sobre este misterio”. Aquí tenemos una reunión de oración en Babilonia. Estos queridos hombres de Dios eran de un solo corazón y de una misma mente. Fueron unánimes en su decisión de rehusar la comida y el vino del rey. Habían resuelto, por la gracia de Dios, seguir juntos la santa senda de la separación, aunque estuviesen cautivos en Babilonia, lejos de su país, y entonces se reunieron para orar, y obtuvieron una respuesta notable.

¿Puede haber algo más excelente que esto? ¿Qué consuelo para el amado pueblo del Señor, en los días más oscuros, asirse con tesón de la Palabra de Cristo y no negar su precioso nombre! ¿No es de lo más alentador y edificante hallar durante esos lóbregos días de la cautividad en Babilonia un puñado de hombres fieles andando en santa comunión en el camino de la separación y de la dependencia? Ellos permanecieron fieles a Dios en el palacio del rey, y Dios estuvo con ellos en el horno de fuego y en el foso de los leones, y les confirió el elevado privilegio de estar ante el mundo como siervos del Dios Altísimo. Rehusaron la comida del rey; no quisieron adorar la imagen del rey; guardaron la Palabra de Dios y confesaron su nombre sin medir en absoluto las consecuencias. No dijeron: «*Debemos ponernos a tono con los tiempos; hacer lo que todo el mundo hace; no hace falta aparecer como extraños ante los demás; debemos someternos exteriormente al culto público, a la religión oficial del país, guardando para nosotros mismos nuestras opiniones personales; no somos llamados a oponernos a la fe de la nación. Si estamos en Babilonia, debemos conformarnos a la religión de Babilonia*».

Gracias a Dios, Daniel y sus amados compañeros no adoptaron esta política detestable y acomodaticia. No; y es más, tampoco esgrimieron el pretexto del completo fracaso de Israel como nación con el objeto de hacer descender el nivel de la fidelidad individual. Ellos sintieron esta ruina, y no podían menos que sentirla. Confesaron sus pecados y el pecado de la nación toda; sintieron que no les convenía otra cosa que el cilicio y las cenizas; pusieron todo su ser moral bajo el peso de estas solemnes palabras: “¡Es tu destrucción, oh Israel!” (Oseas 13:9, V. M.). Todo esto, lamentablemente, era muy cierto. Pero no constituía una razón para contaminarse con la comida del rey, adorar su imagen o renunciar al culto debido al único Dios vivo y verdadero.

Todo esto está lleno de preciosísimas enseñanzas para todo el pueblo del Señor en la actualidad. Existen dos males principales contra los cuales debemos estar en guardia. En primer lugar, debemos guardarnos de *la pretensión eclesiástica*, es decir, de jactarnos de tener una posición ecle-

siástica sin una conciencia ejercitada y sin el santo temor de Dios en el corazón. Se trata de un mal terrible respecto del cual todo amado hijo de Dios debería velar con la mayor diligencia. Nunca debemos olvidar que la iglesia profesante ha sido arruinada por completo y en forma irreversible, y que todo esfuerzo por restaurarla no es sino una vana ilusión. No somos llamados a organizar un cuerpo, y de ahí que no tengamos la competencia para ello. El Espíritu Santo es quien organiza el cuerpo de Cristo.

Pero, por otro lado, no debemos aducir como pretexto la ruina de la Iglesia para debilitar la verdad o para descuidar nuestro andar personal. Corremos gran peligro de caer en estas cosas. No hay ninguna razón para que un hijo de Dios o un siervo de Cristo haga o apruebe lo que está mal o continúe un solo instante asociado con lo que no cuente con la autoridad de: “*Así dice el Señor*” (Jeremías 9:23; Hageo 1:5; Amós 5:16, LBLA). ¿Qué dice la Escritura? “*Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo*” (2 Timoteo 2:19). ¿Y qué se debe hacer después? ¿Permanecer solos? ¿No hacer nada? ¡Oh no, gracias a nuestro benévolo Dios! Hay un camino: seguir “la justicia, la fe, el amor y la paz, *con los que de corazón limpio invocan al Señor*” (v. 22), un corazón fiel a Cristo y a sus intereses.

Nehemías

Pero debemos proseguir con nuestro tema, por lo que solicitaremos al lector que se remita al *capítulo 8 de Nehemías*. Hemos considerado al remanente antes del cautiverio y durante este período; y ahora lo veremos en su amada tierra tras su retorno del destierro, hecho que fue posible merced a la rica misericordia de Dios. No es nuestro propósito considerar los detalles; nos bastará considerar un solo hecho de inmensa importancia para toda la Iglesia de Dios en el día de hoy, el cual ayudará a esclarecer nuestro tema. Citaremos algunos versículos de este hermoso pasaje de las Escrituras: “Y leían en *el libro de la ley de Dios claramente, y ponían el sentido, de modo que entendiesen la lectura...* Al día siguiente se reunieron los cabezas de las familias de todo el pueblo, sacerdotes y levitas, a Esdras el escriba, *para entender las palabras de la ley*. Y hallaron escrito en la ley que Jehová había mandado por mano de Moisés, que habitasen los hijos de Israel en tabernáculos en la fiesta solemne del mes séptimo... Y toda la congregación que volvió de la cautividad hizo tabernáculos, y en tabernáculos habitó; *porque desde los días de Josué hijo de Nun hasta aquel día, no habían hecho así los hijos de Israel*. Y hubo alegría muy grande. Y leyó Esdras en el libro de la ley de Dios cada día, desde el primer día hasta el último; e hicieron la fiesta solemne por siete días, y el octavo día fue de solemne asamblea, según el rito” (v. 8, 13-18).

Esto es muy llamativo. Aquí encontramos un endeble remanente reunido en torno a la Palabra de Dios para orar y procurar entender la verdad y sentir su poder en el corazón y en la conciencia. ¿Cuál fue el resultado? Nada menos que la celebración de la fiesta de los tabernáculos, la cual nunca había sido celebrada desde los días de Josué, hijo de Nun. Durante todo el tiempo de los jueces, durante los días de Samuel el profeta, y de los reyes, aun durante los gloriosos reinados de David y de Salomón, la fiesta de los tabernáculos jamás había sido celebrada. Una débil compañía de exiliados que habían regresado a su tierra, tuvieron el privilegio de celebrar esta preciosa y magnífica fiesta –tipo del glorioso porvenir de Israel– en medio de las ruinas de Jerusalén.

¿Era esto presunción? De ninguna manera; era simple obediencia a la Palabra de Dios. Se hallaba escrito en “el libro de la ley de Dios”; escrito para ellos, y ellos obraron de acuerdo con lo que estaba escrito, “y hubo alegría muy grande”. No había ninguna pretensión, no se creían ser algo, no se jactaban ni tampoco buscaban encubrir su verdadera condición. No eran más que un pobre remanente, débil y despreciado, tomando su lugar de humillación, quebrantados y contritos, confesando sus fracasos y sintiendo profundamente que esto no era de ellos así como del pueblo en los días de Salomón, de David y de Josué. Mas ellos oyeron la Palabra de Dios, oyeron y entendieron; se sometieron a su santa autoridad y observaron la fiesta, “y hubo alegría muy grande”. Esta, seguramente, constituye otra notable y bella ilustración de nuestro tema, a saber, que cuanto mayor es la ruina, tanto más rico es el despliegue de la gracia, y cuanto más profundas son las tinieblas, más luminoso es el resplandor de la fe individual. En todos los tiempos y en todos los lugares, el corazón contrito que confía en Dios halla una gracia infinita e incommensurable.

Malaquías

Dirijámonos ahora, por un momento, al final del Antiguo Testamento, al profeta *Malaquías*. Muchos años habían pasado desde los brillantes días de Esdras y Nehemías, y aquí nos encontramos con un cuadro muy triste de la condición en que había caído Israel. ¡Ayayay, qué rápido se había seguido el «camino descendente»! La triste historia se repite: “¡Es tu destrucción, oh Israel!” (Oseas 13:9, V. M.). Leamos algunos versículos: “En que ofrecéis sobre mi altar pan inmundo. Y dijisteis: ¿En qué te hemos deshonrado? En que pensáis que la mesa de Jehová es despreciable... ¿Quién también hay de vosotros que cierre las puertas o alumbre mi altar de balde? Yo no tengo complacencia en vosotros, dice Jehová de los ejércitos, ni de vuestra mano aceptaré ofrenda... Y vosotros lo habéis profanado cuando decís: Inmunda es la mesa de Jehová, y cuando decís que

su alimento es despreciable. Habéis además dicho: ¡Oh, qué fastidio es esto! y me despreciáis, dice Jehová de los ejércitos; y trajisteis lo hurtado, o lo cojo, o enfermo, y presentasteis ofrenda. ¿Aceptaré yo eso de vuestra mano? dice Jehová” (cap. 1:7, 10, 12-13. Véase también el cap. 3:5-9).

¡Qué deplorable estado de cosas! Contemplantarlo nos llena de tristeza. La adoración pública de Dios, despreciada; los ministros religiosos trabajando solo por un salario; venalidad y corrupción involucradas en el santo servicio de Dios; toda suerte de depravación moral practicada por el pueblo. En resumidas cuentas, era una escena de profundas tinieblas morales, en extremo desalentadora para todos los que velaban por los intereses del Señor.

Y, sin embargo, en medio de esta terrible escena, tenemos una muy conmovedora y exquisita ilustración de nuestro tema. Como siempre, no deja de haber un remanente, una pequeña compañía de fieles que honraba y amaba al Señor, y que halló en él su centro, su objeto y su deleite. “Entonces los que temían a Jehová hablaron cada uno a su compañero; y Jehová escuchó y oyó, y fue escrito libro de memoria delante de él para los que temen a Jehová, y para los que piensan en su nombre. Y serán para mí especial tesoro, ha dicho Jehová de los ejércitos, en el día en que yo actúe; y los perdonaré, como el hombre que perdona a su hijo que le sirve” (cap. 3:16-18).

¡Cuán bello es todo esto! ¡En qué contraste se halla con el estado general de las cosas! Si recorremos toda la historia de la nación de Israel, no encontraremos nada semejante. ¿Dónde leemos que fuera “escrito libro de memoria delante de Jehová”? Solamente aquí. No encontramos nada de ello ni siquiera durante las brillantes victorias de Josué y de David, ni tampoco en los esplendurosos días de Salomón. Puede alegarse que ello no era necesario. Pero no se trata de eso. Lo que debemos ponderar es el notable hecho de que las palabras y los caminos de este endeble remanente, en medio de una creciente iniquidad, fueron tan placenteros al corazón de Dios que él quiso que se escribiese un libro de memoria acerca de ellos. Y podemos afirmar sin titubeos que las palabras de estas almas fieles fueron más gratas al corazón de Dios que los cantores y trompeteros del tiempo de Salomón: “Hablaron cada uno a su compañero” . “Los que temen a Jehová y... piensan en su nombre”. Había una fidelidad individual, una devoción personal; amaban al Señor, y esto los atrajo y mantuvo juntos.

Nada podría ser más hermoso. ¡Ojalá que haya más de este espíritu entre nosotros! ¡Cuánta necesidad tenemos de obrar como este remanente, al margen de todo el conocimiento del que podamos jactarnos! Estos santos no hicieron nada grandioso ni rimbombante a los ojos de los hombres; pero ¡ah! amaban al Señor, pensaban en él, y su común fidelidad a Dios los juntó para hablar de él. Esto es precisamente lo que hacía encantadoras sus reuniones, gratas y deleita-

bles para el corazón de Dios. Ellos brillaban con un intenso y hermoso resplandor sobre el fondo sombrío de la religión mercenaria, motivada solo por el salario y por la rutina, sin un corazón para Dios, en medio de la cual estaban envueltos. Ellos no estaban unidos por ciertos puntos de vista o por ciertas opiniones comunes; ningún servicio ritualista ni observancia ceremonial los unía; no, lo que los unía era una profunda devoción personal al Señor, grata a Su corazón. Él estaba cansado de todo este sistema ritualista y sin realidad que profesaba la masa, pero halló agrado en la genuina devoción de algunas almas preciosas que procuraban estar reunidas tantas veces como podían para hablarse unas a otras y para animarse mutuamente en el Señor.

¡Oh, si esto se experimentase más entre nosotros! Es mucho lo que lo anhelamos. Confesamos al lector que nuestro deseo vehemente al escribir estas líneas es fomentar esta devoción. Nos asusta sobremanera la influencia desecante y paralizante del formalismo y de la rutina religiosa. Corremos el peligro de caer en una rutina y de proseguir la marcha día a día, semana tras semana, año tras año, de una manera pobre, fría y puramente formal, ofensiva para el corazón lleno de amor de nuestro adorable Salvador y Señor, quien desea verse rodeado de una compañía de seguidores sinceros y piadosos, fieles a su nombre y a su Palabra; fieles los unos a los otros por amor de su nombre; una compañía de discípulos que busque servirle de toda manera justa entretanto espera ardientemente su bendita aparición. ¡Que el Espíritu Santo obre con poder en el corazón de todo el pueblo de Dios, reanimando, restaurando, reavivando y preparando una compañía que reciba con regocijo al Esposo celestial! No cesamos de pedir por ello a nuestro Dios.

El evangelio de Lucas

Al comienzo del *evangelio de Lucas* tenemos el hermoso cuadro de un remanente en medio de una profesión vacía y sin corazón. Oímos las piadosas expresiones de los corazones de María, de Elisabet, de Zacarías y de Simeón. Vemos a Ana, la profetisa, que hablaba de Jesús a todos los que esperaban la redención en Jerusalén. Recuerdo haber oído decir a mi querido y venerado amigo J. N. D. respecto de Ana: «No sé exactamente cómo ella se las arreglaba para llegar a todos, pero sí que lo hizo». Ella llegaba a todos porque amaba al Señor y a aquellos que le pertenecían, y era su deleite dar con ellos para hablarles de Jesús. Es el mismo caso del remanente que vimos en Malaquías. Nada puede ser más precioso ni más refrescante para el corazón. Era el fruto exquisito y fragante de un verdadero y profundo amor por el Señor, en contraste con las fatigantes y odiosas formas de una religiosidad muerta.

La epístola de Judas

Pasemos ahora a considerar la *epístola de Judas*. Allí vemos a la cristiandad apóstata bajo todas sus terribles formas de iniquidad, así como en Malaquías habíamos visto al judaísmo apóstata. Pero nuestro objetivo no es ocuparnos de la cristiandad apóstata, sino del *remanente cristiano*. Bendito sea el Dios de gracia que nunca deja de haber un remanente, distinguido de la masa de profesión corrupta, y caracterizado por la fidelidad y devoción a Cristo, por el celo hacia Sus intereses y por el afecto genuino hacia cada miembro de Su amado Cuerpo.

A este remanente, el inspirado apóstol dirige su solemne y trascendente epístola. No se dirige a ninguna asamblea en particular, sino “a los *llamados, santificados*, en Dios Padre, y *guardados* en Jesucristo: *Misericordia y paz y amor* os sean multiplicados” (v. 1- 2).

¡Qué bendita posición! ¡Qué preciosa porción! Son *llamados, santificados* (separados) y *guardados*. Tal era su *posición*; mientras que su *porción* era esta: *Misericordia, paz y amor*. Y todo esto es presentado como perteneciente seguramente a todo verdadero hijo de Dios sobre la faz de la tierra antes de que fuera escrita una sola palabra acerca de la avasalladora corriente de la apostasía que estaba por arrollar a toda la iglesia profesante.

Repetimos y quisiéramos hacer hincapié en la expresión *todo verdadero hijo de Dios*. No basta con ser un profesante bautizado, un miembro afiliado a una denominación eclesiástica, por muy respetable y ortodoxa que sea. En la iglesia profesante –al igual que en el Israel de antaño– el remanente se compone de aquellos que son fieles a Cristo, que se aferran tenazmente a su Palabra en toda circunstancia, que se dedican por entero a sus intereses y que aman su venida. En una palabra, no se trata de ser miembro de una iglesia ni de estar en comunión solo de nombre aquí o allí, con estos o con aquellos, sino de una realidad viviente. Tampoco se trata de una arrogación, de tomar el *nombre*, sino de pertenecer de veras al remanente; no es cuestión del nombre, sino del *poder* espiritual. Como lo dijo el apóstol: “... conoceré, no las palabras, sino el poder” (1 Corintios 4:19). ¡Palabras de peso para todos nosotros!

Consideremos ahora las preciosas palabras de exhortación dirigidas al remanente cristiano. ¡Que el Espíritu las invista de poder para el bien de nuestras almas!

“Pero vosotros, amados, tened memoria de las palabras que antes fueron dichas por los apóstoles de nuestro Señor Jesucristo”. Los creyentes son remitidos a las Santas Escrituras y a ellas solamente. No son encomendados a ninguna tradición humana, ni a los Padres de la Iglesia, ni a los decretos de los concilios, ni a mandamientos y doctrinas de hombres; no, a ninguna de estas

cosas ni a todas ellas juntas. Estas no pueden sino perturbar, confundir y extraviar. Somos exhortados a dirigirnos a la preciosa y pura Palabra de Dios, a esa perfecta revelación que él, en su infinita bondad, ha puesto en nuestras manos, y que puede hacer a un niño “sabio para salvación”, y a un hombre, “*perfecto*, enteramente preparado para *toda buena obra*” (2 Timoteo 3).

¡El Señor sea alabado por este inefable favor! No hay lenguaje humano capaz de expresar la importancia de poseer, para nuestra guía, una autoridad divinamente establecida. Todo lo que necesitamos es ser absoluta y completamente gobernados por ella, atesorarla en nuestros corazones, tenerla actuando en nuestras conciencias, formando nuestro carácter, y gobernando nuestra conducta *en todas las cosas*. Darle a la Palabra de Dios su lugar, es uno de los rasgos que caracterizan al remanente cristiano. No lo es la infundada e intrascendente fórmula: «La Biblia, y solo la Biblia, es la religión de los protestantes». El Protestantismo no es la Iglesia de Dios; no es el remanente cristiano. La Reforma fue el resultado de una obra bendita operada por el Espíritu de Dios; pero el Protestantismo, en todas sus ramas y denominaciones, es lo que el hombre ha hecho de la Reforma. En el Protestantismo, la organización humana ha desplazado a la obra viva del Espíritu, y la forma de la piedad ha desplazado al poder de la fe individual. Ninguna denominación, como quiera que se llame, puede ser considerada como la Iglesia de Dios o como el remanente cristiano. Es de suprema importancia moral ver esto. La iglesia profesante ha fracasado por completo; su unidad corporativa y visible se ha desintegrado de forma irremediable, tal como lo vemos en la historia de Israel. Pero el remanente cristiano está integrado por todos aquellos que sienten y reconocen de todo corazón la ruina, que son gobernados por la Palabra de Dios y conducidos por el Espíritu en separación del mal para esperar a su Señor.

Examinemos de qué manera estos rasgos vuelven a aparecer en las preciosísimas palabras con que Judas se dirige al remanente: “Pero vosotros, amados, edificándoos sobre vuestra santísima fe, orando en el Espíritu Santo, conservaos en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna” (v. 20-21).

Aquí, pues, tenemos una vista preciosa del verdadero remanente cristiano y de las actividades de quienes lo componen. Nada puede ser más bello. Se puede preguntar: «¿A quiénes se dirigen estas palabras?». He aquí la respuesta: “A los llamados, santificados en Dios Padre, y guardados en Jesucristo”, en la época que fuera y dondequiera se encuentren. Nada puede ser más simple y excelente. Es perfectamente evidente que estas palabras no se aplican ni pueden aplicarse a meros profesantes, ni a ningún cuerpo eclesiástico debajo del sol. En una palabra, ellas se aplican

únicamente a los miembros vivos del cuerpo de Cristo. Todos ellos deberían hallarse juntos, edificándose sobre su santísima fe, orando en el Espíritu Santo, conservándose en el amor de Dios y esperando a su Señor.

Tal es el remanente cristiano, así como en Malaquías habíamos visto al remanente judío. Nada puede ser más hermoso. Es la posición en que deberían hallarse todos los verdaderos cristianos. No hay ninguna pretensión de ensalzarse para ser algo, ningún esfuerzo por negar o ignorar el triste y solemne hecho de la completa e irremediable ruina de la iglesia profesante. Es el remanente cristiano en medio de las ruinas de la cristiandad, el remanente fiel a la Persona de Cristo y a su Palabra, unido en amor, en el verdadero amor cristiano; no en el amor de una secta, de un partido o de un círculo exclusivista; es el amor en el Espíritu, el amor hacia “todos los que aman a nuestro Señor Jesucristo con amor inalterable”. Es el amor que se expresa en una verdadera devoción a Cristo y a sus intereses; un ministerio de amor hacia todos los que le pertenecen y procuran reflejar su Persona en todos sus caminos. No es descansar simplemente en una posición a pesar de estar uno en una mala condición espiritual, pues tal indiferencia sería caer en una terrible trampa del diablo. Por el contrario, se trata de una saludable unión de posición y condición en una vida caracterizada por principios sanos y por un andar práctico rebosante de gracia. Es, en resumidas cuentas, el reino de Dios establecido en el corazón y desarrollándose en toda la vida práctica.

Tal es, pues, la posición, la condición y la práctica del verdadero remanente cristiano. Y podemos estar seguros de que cuando estas cosas son realizadas y llevadas a cabo, se experimentará un tan riquísimo deleite en Cristo, una tan plena comunión con Dios y un tan claro testimonio de la gloriosa verdad del cristianismo del Nuevo Testamento como jamás se vio siquiera en los días más esplendorosos de la historia de la Iglesia. En una palabra, tendrá lugar aquello que glorifique el nombre de Dios, que regocije el corazón de Cristo y que hable con vivo poder al corazón y a la conciencia de los hombres. Quiera Dios, en su infinita bondad, concedernos la gracia de ver estas brillantes realidades en este día sombrío y malo, de manera de ser un nuevo ejemplo de este gran hecho de que cuanto mayor es la ruina, más rica es la gracia; y cuanto más profundas son las tinieblas, más brillantes son los destellos de la fe individual.

Tiatira

Echemos todavía una ojeada a los mensajes dirigidos a las cuatro últimas de las siete iglesias mencionadas en los capítulos 2 y 3 del Apocalipsis. La iglesia de *Tiatira* nos brinda la historia de la Iglesia durante esos largos y tristes siglos de la Edad Media, cuando densas tinieblas cubrían la tierra, y cuando el papado –la mancha moral más negra que jamás ha conocido el Universo– reinaba con el consabido carácter de Jezabel.

En el mensaje dirigido a la asamblea de Tiatira se observa un pronunciado cambio, cuando uno lo compara con los tres precedentes, indicado por tres hechos notables:

1. Por primera vez encontramos un mensaje que hace referencia a un remanente.
2. Allí también leemos por primera vez acerca de la venida del Señor.
3. Vemos que la exhortación a oír ya no se dirige más a la Asamblea, sino al vencedor.

Ahora bien, estos hechos demuestran, fuera de toda duda, que en Tiatira se abandona toda esperanza de restaurar a la Iglesia como Cuerpo. “Y le he dado tiempo para que se arrepienta, pero no quiere arrepentirse” (v. 21). En lo que respecta a la iglesia profesante, su situación es irremediable. Pero aquí, un remanente es distinguido y alentado, no con la esperanza de un mundo convertido y de una iglesia restaurada, sino con la brillante y bienaventurada esperanza de la venida del Señor como “la estrella de la mañana”. “A vosotros empero os digo, a los demás que están en Tiatira, a cuantos no aceptan esta enseñanza, y que no han conocido las cosas profundas de Satanás (como dicen ellos): No echaré sobre vosotros otra carga. Sin embargo lo que tenéis, retenedlo seguro, *hasta que yo venga*” (v. 24-25, V. M.).

Tenemos, pues, aquí una vista muy interesante del remanente cristiano. No es la iglesia restaurada, sino un cierto número de fieles que forman una compañía distintiva, purificada de la doctrina de Jezabel, que había rechazado “las profundidades de Satanás” y que persevera hasta el fin. Es de la mayor importancia que el lector tenga en claro el hecho de que las cuatro últimas iglesias –es decir, los cuatro estados de la Iglesia que ellas representan– continúan juntas, de forma sincrónica, hasta el fin. Esto simplifica notablemente todo nuestro estudio, y nos presenta al remanente cristiano de una manera muy práctica y definida. No se menciona ningún remanente sino recién en Tiatira. Entonces se da por perdida toda esperanza de restauración colectiva. Este simple hecho derriba completamente las pretensiones de la iglesia de Roma desde sus mismos cimientos. Ella nos es presentada como un sistema apóstata e idólatra, amenazada con el juicio de Dios; mientras que el Señor se dirige a un remanente que nada tiene que ver con ella. Baste con lo dicho en cuanto a la pretendida iglesia infalible y universal de Roma.

Sardis

Pero, ¿qué diremos de *Sardis*? ¿Se trata de la Iglesia restaurada? Nada de eso. “Tienes *nombre* de que vives, y *estás* muerto” (cap. 3:1). Esta no es ninguna iglesia restaurada o reformada, sino algo muerto, a la que el Señor *amenaza* con venir *como ladrón*, en lugar de alentarla con darle “la estrella de la mañana”. Concretamente, se trata del Protestantismo, de un “nombre” solamente, de obras que no son halladas “perfectas” delante de Dios. ¿Y qué viene luego?: El remanente cristiano. “Pero tienes *unas pocas personas* en Sardis que no han manchado sus vestiduras; y *andarán* [no que *tú andarás*] conmigo en vestiduras blancas, porque son dignos” (v. 4). Aquí tenemos un vívido y llamativo contraste entre una fría y muerta profesión nominal y un pequeño número de sinceros y ardientes amantes de Cristo. Es la diferencia entre las *apariencias* y el verdadero *poder*; entre la vida y la muerte.

Filadelfia

Este contraste continúa más extendido y más pronunciado en las dos últimas asambleas. En *Filadelfia* tenemos un hermosísimo cuadro de una compañía de verdaderos cristianos, humildes, sencillos y escasos de fuerzas, pero que han sido fieles a Cristo, han guardado su Palabra y no han negado su Nombre. Cristo y su Palabra son atesorados en el corazón y confesados en la vida práctica. Se trata de una realidad viviente y no de una forma sin vida. Nada puede superar la belleza moral de todo esto. Con solo contemplarlo, el corazón es indeciblemente refrescado y edificado. En resumidas cuentas, es Cristo mismo representado, por el Espíritu Santo, en un muy amado remanente. No hay ninguna pretensión de ser algo grande, ninguna arrogación de superioridad: Cristo es todo. Su palabra y su Nombre son de gran precio para el corazón. Parece que hemos reunido y concentrado aquí los hermosos rasgos morales de los diferentes remanentes que han sido expuestos, llenos de flores y exhalando un fragante perfume.

Ahora bien, todo esto es muy grato al corazón de Cristo. No es cuestión de realizar grandes servicios, de emprender obras poderosas ni de hacer nada llamativo ni espléndido a los ojos de los hombres. No; es algo mucho más precioso para el Señor; es la calma, completa y profunda apreciación de él mismo y de su palabra. Esto es mucho más caro para él que los servicios más vistosos y los sacrificios más suntuosos que pudieran realizarse. Lo que el Señor busca es un lugar en el corazón. Sin esto todo es vano: ceremonias, sacramentos, servicios ritualistas, actividades religiosas; todo carece absolutamente de valor. Pero el más leve suspiro de los afectos del corazón por él, le es preciosísimo. Oigamos lo que dice nuestro adorable Señor, cuando derrama su amante corazón ante esta querida compañía filadelfa, el verdadero remanente cristiano: “Esto

dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre: Yo conozco tus obras; he aquí, he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar; porque aunque tienes poca fuerza, has guardado *mi palabra*, y no has negado *mi nombre*. He aquí, yo entrego de la sinagoga de Satanás [aquellos emplazados sobre el presuntuoso terreno de la religión tradicional] a los que *se dicen* ser judíos y no lo son, sino que mienten; he aquí, yo haré que vengan y se postren a tus pies, y reconozcan que *yo te he amado* [¡hecho precioso y bendito; base y garantía de todos los fieles hoy y por la eternidad!]. Por cuanto has guardado la palabra de mi *paciencia* [no de mi *poder*], yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran sobre la tierra” (v. 7-10).

El Señor Jesucristo, en su gracia, se compromete a guardar a su amada Asamblea fuera de la terrible hora de la prueba que vendrá sobre toda la escena de este mundo. Antes que un solo sello se haya abierto, que una sola trompeta haya sonado o que una sola copa haya sido derramada, él tendrá a su pueblo celestial consigo en su hogar celestial. ¡Bendito sea su Nombre por esta esperanza resplandeciente, bienaventurada y tranquilizadora, que colma de gozo el corazón! ¡Ojalá que vivamos en el poder de ella entretanto aguardamos que nuestro gozo sea cumplido!

Pero tenemos que leer todavía la última parte de este exquisito mensaje dirigido a la iglesia de Filadelfia, tan lleno de consuelo y estímulo para los santos: “He aquí, yo vengo pronto; retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona. Al que venciere, yo lo haré columna en el templo de *mi Dios*, y nunca más saldrá de allí; y escribiré sobre él el nombre de *mi Dios*, y el nombre de la ciudad de *mi Dios*, la nueva Jerusalén, la cual descende del cielo, de *mi Dios*, y *mi nombre nuevo*”.

Nada podría sobrepasar la gracia que resplandece en estas palabras. Jehová habló palabras de gracia a su amado remanente en los días de Malaquías: “Y serán *para mí* especial tesoro... en el día en que yo actúe; y los perdonaré, como el hombre que perdona a su hijo que le sirve. Entonces os volveréis, y discerniréis la diferencia entre el justo y el malo, entre el que sirve a Dios y el que no le sirve. Porque he aquí, viene el día ardiente como un horno, y todos los *soberbios* y todos *los que hacen maldad* serán estopa; aquel día que vendrá los abrasará, ha dicho Jehová de los ejércitos, y no les dejará ni raíz ni rama. Mas a vosotros...”. ¿Quiénes? ¿Los que han hecho grandes cosas, grandes sacrificios, una gran profesión religiosa o los que tienen un gran nombre? No, sino “*los que teméis mi nombre*, nacerá el Sol de justicia, y en sus alas traerá salvación; y saldréis,

y saltaréis como becerros de la manada. Hollaréis a los malos, los cuales serán cenizas bajo las plantas de vuestros pies, en el día en que yo actúe, ha dicho Jehová de los ejércitos” (Malaquías 3:17-4:3).

Comparando los dos pasajes, vemos que entre los remanentes judío y cristiano existen puntos de similitud y de contraste. No podemos detenernos a considerarlos aquí debido a que nuestro objetivo es simplemente ilustrar que en los días más oscuros hallamos un remanente piadoso, querido para Dios y para Cristo, a quien él se dirige en los términos más dulces y tiernos, que consuela con la seguridad más preciosa y que alienta con las más brillantes esperanzas. Esto es lo que tenemos sobre todo en el corazón para presentar a toda la Iglesia de Dios a los efectos de urgir a todo miembro del amado cuerpo de Cristo sobre la faz de la tierra a apartarse de todo lo que sea contrario al pensamiento de Dios, tal como está revelado en su Palabra, y a abrazar la posición, la actitud y el espíritu del verdadero remanente cristiano.

Solo haré referencia a un punto que marca la diferencia entre los dos remanentes de la manera más clara. El remanente judío es alentado por la esperanza de la aparición del “Sol de justicia” (Malaquías 4:2), mientras que al remanente cristiano se le concede un privilegio muchísimo más elevado, esplendoroso y dulce: el de esperar “la estrella resplandeciente de la mañana” (Apocalipsis 2:28). Una criatura es capaz de entender la diferencia entre estas dos cosas. La estrella de la mañana aparece en el cielo mucho antes de que salga el sol, y así también la Iglesia encontrará a su Señor como “la estrella de la mañana” antes de que los rayos del “Sol de justicia” caigan, con su poder sanador, sobre el remanente de Israel, temeroso de Dios.

Laodicea

No quisiera terminar sin decir unas palabras sobre *Laodicea*. Nada puede ser más vívido o notable que el contraste que existe, en todos los aspectos, entre Laodicea y Filadelfia. Laodicea representa el último período del cuerpo profesante cristiano. Está a punto de ser vomitada como algo intolerablemente nauseabundo para Cristo. No se trata aquí de crasa inmoralidad. A los ojos de los hombres podrá tener una apariencia muy respetable, pero para Cristo, es un estado muy repugnante, caracterizado por la tibieza y la indiferencia:

“ Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, te vomitaré de mi boca (v. 15-16).

¡Qué terriblemente solemne es hallar a la iglesia profesante en semejante condición! ¡Cuán rápidamente pasamos de las delicias de Filadelfia –con todo lo que ella tenía de precioso para el corazón de Cristo– a la atmósfera desecante de Laodicea, donde no existe ningún rasgo positivo, nada que dé reposo al alma! Lo único que se ve es una fría indiferencia hacia Cristo y sus intereses, junto con la más triste satisfacción de sí mismo. “Tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y *de ninguna cosa tengo necesidad*; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo. Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas” (v. 17-18).

¡Qué solemne es todo esto! La gente se jacta de sus riquezas y pretende no tener necesidad de nada, ¡y Cristo está afuera! Han perdido el sentido de la justicia divina –simbolizada por el “oro”– y de la justicia humana práctica –representada por las “vestiduras blancas”–; sin embargo, están llenos de sí mismos y de sus propias obras –todo lo contrario a la querida compañía filadelfa–. En Filadelfia no hay nada que reprobar; en Laodicea, nada que encomiar. En la primera, Cristo es todo; en la segunda, él está efectivamente fuera y la Iglesia es todo. ¡Qué espantoso es considerar esto! Estamos precisamente en el fin; hemos llegado a la última fase solemne de la Iglesia como testigo de Dios en la tierra.

Sin embargo, aun en medio de este deplorable estado de cosas, la gracia infinita y el inmutable amor de Cristo no dejan de brillar con su incomparable esplendor. Cristo está afuera –esto nos dice lo que es la Iglesia–. Mas él golpea, llama y espera –esto nos dice lo que él es–. ¡Que el universo entero alabe su Nombre por la eternidad! “Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepíentete” (v. 19). Se ofrecen oro, vestiduras blancas y colirio. El amor desempeña distintas funciones, se reviste de diversos caracteres; pero todavía es el mismo amor. “El mismo ayer, y hoy, y por los siglos”, aun cuando tenga que “reprender y castigar”. Aquí la actitud del Señor y su acción son de suma significación, tanto con respecto a la Iglesia como a sí mismo. “He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; *si alguno* oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él *conmigo*” (v. 20).

En la iglesia de Sardis se habla del remanente como de “unas personas”; en Laodicea leemos: “*si alguno...*”; aparece un “si”. Mas si hubiere un solo oído que oyere, si hubiere uno solo que abriere la puerta, ese de seguro tendrá el elevado privilegio, el inmenso favor de cenar con Cristo, de tener a ese preciado Salvador por huésped e invitado. “Yo con él y él conmigo”. Cuando el testi-

monio colectivo ha quedado reducido a su mínima expresión, la fidelidad individual es recompensada por una comunión íntima con el corazón de Cristo. Tal es el amor infinito y eterno de nuestro amado Salvador y Señor. ¡Oh, quién no querría confiar en él, alabarle, amarle y servirle!

Y ahora, querido lector cristiano, al despedirme de usted, quisiera suplicarle encarecida y afectuosamente que se una a nosotros en oración para pedirle a nuestro Dios, al Dios de gracia, que avive los corazones de su amado pueblo por todo el mundo para procurar una marcha cristiana más pronunciada, sincera y devota; para apartarse de todo lo que sea contrario a su Palabra; para ser fieles a ella y a su nombre en este día sombrío y malo, y para hacer realidad la verdad que hemos considerado en este escrito, a saber, *que cuanto mayor es la ruina, más rica es la gracia; y cuanto más profundas son las tinieblas, más brillante es el resplandor de la fe individual.*

Todo hijo de Dios debe hablar de Cristo a los pecadores perdidos

P.D.: Siento que no podría cerrar estas páginas sin agregar unas palabras sobre la inmensa importancia de mantener un amplio, claro y enérgico testimonio evangelístico. “Haz obra de evangelista” es la exhortación que el amado apóstol Pablo dio a su querido hijo Timoteo desde su prisión en Roma en vista de la ruina total de la iglesia profesante (2 Timoteo 4:5); y verdaderamente, las circunstancias en que estas palabras fueron escritas les confiere una fuerza muy conmovedora y particular. Venga lo que venga, Timoteo debía continuar anunciando las buenas nuevas de la salvación de Dios. Él podría haber sido tentado a abandonarlo todo desesperadamente y a decir: *Todo está en ruinas, la gente no quiere escuchar el Evangelio, “no sufrirán la sana doctrina”.*

La fe dice: No; nunca debemos darlo todo por perdido; el Evangelio de Dios debe ser predicado a toda criatura debajo del cielo. Y aunque los hombres lo rechacen, Dios es glorificado y su corazón reconfortado cuando el precioso mensaje de su amor llega a oídos de los pecadores perdidos. Quisiéramos alentar a todo amado evangelista sobre la faz de la tierra recordándole que por mucho que haya fracasado la Iglesia como testigo de Dios ante el mundo, el precioso Evangelio proclama lo que él es para todo pobre, angustiado y arruinado pecador que solo quiera confiar en él. Este es el pensamiento que nos ha animado durante 48 años de labor evangelística, cuando desgarraba a uno el alma contemplar el miserable estado en que se hallaba, y se halla, la Iglesia.

Y cuando hablamos de la obra de evangelización, no debemos limitarla a los salones o edificios donde se reúne la Asamblea, para lo cual se requiere naturalmente un don específico proveniente de la Cabeza de la Iglesia. Creemos que es el dulce privilegio de *todo hijo de Dios* hallarse en una condición de alma tal que exhale las buenas nuevas hacia las almas individuales en la vida

privada. Debemos confesar que nuestro anhelo es que esto abunde más entre nosotros. Independientemente de cuál sea nuestra posición en la vida o nuestra esfera de actividad, debemos procurar con vehemencia y con oración la salvación de aquellos con quienes estamos en contacto a diario. Fallar en esto implica que no estamos en comunión con el corazón de Dios ni con la mente de Cristo. En los Evangelios y en los Hechos de los Apóstoles tenemos muchísimos ejemplos de esta hermosa obra individual. Así, “Felipe halló a Natanael”, y Andrés “halló primero a su hermano Simón” (Juan 1:45, 41).

¡Cuánto más quisiéramos ver de esta importante y bella obra personal en privado! Es reconfortante para el corazón de Dios. Somos muy propensos a caer en una suerte de rutina y a estar satisfechos con invitar a la gente a los locales de reunión para escuchar una predicación. Esto está muy bien y es muy importante en su lugar. No escribiríamos una sola línea en desmedro del valor de este servicio; pero, al mismo tiempo, no podemos menos que tomar conciencia de nuestra triste falta en esta obra personal de amor hacia las almas.

¡Quiera el Señor de gracia despertar los corazones de todo su amado pueblo, a fin de que sientan un más vivo interés por la bendita obra de la evangelización, en casa y fuera de ella, en público y en privado!

Los compañeros de David y los amigos de Pablo

Las líneas siguientes son un extracto de una carta dirigida a un amigo, y a pedido de él son enviadas como un mensaje a la Iglesia de Dios. ¡Quiera el Espíritu Santo revestirlas de su poder!

Qué preciosos son esos vínculos especiales formados por la mano de Dios! Hay un gran vínculo *general* que nos une a todos los hijos de Dios –a todos los miembros del cuerpo de Cristo–. Pero existen vínculos *especiales* que siempre deberíamos reconocer y procurar fortalecer y perpetuar por todos los medios posibles y legítimos.

Últimamente nos hemos estado ocupando, con mucho interés y provecho, de los valientes de David, mencionados en el capítulo 23 del segundo libro de Samuel, y de los amigos de Pablo en Roma, mencionados en el último capítulo de la epístola a los Romanos. Entre los millares de Israel –todos miembros circuncidados de la congregación de Israel e hijos de Abraham–, había relativamente pocos que se distinguían por una devoción personal y una entera consagración de corazón. Incluso entre esos pocos había notables diferencias. Estaban *los treinta* valientes, *los tres* y *los tres primeros*. Cada uno tiene su lugar específico en el libro de la vida responsable y práctica, según lo que fue y lo que hubo hecho. Además, se nos dice exactamente lo que cada uno ha hecho y cómo lo ha hecho. Nada se olvida, sino que todo es fielmente registrado, y ninguno de ellos puede jamás tomar el lugar de otro. Cada uno hace su propia obra, ocupa su lugar y recibe su recompensa .

Vemos lo mismo en el capítulo 16 de la epístola a los Romanos. Nada puede ser más sorprendente ni más notable que las bellas distinciones que caracterizan esta exquisita porción de las Escrituras. Notemos primeramente de qué manera Febe es recomendada a la asamblea de Roma. “Os recomiendo además nuestra hermana Febe”. ¿Sobre qué base el apóstol la recomienda? ¿Porque «parte el pan» o porque «está en comunión» en Cencrea? No, sino porque “es *diaconisa de la iglesia*”, y “porque ella *ha ayudado a muchos, y a mí mismo*”.

Pablo, en un lenguaje conmovedor y enérgico, nos presenta la base moral de los derechos de Febe a la hospitalidad y a la ayuda de la asamblea. Decir que una persona «parte el pan», lamentablemente no ofrece ninguna garantía en lo que respecta a su devoción personal. Debiera ser así, pero no lo es. Por eso, esperar la simpatía, la ayuda y la confianza de los hijos de Dios sobre tal terreno, no ofrece ninguna garantía. El apóstol mismo, cuando demanda las oraciones de los her-

manos, presenta la base moral de su demanda: “Orad por nosotros”. ¿Sobre qué base? ¿Porque «partimos el pan» o porque «estamos en comunión»? Nada de eso, sino porque “confiamos en que tenemos buena conciencia, deseando conducirnos bien en todo” (Hebreos 13:18).

Notemos luego lo que se dice de Priscila y Aquila. ¿Qué habían hecho? Habían sido ayudantes –o colaboradores– del apóstol. Expusieron su vida por él. Y agrega: “A los cuales no solo yo doy gracias, sino también todas las iglesias de los gentiles”. Esto es extraordinariamente exquisito. Habían “ganado para sí un grado honroso” (1 Timoteo 3:13). Habían ganado la confianza y la estima del apóstol y de todas las asambleas. Así debe ser siempre. No podemos introducirnos de golpe en los afectos y en la confianza de la gente. Debemos recomendarnos por una vida de justicia práctica y de devoción personal. “Recomendándonos *a toda conciencia humana* delante de Dios” (2 Corintios 4:2).

Notemos luego, en el versículo 12, el tacto perfecto del apóstol: “Saludad a Trifena y a Trifosa, las cuales *trabajan* en el Señor. Saludad a la amada Pérsida, la cual ha *trabajado mucho* en el Señor”. ¿Qué bella distinción vemos aquí! ¿Por qué el apóstol no clasifica juntas a las tres? La razón es muy simple: las dos primeras habían tan solo trabajado, mientras que la tercera había trabajado *mucho*. Cada cual tiene su lugar, según lo que fue y lo que hubo hecho.

Tampoco para Trifena y Trifosa podía ser un motivo de envidia y de celo contra Pérsida el hecho de que esta fuera calificada como “la amada”, mientras que ellas no lo fueran. Tampoco habrían tenido tales sentimientos porque el adjetivo “mucho” haya sido adjuntado a su trabajo y no al de ellas. ¡Oh no, la envidia y los celos son los frutos perniciosos de una miserable ocupación con uno mismo, y no pueden tener cabida en un corazón enteramente consagrado a Cristo y a sus intereses!

Ahora bien, considero estos pasajes del segundo libro de Samuel y de la epístola a los Romanos como un ejemplar de las páginas del libro de la vida responsable y práctica, en el cual el nombre de cada uno está escrito según lo que fue y lo que hubo hecho. Huelga decir que todo descansa sobre la gracia. Cada uno se complacerá en decir que “por la gracia de Dios soy lo que soy” (1 Corintios 15:10). Además, todos los hijos de Dios, todos los miembros de Cristo, son igualmente “*aceptos* en el Amado”; todos se hallan en la misma relación. El más débil miembro del cuerpo de Cristo es amado por Dios como Cristo mismo. La cabeza y los miembros no pueden separarse. Como él es, así somos nosotros. El más débil hijo de la familia tiene su lugar en el corazón del Padre, y nadie podrá jamás interponerse entre ellos (Efesios 1:6; Juan 17:26; 1 Juan 4:17).

Todo esto es verdadero y precioso; nada puede alterarlo. Mas cuando se trata de la gran cuestión de la vida práctica y de la devoción personal, ¡qué variedad infinita! Vemos a *los tres, los tres primeros y los treinta*. Una cosa es ser “aceptos”, y muy otra es ser “*acceptables*” o “agradables” (2 Corintios 5:9). Una cosa es ser un hijo amado, y muy otra es ser un siervo devoto. Está el amor que se refiere a la relación en que uno se halla, y el amor que deriva de la satisfacción que causa el objeto amado.

Estas dos cosas no deben confundirse, y, seguramente, todo hijo de Dios “acepto”, debería desear ardientemente ser un siervo “*acceptable*” o “agradable” a Cristo. ¡Oh, que así sea más y más en estos días de fría indiferencia en los que solo se busca los propios intereses y en los cuales la mayoría de los creyentes están satisfechos con el simple hecho de estar en comunión –como comúnmente se dice–, de participar formalmente del partimiento del pan!; día en que tan pocos, relativamente, procuran seguir esa elevada senda de la devoción personal que, sin duda, es “agradable” al corazón de Cristo.

Que no se nos vaya a mal interpretar. La verdadera comunión en el Espíritu –la comunión de los santos– es preciosa más allá de toda expresión; y el partimiento del pan con verdad y sinceridad, en memoria de nuestro adorable Señor y Salvador Jesucristo, quien nos amó y se dio a sí mismo por nosotros, es uno de los más elevados y ricos privilegios para aquellos cuyos corazones son fieles a él. Todo esto se comprende bien y lo admito plenamente.

Pero, por otro lado, jamás debemos olvidar la fuerte tendencia de nuestros pobres corazones a estar satisfechos con meras formas y fórmulas cuando el poder no está más presente. Una cosa es estar en comunión *de nombre* y tomar parte en *la forma exterior* del partimiento del pan, y muy otra es ser un *discípulo de Cristo serio, devoto y decidido*. Todos deberíamos desear ardientemente esto último; pero inclinarse por lo primero es una miserable decepción que apaga la conciencia, endurece el corazón y engaña al alma.

El rocío de Hermón

La expresión “el rocío de Hermón” parece ser solo un *rompecabezas geográfico* para algunos. Pero para uno que tiene la mente de Cristo, no es un simple rompecabezas, sino una muy sorprendente y bella figura. Hermón es el pico más alto de toda Palestina, y cuando la tierra circundante está seca, el rocío refrescante desciende desde sus picos nevados sobre los montes de Sion; y esta es una de las figuras utilizadas por el Espíritu Santo para ilustrar cuán bueno y cuán delicioso es habitar los hermanos juntos en armonía.

Leamos el salmo completo:

“¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es habitar los hermanos juntos en armonía! Es como el buen óleo sobre la cabeza, el cual desciende sobre la barba, la barba de Aarón, y baja hasta el borde de sus vestiduras; como el rocío de Hermón, que desciende sobre los montes de Sion; porque allí envía Jehová bendición, y vida eterna”.

Aquí tenemos dos ilustraciones preciosas de la unidad entre los hermanos. Ella es como el óleo que desciende de la cabeza del sumo sacerdote hasta el borde de sus vestiduras, y como el rocío que, con su poder refrescante, cae de las cumbres nevadas del monte Hermón.

¡Esto es verdaderamente delicioso! Sin embargo, solo se trata de figuras que se utilizan para introducir la idea divina de unidad entre los hermanos. Pero, ¿cómo se fomenta la unidad? Viviendo lo suficientemente cerca de nuestro gran Sumo Sacerdote para que el óleo perfumado que desciende de él impregne nuestras almas; estando lo más cerca posible del Hombre en la gloria para que el rocío refrescante de su gracia caiga sobre nuestras almas y produzca en nosotros preciosos y fragantes frutos para Su alabanza.

Esta es la manera de *habitar* en armonía con nuestros hermanos. Una cosa es hablar acerca de la unidad, y otra cosa completamente distinta es habitar en ella. Podemos declarar que sostenemos la «unidad del Cuerpo» y «la unidad del Espíritu» –verdades que son muy preciosas y gloriosas– y, al mismo tiempo, estar realmente llenos de controversias totalmente egoístas, de espíritu de partido y de sentimientos sectarios. Todas estas cosas son completamente destructoras de la unidad práctica. Para habitar juntos en armonía, los hermanos tienen que recibir la unción de la Cabeza, las refrescantes lluvias del verdadero Hermón. Deben vivir en la misma presencia de Cristo, para que así todos sus puntos de vista y opiniones particulares cedan, todo su egoísmo sea juzgado y subyugado, sus propias ideas descartadas, sus propias extravagancias y manera de pensar arrojadas por la borda. Entonces habrá anchura de corazón, amplitud de mente y

profunda simpatía. Aprenderemos a soportar y a contenernos. Ya no será más cuestión de querer solamente a los que piensan como nosotros o que sienten lo mismo que nosotros en cuanto a una u otra de nuestras teorías. Entonces se podrá amar y abrazar a “todos los que aman a nuestro Señor Jesucristo en sinceridad” (Efesios 6:24, RV 1909).

La bendita Cabeza ama a todos sus miembros, y si bebemos de Su espíritu, si aprendemos de Él, amaremos igualmente a todos. Seguramente aquellos que guardan Sus mandamientos, disfrutan de Su especial amor –el amor que deriva de la satisfacción que causa el objeto amado–; y así también nosotros, no podemos sino amar de forma especial a aquellos en quienes vemos la huella de su bendito Espíritu. Pero esto es algo totalmente diferente de amar a los demás porque adoptan *nuestra* línea de verdad o *nuestros* puntos de vista particulares. Se trata de Cristo, y no del yo; y esto es lo que se precisa para “habitar... juntos en armonía”.

Contemplemos el hermoso cuadro que se nos presenta en Filipenses 2. Vemos, en primer lugar, a la Cabeza divina misma, y luego el óleo que desciende de Él hasta el borde de Sus vestiduras. ¿De dónde obtuvo Pablo la gracia que le permitía estar listo para ser derramado como una ofrenda de libación sobre el sacrificio de sus hermanos? ¿Qué es lo que movió a Timoteo a preocuparse por los demás? ¿Qué es lo que llevó a Epafrodito a arriesgar su vida para suplir lo que faltaba en el servicio de sus hermanos? ¿Cuál es la única gran respuesta a todas estas preguntas? Simplemente esta: Estos queridos siervos de Cristo vivían de tal manera en presencia de su Amo, estaban tan profundamente imbuidos de Su espíritu y habitaban tan cerca del Hombre en la gloria, que el óleo fragante, y el rocío refrescante, descendían abundantemente sobre sus almas y los hacía canales de bendición para los demás.

Querido lector cristiano, puede estar seguro de que este es el gran secreto de una buena armonía. Si los hermanos han de habitar juntos en armonía, el “óleo” y el “rocío” deben descender constantemente sobre ellos. Deben vivir cerca de Cristo y estar ocupados con él para manifestar Sus virtudes y reflejar Su bendita imagen.

¡Qué gozo da –aunque sea solo en una pequeña medida– deleitar el corazón de Dios! Él se deleita al ver a sus hijos andando en amor. Es él quien dice “¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es habitar los hermanos juntos en armonía!”. Ciertamente esto debe mover nuestros corazones para hacer todo lo posible por fomentar esta hermosa armonía. Debe conducirnos a la subordinación de nuestro yo y de sus intereses, y a abandonar todo lo que pueda contribuir, de cualquier manera, a alejar nuestros corazones de Cristo y los unos de los otros. El Espíritu Santo nos exhorta a ser “*solicitos* en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz” (Efesios 4:3). Recordé-

moslo siempre. Es la unidad del Espíritu (no la unidad del Cuerpo), la que debemos guardar en el vínculo de la paz. Esto nos va a costar algo. La palabra *solícitos* muestra que no se puede realizar sin sacrificio. Pero Aquel que nos exhorta de manera tan misericordiosa al servicio, siempre proporcionará la gracia que se necesite. La unción y el rocío descenderán de Él, en su refrescante poder, uniendo nuestros corazones en santo amor y permitiendo que nos neguemos a nosotros mismos y abandonemos todo lo que tienda a entorpecer la verdadera armonía a la que somos imperativamente exhortados a mantener.

Diversidad y unidad

Es a la vez interesante e instructivo señalar las variadas líneas de verdad presentadas en el Nuevo Testamento, y ver que todas hallan su centro en esa bendita Persona que es la verdad. Vemos esto tanto en los Evangelios como en las Epístolas. Cada uno de los cuatro Evangelistas, bajo la guía y el poder directos del Espíritu Santo, nos dan una visión particular de Cristo. Mateo lo presenta en sus relaciones judías –como el Mesías, el Hijo de David, Hijo de Abraham– heredero de las promesas hechas a los padres. Marcos lo presenta como el obrero ferviente, el siervo diligente, el ministro laborioso, el incesante predicador y maestro. Lucas nos presenta a “Jesucristo hombre” en sus relaciones humanas, Hijo del Hombre, Hijo de Adán. Juan se ocupa del Hijo de Dios, Hijo del Padre, el Hombre celestial, en sus relaciones celestiales.

Así, cada uno tiene su carácter particular. No hay dos iguales, pero todos están de acuerdo. Hay una hermosa variedad, pero la más perfecta armonía; hay diversidad y unidad. Mateo no interfiere con Marcos; ni Marcos con Lucas; ni Lucas con Juan. No hay ningún antagonismo, puesto que cada uno se mueve en su propia órbita, y todos giran alrededor del único gran centro.

Tampoco podríamos prescindir de ninguno de los cuatro. Habría un espacio en blanco si uno de ellos faltara; y es el propósito y gozo del Espíritu Santo exponer cada rayo de la gloria moral del Hijo de Dios. Cada Evangelio cumple su propio servicio, bajo la mano guiadora del Espíritu Santo.

Lo mismo sucede en las Epístolas. La línea de cosas de Pablo es tan distinta de la de Pedro, como la de Pedro es de la de Juan, o la de Juan de la de Santiago. No hay dos iguales, pero todos están de acuerdo. No hay ningún antagonismo, pues, al igual que los cuatro Evangelistas, cada uno se mueve en la órbita que le ha sido asignada, y todos giran alrededor del único Centro común. La órbita es distinta, pero el Centro es uno. Pablo nos presenta la gran verdad de la relación del hombre con Dios, sobre el terreno de una redención cumplida, junto con los consejos de Dios en cuanto a Israel y a la Iglesia. Pedro nos presenta el peregrinaje cristiano y el gobierno de Dios del mundo. Santiago insiste en la justicia práctica. Juan aborda el gran tema de la vida eterna; primero con el Padre, luego manifestada en el Hijo, comunicada a nosotros y, finalmente, desplegada en el futuro glorioso.

Ahora bien, sería el colmo de la insensatez establecer una odiosa comparación entre esas variadas líneas de verdad, o entre los amados y respetados instrumentos mediante quienes estas líneas nos son presentadas. ¡Qué necio sería colocar a Mateo contra Marcos, a Marcos contra Lu-

cas, a Lucas contra Juan o a Juan contra todos los demás! ¡Qué pueril que alguien diga: «Prefiero la línea de cosas de Pablo solamente; Santiago parece estar en un nivel inferior; Pedro y Juan no me gustan; Pablo es el hombre para mí; su ministerio es el que mejor me va»!

En seguida debemos denunciar todo esto como pecaminosa insensatez, la cual no ha de ser tolerada ni por un momento. Las diversas líneas de verdad, convergen todas en un único Centro glorioso y bendito. Los diversos instrumentos son todos empleados por un mismo Espíritu inspirador, con el único gran objetivo de presentar las variadas glorias morales de Cristo. Los necesitamos a todos. No podemos permitirnos prescindir más de Mateo o Marcos que de Lucas o Juan; y no nos corresponde subestimar a Pedro o Santiago, porque no nos dan un orden de verdades tan elevado y amplio como lo hacen Pablo o Juan. Cada uno de ellos es necesario en su lugar. Cada uno tiene su trabajo que hacer, su línea de cosas asignada que considerar, y le causaríamos un serio daño a nuestras almas –además de dañar la integridad de la revelación divina–, si nos limitásemos a una sola línea de verdad particular o nos adhiriésemos exclusivamente a un determinado instrumento o vaso particular.

Los antiguos corintios cayeron en este grave error, y provocaron así una aguda reprensión de parte del bendito apóstol Pablo. Unos eran de Pablo, otros de Apolos, otros de Cefas y otros de Cristo. Todos estaban equivocados, y los que decían que eran de Cristo estaban tan equivocados como los demás. Eran carnales, y andaban como hombres. Fue una penosa insensatez envanecerse unos contra otros, puesto que todos eran siervos de Cristo, y todos pertenecían a la Iglesia en su conjunto.

Y no son las cosas distintas actualmente en la Iglesia de Dios. Hay diversos tipos de obreros, y diversas líneas de verdad; y tenemos el feliz privilegio, por no decir el santo deber, de reconocerlos a todos y regocijarnos en ellos. Envanecernos unos contra otros (1 Corintios 4:6), es ser «carnales y andar como hombres» (1 Corintios 3:3). Menospreciar a uno de los siervos de Cristo es menospreciar la verdad que él lleva, y abandonar nuestras propias mercedes. “Porque todo es vuestro: ya sea Pablo, o Apolos, o Cefas, o el mundo, o la vida, o la muerte, o lo presente, o lo por venir, todo es vuestro, y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios” (1 Corintios 3:21-23, LBLA).

Esta es la manera correcta y divina de considerar el asunto; y es también la manera de evitar sectas, partidos, grupos y círculos exclusivistas en la Iglesia de Dios. Hay un Cuerpo, una Cabeza, un Espíritu, una revelación divina y perfecta: las Santas Escrituras. Hay muchos miembros, muchos dones, muchas líneas de verdad, muchos caracteres distintos de ministerio. Los necesitamos a todos, y por eso Dios los ha dado todos.

Pero, con toda seguridad, Dios nos ha dado los diversos dones y ministerios, no para poner uno contra el otro, sino para que, humilde y agradecidamente, nos beneficiemos de todos ellos, y los aprovechemos conforme a Su propósito de gracia al darnoslos. Si todos fueran Pablo, ¿dónde estarían los Pedro? Si todos fueran Pedro, ¿dónde estarían los Juan?

No solamente esto; pero ¿cuál ha de ser el resultado de adherirse a una particular línea de verdad o carácter de ministerio? ¿Cuál sino producir un carácter cristiano imperfecto? Todos nosotros somos tristemente propensos a la parcialidad; y nada contribuye más a este mal que una desmesurada adherencia a una línea de verdad particular, excluyendo las demás igualmente importantes. Somos santificados por “*la verdad*” (Juan 17:17, LBLA), por toda la verdad, no por *alguna* verdad.

Debemos deleitarnos en cada orden de verdades, y dar una cordial bienvenida a cada vaso o instrumento que nuestro Dios tenga a bien utilizar para ministrar su verdad a nuestras almas. Envanecernos unos contra otros es ocuparse más del vaso que de la verdad que este contiene, ocuparse más del hombre que de Dios –¡qué grave error!– “¿Qué, pues, es Pablo, y qué es Apolos? Servidores por medio de los cuales habéis creído; y eso según *lo que a cada uno concedió el Señor*” (1 Corintios 3:5).

Aquí yace el gran principio. Dios tiene varios instrumentos para su obra, y debemos apreciarlos a todos como *sus* instrumentos, y nada más. Ha sido siempre el objetivo de Satanás conducir al pueblo del Señor a establecer directores de escuelas de pensamiento, líderes de facciones, centros de asociaciones exclusivistas, dividiendo así la Iglesia de Dios en sectas, y destruyendo su unidad visible. No ignoremos “sus maquinaciones”, sino que, de todas las formas posibles, seamos “*solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz*” (2 Corintios 2:11; Efesios 4:3).

¿Cómo se ha de lograr este gran objetivo? Manteniéndonos cerca del Centro –permaneciendo en Cristo–, ocupándonos habitualmente en él, empapándonos de Su espíritu y siguiendo sus pisadas; yaciendo a sus pies, en humildad y en una verdadera contrición y quebrantamiento de corazón; mediante una completa consagración a su servicio, al progreso de su causa, a la promoción de su gloria, a la prosperidad y bendición de cada amado miembro de Su Cuerpo.

De este modo seremos librados de debates y contiendas, de discusiones acerca de cuestiones sin provecho y de teorías sin fundamento; de parcialidad, prejuicio o predilección. Seremos capaces de ver y apreciar todas las diversas líneas de verdad que convergen en el único Centro divino, los

diversos rayos de luz que emanan de la única Fuente eterna. Nos regocijaremos en el gran hecho de que, en todos los caminos y obras de Dios, en cada orden de la naturaleza y de la gracia, en las cosas de la tierra y en las cosas del cielo, en el tiempo y en la eternidad, no se trata de una monótona uniformidad, sino de una maravillosa variedad. En una palabra, el principio universal y eterno de Dios es «diversidad y unidad».

Un cuerpo

Estos pasajes presentan una verdad que yo creo que es de fundamental importancia para todos nosotros, tanto individual como corporativamente: la Iglesia en su conjunto es el templo de Dios, y todo creyente es hecho tal, de manera tan real, literal y absoluta, como el templo de la antigüedad en que Dios moraba; solo que, naturalmente, de una manera diferente. Él mora en cada creyente particular. Nótese este hecho; pónérselo. No es cuestión de opinión; es la verdad de Dios. Si la gente no se inclina ante las Escrituras, de nada servirá que discutamos con ellos

La verdad presentada aquí no es una verdad sobre la que podemos pensar tal o cual cosa. *Dios tiene una casa aquí en la tierra.* Amados, aceptemos este hecho, ponderémoslo. No digamos que es lo que *debe* ser, sino lo que *somos*; y veamos luego la conducta que proviene de ello; veamos lo que conviene a la casa de Dios: “La santidad conviene a tu casa, oh Jehová, por los siglos y para siempre” (Salmo 93:5).

Este es el fundamento de la verdad que sostiene toda la disciplina desde el momento que Dios tuvo una casa en la tierra. Nunca oímos ni una sola palabra acerca de que Dios habitara entre los hombres antes de que la redención fuese cumplida. Pero desde el momento que Israel sale de Egipto, a orillas del mar Rojo, las primeras palabras que resuenan en nuestros oídos de los labios de un pueblo redimido, son: “Le preparé habitación” (Éxodo 15:2; versión «King James» citada por el autor). Y desde el momento que se clavó la última estaca del tabernáculo terrenal, la gloria de Dios desciende para sentar su habitación en medio de su pueblo.

Pero su presencia demanda y asegura santidad. Si leemos los capítulos 6 y 7 de Josué, veremos dos grandes consecuencias que surgen de la misma presencia: Jericó en ruinas y el montón de piedras en el valle de Acor. Un hombre osó contaminar la congregación de Dios. ¡Qué solemne es esto! Era algo bueno ver esos baluartes derrumbarse hasta el polvo bajo los pies del pueblo de Dios. Pero nótese que la misma presencia que dejó Jericó en ruinas, no podía permitir que el pecado de un hombre pasara inadvertido. El Espíritu Santo escribió estas cosas para nosotros, y es nuestro ineludible deber detenernos y meditar en ellas, y procurar retener en nuestras almas sus enseñanzas.

El mismo instinto de la fe debió haberle enseñado a Josué que había algún obstáculo. El pueblo de Dios era Su morada. Este hecho les confería una característica que los distinguía de toda otra nación sobre la tierra. Ninguna otra nación sabía nada de ese gran privilegio excepto Israel. Pero

Dios es Dios. Será siempre fiel a sí mismo. Cuidará el honor de su gran nombre. Josué creyó que la gloria de ese gran nombre estaba comprometida: pero hay más de una manera de mantener esa gloria.

Si Jehová está presente para dar la victoria sobre Sus enemigos, también está presente para disciplinar a Su pueblo.

Israel ha pecado

“ (Josué 7:11).

Dios no dice «Un hombre ha pecado», encuéntralo. No; se trata de los seiscientos mil israelitas, puesto que Israel es *una sola nación*. Una sola presencia divina en medio de ellos sellaba, marcaba y formaba su unidad. No busquemos razonar sobre esto, hermanos, sino sometamos todo nuestro ser moral a esta verdad. No la juzguemos, sino dejémonos juzgar por ella. “Israel ha pecado”: esta era la razón por la cual no pudieron obtener la victoria. Israel debía acercarse de a uno, “hombre por hombre” (Josué 7:14, LBLA), de modo que el transgresor del pacto de Jehová pudiese ser tomado. Dios no puede pasar por alto el mal no juzgado. La debilidad no constituye un obstáculo, pero el mal sí. ¿Puede Dios dar su aprobación al mal con Su presencia? ¡Nunca! Si somos morada de Dios, debemos ser santos. Este es uno de aquellos principios eternos que nunca pueden ser abandonados.

Pero surge la pregunta: ¿Cómo podía decirse que Israel había pecado? ¡Seiscientos mil inocentes! La respuesta es: *la nación es una*, y esa unidad debía ser mantenida y confesada.

En Levítico 24 leemos que debían ponerse doce panes sobre la mesa de oro, delante de Jehová, continuamente, junto con las siete lámparas del candelero de oro que alumbraban el lugar. La última parte del mismo capítulo nos muestra a un hombre llevado fuera del campamento donde debía ser apedreado hasta la muerte por todo Israel. Este agrupamiento de pasajes está lleno de significado. La agrupación de la Escritura está entre algunas de sus glorias más brillantes. El propio modo en que el Espíritu Santo agrupa sus materiales demanda nuestra atención. Cada hecho, cada circunstancia, ilustra la infinita profundidad de todo esto y sus glorias morales.

¿Por qué, pues, hallamos esta conexión en Levítico? Con la simple finalidad de ilustrar este gran principio: el poder de la fe para comprender la eterna verdad de la unidad de Israel, y para confesarla en cualquier ocasión; una magnífica verdad práctica. Lo primero es el lado divino: lo que Israel era en el pensamiento de Dios; lo segundo, lo que podría ser de Israel bajo la disciplina

de Dios. Siempre corresponde a la compañía fiel, confesar y mantener la verdad original de Dios hoy, mantener la gran verdad de la unidad del cuerpo de Cristo como lo que debemos sostener, mantener y confesar en cualquier circunstancia.

Elías, en el monte Carmelo, cuando el reino estaba dividido, tomó doce piedras para edificar el altar. Pero Israel ya no era doce tribus –podía haberse alegado—. La unidad de Israel estaba rota y ya no existía. No; era una unidad indisoluble, una unidad que nunca debe abandonarse. Israel son doce tribus mientras los ojos de Dios estén puestos en los doce panes sobre la mesa de oro, en las doce piedras en el pectoral de Aarón. La fe echa mano de esa verdad, y Elías edifica su altar de doce piedras. Nunca se debe abandonar, aunque puede ser comparada a una cadena que va de una orilla a otra de un río, de la cual no podemos ver la parte media que está sumergida. La Iglesia era una el día de Pentecostés; será una en la gloria; y es tan cierto que hay un Cuerpo y un Espíritu hoy, como cuando el Espíritu Santo escribió el capítulo cuarto de la epístola a los Efesios. ¿Cómo se forma esta unidad? Por el Espíritu Santo. Es la unión con el Hombre que está a la diestra de Dios.

Tengo, pues, tres razones de peso para una vida de santidad: No debo deshonorar a Aquel a quien estoy unido; no debo contristar al Espíritu por el cual soy unido; y no debo contristar a los miembros a los cuales estoy unido.

Lector, siento la responsabilidad de insistir en esta verdad. Que el diablo no le prive de la bendición de andar en ella. Asegúrese de hacer realidad su influyente poder formativo. Piense de qué manera su estado espiritual y su andar pueden estar afectando a los creyentes en otras partes en este momento. “Si un miembro padece, todos los miembros se duelen con él” (1 Corintios 12:26). Todo Israel se vio afectado por el pecado de Acán. Este creyó que nadie lo había visto, que nadie se enteró de nada, y escondió tranquilamente algo prohibido en su tienda. Si este es su estado espiritual, hay ya una completa parálisis: no hay más poder de parte de Dios en favor de usted; hay, de hecho, poder, pero poder, no para actuar por usted en la victoria, sino para actuar hacia usted en disciplina, poder para hacerlo añicos.

No midamos la Palabra de Dios según nuestras conciencias o nuestras sensibilidades, sino creamos con simplicidad lo que dice. Leemos que hay un Espíritu que une a todo miembro a la Cabeza en la gloria, y que une a cada miembro en la tierra con todo otro miembro. En este Cuerpo, un creyente fuera de comunión es como un apagador para una vela: afecta a sus compañeros creyentes. Confiese esta gran verdad; simplemente reconózcala, cualesquiera sean las circunstancias. Nunca la niegue ni la abandone. Usted dice: ¡«Los hermanos» están fragmentados! A lo que

respondo: No debo ocuparme de hermanos, sino de la verdad de Dios. Quite sus ojos de los hermanos, y fíjelos en la verdad de Dios. ¿Está usted conscientemente congregado sobre el terreno de un solo Cuerpo? Le hablo libre y definitivamente, por cuanto creo que esta verdad está siendo atacada. En 1848, la Cabeza fue atacada, la Persona de Cristo. En 1882 creo que la verdad del un solo Cuerpo es atacada. “Pero el que se une al Señor, un espíritu es con él” (1 Corintios 6:17), y se une a todos los que le pertenecen a Él. No existe tal cosa como *independencia* en la Palabra de Dios. La asamblea en un lugar es la corporativa expresión local de la Iglesia de Dios, así como lo vimos en el caso de las doce tribus de Israel en el Antiguo Testamento.

Esta verdad, como un hilo dorado, brilla de tapa a tapa en el Libro de Dios, y es siempre conocida a la fe. ¿Por qué Daniel oraba hacia Jerusalén? La casa de Dios no estaba allí a los ojos del hombre, pero sí lo estaba a los ojos de la fe. La fe todavía reconocía que oraba hacia Jerusalén, por más que tuviese por recompensa el foso de los leones.

Cuando Pablo estuvo ante Agripa, la nación se hallaba dispersa entre todas las naciones, de un extremo al otro de la tierra. Pero Pablo quiso hablar de la “promesa cuyo cumplimiento esperan que han de alcanzar nuestras doce tribus” (Hechos 26:7), y el nombre está en singular (*dodecap-hulon*). ¿Podía Pablo haberlas *mostrado*?

¿Va usted a abandonar la unidad de la Iglesia de Dios? ¿Va a tener que ver con cosas pergeñadas por el diablo para enturbiar la vista de los creyentes y ocultar de sus ojos la verdad eterna y suprema de un solo Cuerpo? ¿Es el cuerpo de Cristo una pequeña sociedad basada en ciertos principios? ¿Cómo puede usted hablar de «unirse» a algo? Si usted se ha convertido a Cristo, ¡la «unión» está hecha! Usted ha sido “añadido al Señor” (Hechos 5:14, V. M.). Usted es parte de algo que el hombre no puede tocar ni por un momento. Nadie puede cortar un solo miembro del cuerpo de Cristo que, conforme al eterno propósito de Dios y a la operación del Espíritu Santo, está unido a Él.

No hace falta organizar este Cuerpo. Gracias a Dios, no es la obra del hombre. El Espíritu Santo descendió en el día de Pentecostés para formarlo, y aún permanece aquí. Y cuando el Señor Jesús venga para llevarlo a la gloria, será “la santa ciudad, la nueva Jerusalén... dispuesta como una esposa ataviada para su marido” (Apocalipsis 21:2), en la cual mostrará “las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús” (Efesios 2:7).

El sacerdocio cristiano

“ Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable (1 Pedro 2:9).

Invitamos al lector a abrir su Biblia y leer 1 Pedro 2:1-9. En este hermoso pasaje, hallará tres vocablos en los que le rogamos que se detenga a meditar con nosotros por unos momentos. Son unas palabras de peso y poder: “viva”, “santo” y “real”, palabras que señalan tres grandes ramas de la verdad cristiana práctica, palabras que declaran a nuestro corazón un hecho que no podemos ponderar con la profundidad que se merece: que el cristianismo es una realidad viva y divina. No es una serie de doctrinas, por verdaderas que sean, ni un sistema de ordenanzas, por prescritas que estén, ni un cierto número de normas y reglas, por importantes que sean.

El cristianismo es mucho más que cualquiera de esas cosas y más que todas ellas juntas. Es una realidad viva, que alienta y habla, activa y poderosa, algo que debe verse en la vida de cada día, que debe sentirse, hora tras hora, en las escenas de la vida personal y familiar, algo que forma e influye, un poder divino y celestial, introducido en las escenas y circunstancias en las que tenemos que movernos, como seres humanos, desde el domingo por la mañana hasta el sábado por la noche. No consiste en sostener ciertos puntos de vista, ciertas opiniones o principios, ni en ir a un lugar de culto o a otro.

El cristianismo es la vida de Cristo comunicada *al* creyente, en el que mora y *del* que fluye, en una infinidad de pequeños detalles que integran nuestra vida práctica diaria. No tiene nada de lo que huele a beatería o santurronería, sino que es algo cordial, puro, elevado, santo y divino. Eso es el cristianismo: Cristo morando en el creyente, y reproducido, por el poder del Espíritu Santo, en el curso práctico de la vida diaria del creyente.

Pero vayamos a nuestros tres vocablos. ¡Quiera el Espíritu Eterno declarar a nuestra alma su santo y profundo significado!

“Viva”

Tenemos primero el vocablo “viva”. “Allegándoos a él, *como* a piedra viva, rechazada en verdad de los hombres, mas para con Dios escogida y preciosa, vosotros también, como piedras vivas, sois edificados” (1 Pedro 2:4-5, V. M.).

Aquí está lo que podemos llamar el fundamento del sacerdocio cristiano. Es evidentemente una alusión a esa escena tan interesante de Mateo 16, a la que rogamos al lector que se vuelva por un momento. “Viniendo Jesús a la región de Cesarea de Filipo, preguntó a sus discípulos, diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre? Ellos dijeron: Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías, o alguno de los profetas” (Mateo 16:13-14).

Había una especulación interminable, sencillamente porque no había un verdadero ejercicio de corazón respecto al bendito Salvador. Unos decían una cosa; otros, otra; y, como resultado, nadie se preocupaba de verdad sobre quién o qué era él. Por eso, Jesús se desentiende de todas esas especulaciones frías, y hace a los Suyos la penetrante pregunta: “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?” (v. 15). Deseaba saber lo que pensaban de él, qué evaluación habían hecho de él en sus corazones. “Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios *viviente*” (v. 16).

Aquí tenemos la confesión verdadera. Este es el sólido fundamento de todo el edificio de la Iglesia de Dios y de todo el verdadero cristianismo práctico: “Cristo, el Hijo del Dios *viviente*”. No más sombras vagas, no más formas sin poder, no más ordenanzas sin vida, todo debe ser penetrado por esta nueva vida, por esta vida divina y celestial que ha venido a este mundo y es comunicada a todos los que creen en el nombre del Hijo de Dios.

“Entonces le respondió Jesús: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca *edificaré* mi Iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella” (v. 17-18).

Ahora bien, es evidente que el apóstol Pedro se refiere a este magnífico pasaje en el capítulo 2 de su primera epístola, cuando dice: “Allegándoos a él, *como* a piedra *viva*, rechazada en verdad de los hombres, mas para con Dios escogida y preciosa, vosotros también, como piedras *vivas* [los mismos vocablos], sois edificados” (1 Pedro 2:4-5, V. M.). Todos los que creen en Jesús participan de la *Roca* viviente, de Su vida de resurrección y de victoria. La vida de Cristo, el Hijo del Dios *viviente*, fluye por todos sus miembros y por cada uno de ellos en particular. Así tenemos al Dios vivo, la piedra *viva*, las piedras *vivas*. Todo ello es vida, vida que fluye de una fuente viva, a través de un canal vivo y es comunicada a todos los creyentes, haciéndolos piedras vivas.

Y como esta vida ha sido puesta a prueba por todos los medios posibles y ha salido victoriosa, nunca puede volver a tener que pasar por ningún proceso de prueba o de juicio en absoluto. Ha pasado por la muerte y el juicio. Ha descendido por debajo de todas las ondas y las olas de la ira de Dios y ha salido del otro lado en resurrección, en gloria y poder divinos; una vida victoriosa,

celestial y divina, completamente fuera del alcance de todos los poderes de las tinieblas. No hay poder de la tierra, ni del infierno, ni de hombres, ni de demonios, que pueda tocar de ninguna forma la vida que posee la piedra más pequeña e insignificante en la Asamblea de Cristo.

Todos los creyentes son edificados sobre la Piedra viva: Cristo; y así son constituidos piedras vivas. Él los hace, en todo respecto, semejantes a sí mismo, excepto en su Deidad, naturalmente, que es incomunicable. ¿Es él una piedra viva? Ellos son piedras vivas. ¿Es una piedra preciosa? Ellos son piedras preciosas. ¿Es una piedra rechazada? Ellos son piedras rechazadas y desechadas por los hombres. Están, en todo respecto, identificados con él. ¡Inefable privilegio!

Aquí, pues, repetimos, está el sólido fundamento del sacerdocio cristiano, el sacerdocio de todos los creyentes. Antes de que una persona pueda ofrecer un sacrificio espiritual, debe venir a Cristo con fe sencilla y ser edificada sobre él, quien es la base de todo el edificio espiritual. Por lo cual también contiene la Escritura: “He aquí, pongo en Sion la principal piedra del ángulo, escogida, preciosa; y el que creyere en ella, no será avergonzado” (Isaías 28:16).

¡Qué preciosas son estas palabras! Dios mismo ha puesto el fundamento, y ese fundamento es Cristo; y todos los que creen sencillamente en Cristo, los que depositan en él toda la confianza de su corazón, todos los que están plenamente satisfechos con él, son hechos partícipes de su vida de resurrección y convertidos así en piedras vivas.

¡Qué sencillo es esto! No se nos pide que ayudemos a poner el fundamento. No se nos llama para que le añadamos ni el peso de una pluma. Dios ha puesto el fundamento, y todo lo que tenemos que hacer es creer y descansar en ello; y él empeña su palabra fiel de que nunca seremos avergonzados. El más débil creyente en Jesús tiene la seguridad que Dios mismo le da en su gracia de que jamás será confundido, que jamás será avergonzado, que jamás vendrá a juicio. Está tan libre de todo cargo de culpa y de toda sílaba de condenación, como esa Roca viva sobre la que es edificado.

Querido lector, ¿está usted sobre ese fundamento? ¿Está edificado sobre Cristo? ¿Ha venido a él como a la Piedra viva de Dios y ha depositado en él toda la confianza de su corazón? ¿Está enteramente satisfecho con el fundamento de Dios? ¿O está tratando de añadir algo de su propia cosecha: sus obras, oraciones, ordenanzas, votos y resoluciones, sus deberes religiosos? Si es así, si está tratando de añadir al Cristo de Dios la más insignificante jota o tilde, puede estar seguro de que será avergonzado. Dios no soportará que se deshonre de tal forma a Su probada, escogida y preciosa Piedra angular. ¿Se figura usted que él podría permitir que se colocase algo, sea lo que

fuere, junto a Su Hijo amado, a fin de formar con él el fundamento de Su edificio espiritual? Solo pensarlo sería una impía blasfemia. ¡No! Tiene que ser solo Cristo. Él basta para Dios, así que bien puede bastar para nosotros; y no hay cosa tan cierta como que todos cuantos rechacen o menosprecien el fundamento de Dios, se aparten de él o le añadan algo, serán cubiertos de confusión perpetua.

“Santo”

Después de haber dado un vistazo al fundamento, fijémonos ahora en el edificio mismo que se levanta sobre él. Esto nos conducirá al segundo de nuestros tres vocablos tan importantes. “Allegándoos a él, *como* a piedra viva... vosotros también, como piedras *vivas*, sois edificados en un templo espiritual, para *que seáis* un sacerdocio *santo*; a fin de ofrecer sacrificios espirituales, aceptos a Dios, por medio de Jesucristo” (v. 5).

Todos los verdaderos creyentes son sacerdotes santos. Son hechos así por nacimiento espiritual, así como los hijos de Aarón eran sacerdotes por su nacimiento natural. El apóstol no dice: «*Deberíais ser* piedras vivas», ni: «*Deberíais ser* sacerdotes santos». Dice: “Como piedras vivas, *sois* edificados”. No cabe duda de que, al ser sacerdotes santos y piedras vivas, se nos manda que obremos consecuentemente; pero, antes que podamos cumplir con las obligaciones que pertenecen a tal posición, debemos estar primero en esa posición. Debemos estar primero en una determinada relación, antes que podamos conocer los afectos que surgen de ella. No nos hacemos sacerdotes al ofrecer sacrificios, sino que, hechos ya sacerdotes por gracia, somos llamados a presentar el sacrificio.

Si viviéramos dos mil años y pasáramos todo ese tiempo trabajando de recio, nunca podríamos llegar mediante ese esfuerzo a la posición de sacerdotes santos; pero tan pronto como creemos en Jesús –cuando nos llegamos a él con fe sencilla–, desde el momento mismo en que depositamos en él toda la confianza de nuestro corazón, nacemos de nuevo a la posición de sacerdotes santos y alcanzamos entonces el privilegio de acercarnos y ofrecer el sacrificio. ¿Cómo podía uno antiguamente constituirse a sí mismo hijo de Aarón? ¡Imposible! Pero, al haber nacido de Aarón, venía a ser así miembro de la casa sacerdotal. No hablamos ahora de capacidad, sino simplemente de posición. Esta última no se alcanzaba por esfuerzo, sino por nacimiento.

Examinemos ahora la naturaleza del sacrificio que, como sacerdotes santos, tenemos el privilegio de ofrecer: “sacrificios espirituales, aceptables a Dios por medio de Jesucristo”. También en Hebreos 13:15, leemos: “Ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él (Jesús), sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesan su nombre”.

Aquí, pues, tenemos la verdadera naturaleza y el carácter de ese sacrificio que, como sacerdotes santos, hemos de ofrecer: es alabanza, “siempre a Dios... alabanza”. ¡Bendita ocupación! ¡Santo ejercicio! ¡Oficio celestial! Y esto no ha de ser cosa de una ocasión. No es solo para algún momento singularmente favorable, cuando todo parece brillar y sonreír en torno nuestro. No ha de ser solamente en el medio de la llama y el fervor de alguna reunión especialmente poderosa, cuando la corriente del culto fluye de forma profunda, amplia y rápida. No; la expresión es: “*siempre... alabanza*”. No hay lugar ni tiempo para quejas o murmuraciones, mal humor y descontento, impaciencia e irritabilidad, lamentación por lo que nos rodea, sea lo que fuere, quejarse del mal tiempo, hallar faltas en los que están relacionados con nosotros, ya sea en público o en privado, ya sea en la congregación, en el negocio o en el círculo familiar.

Los sacerdotes santos no deberían tener tiempo para ninguna de estas cosas. Son traídos cerca de Dios, en santa libertad, paz y bendición. Respiran la atmósfera, y caminan a la luz del sol, de la presencia de Dios, en la nueva creación, donde no hay materiales que puedan servir de pasto para una mente avinagrada y descontenta. Podemos sentar como principio fijo –como un axioma– que dondequiera que oímos a alguien que echa por su boca una sarta de quejas sobre las circunstancias, su prójimo, etc., ese tal no comprende lo que es el sacerdocio santo y, como consecuencia, no muestra los frutos prácticos de tal sacerdocio. Un sacerdote santo se regocija “en el Señor siempre” (Filipenses 4:4), siempre está feliz y dispuesto para alabar a Dios. Es cierto que puede ser puesto a prueba de mil maneras; pero esas pruebas las trae a Dios en comunión, no a sus semejantes con quejas. «Aleluya» es la expresión apropiada del miembro más débil del sacerdocio cristiano.

“Real”

Consideremos ahora por un momento el tercer y último vocablo de nuestro tema. Es el término tan altamente expresivo: “real”. Pedro continúa diciendo: “Mas vosotros *sois* linaje escogido, *real* sacerdocio... para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable” (v. 9).

Esto completa el hermoso cuadro del sacerdocio cristiano . Como sacerdotes *santos*, nos acercamos a Dios y presentamos el sacrificio de alabanza. Como sacerdotes *reales*, andamos delante de nuestros semejantes para anunciar las virtudes, las gracias, los admirables rasgos morales de Cristo, en todos los detalles de la vida práctica diaria. Cada uno de los movimientos de un sacerdote real debería emitir la fragancia de la gracia de Cristo.

Nótese de nuevo que el apóstol no dice: «*Deberíais ser sacerdotes reales*». Dice “*sois*”; y, como tales, debemos anunciar las virtudes de Cristo. A un miembro del sacerdocio real no le conviene ninguna otra cosa. Ocuparme de mí mismo, discurrir sobre mi comodidad, mis propios intereses, mi disfrute personal, buscar mis propios objetivos y preocuparme de mis cosas, no es, en modo alguno, obra de un sacerdote real. Cristo jamás obró de esa manera; y yo soy llamado a anunciar sus virtudes. En este tiempo de su ausencia, él, bendito sea su Nombre, concede a los suyos el privilegio de anticiparse al día en que se manifestará como Sacerdote real, se sentará en su trono y extenderá hasta los últimos confines de la tierra el benéfico influjo de su dominio. Nosotros somos llamados a ser la expresión actual del reino de Cristo, la expresión de él mismo.

Que nadie suponga que las actividades de un real sacerdote se limitan al asunto de *dar*. Sería un error grave. Sin duda, un sacerdote real dará, y dará generosamente, si puede; pero limitarlo al asunto de dar equivaldría a privarle de algunas de las funciones más preciosas de su posición. El mismo apóstol Pedro, que escribió las palabras que estamos considerando, dijo en una ocasión –y lo dijo sin avergonzarse por ello–: “No tengo plata ni oro”; con todo, en aquel mismo momento, actuaba como real sacerdote, al hacer que la virtud preciosa del Nombre de Jesús obrase en el inválido (Hechos 3:1-10). El propio adorable Maestro no poseía dinero, como sabemos, pero anduvo haciendo bienes; y así debiéramos hacer nosotros, sin que necesitemos dinero para ello. De hecho, sucede con mucha frecuencia que, en lugar de bien, hacemos daño con nuestra plata y nuestro oro. Podemos sacar a la gente del terreno en que Dios los colocó, del terreno de un oficio honesto y hacer que dependan de limosnas. Más aún, con el uso imprudente de nuestro dinero, los hacemos con frecuencia hipócritas y parásitos.

Por consiguiente, que nadie se imagine por eso que no puede actuar como sacerdote real sin riquezas terrenales. ¿Qué riquezas necesitamos para decir una palabra amable, para derramar una lágrima de compasión, para ofrecer una mirada confortante y cordial? Ninguna, excepto las riquezas de la gracia de Dios, las inescrutables riquezas de Cristo, todas las cuales están a dispo-

sición del miembro más desconocido del sacerdocio cristiano. Puedo ir vestido con harapos, sin un céntimo en el bolsillo y, con todo, comportarme como sacerdote real, difundiendo en torno mío la fragancia de la gracia de Cristo.

El modo más apropiado de terminar estas pocas consideraciones sobre el sacerdocio cristiano quizá sea mostrando un ejemplo muy expresivo, sacado de las páginas inspiradas, el relato de dos amados siervos de Cristo que recibieron poder para comportarse como sacerdotes santos y reales en las circunstancias más angustiadoras.

Vayamos a Hechos 16:19-34, donde tenemos a Pablo y Silas, arrojados al calabozo más hondo de la cárcel de Filipos, con las espaldas cubiertas de heridas y teniendo los pies bien sujetos con el cepo en la oscuridad de la noche. ¿Qué hacían? ¿Quejarse y murmurar? ¡Ah, no! Tenían algo mejor y más radiante que hacer. Eran dos “piedras vivas”, y no había en la tierra ni en el infierno ninguna cosa que pudiera obstaculizar la vida que había en ellos expresándose con sus propios acentos.

¿Qué hacían, repetimos, estas dos piedras vivas? ¿En qué se ocupaban estos participantes de la Roca viva, de la victoriosa vida de resurrección de Cristo? En primer lugar, como sacerdotes santos, ofrecían a Dios el sacrificio de alabanza. En efecto, “a medianoche, orando Pablo y Silas, cantaban himnos a Dios”. ¡Qué precioso es esto! ¡Qué glorioso! ¡Cuán refrescante! ¿Qué son las heridas, el cepo, las paredes de la cárcel o las noches lúgubres para las piedras vivas y los sacerdotes santos? Nada más que un trasfondo oscuro donde resalta en relieve brillante y hermoso la gracia viva que hay en ellos. ¡Hablar de circunstancias! ¡Ah, qué poco sabemos de circunstancias aflictivas ninguno de nosotros! ¡Somos tan poca cosa, que las molestias insignificantes de la vida diaria son, con frecuencia, más que suficientes para hacernos perder el equilibrio mental! Pablo y Silas estaban realmente en circunstancias difíciles, pero estaban allí como piedras vivas y sacerdotes santos.

Y estaban igualmente como sacerdotes reales. ¿Cómo se muestra eso? No ciertamente distribuyendo plata y oro. No es probable que los amados siervos de Cristo tuviesen mucho de eso, pero tenían algo mejor: “las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1 Pedro 2:9). ¿Dónde brillan esas virtudes? En las conmovedoras palabras dirigidas al carcelero: “*No te hagas ningún mal*”. He ahí los acentos de un sacerdote *real*, así como el cántico de alabanza era la voz del sacerdote santo. ¡Gracias a Dios por ambas cosas! La voz de los sacerdotes santos subió directamente al trono de Dios e hizo allí su obra. Las palabras de los sacerdotes reales fueron di-

rectamente al duro corazón del carcelero e hicieron allí su obra. Dios fue glorificado y el carcelero fue salvo por medio de dos hombres que desempeñaban correctamente las funciones del *sacerdicio cristiano*.

¿Qué eres: ayuda o estorbo?

Entre todas las gracias que nos ha concedido el Señor, una de las más grandes es el privilegio de estar presentes en la asamblea de su amado pueblo, donde él ha puesto su nombre. Podemos afirmar con absoluta confianza que toda alma que ama verdaderamente a Cristo se complacerá en hallarse allí donde él ha prometido estar. Cualquiera que sea el carácter especial de la reunión, ya sea alrededor de la mesa del Señor para anunciar su muerte, alrededor de la Palabra para aprender Sus pensamientos o alrededor del trono de la gracia para presentarle nuestras necesidades y extraer de los tesoros inagotables de su bondad, todo corazón devoto deseará estar allí; y podemos estar seguros de que aquel que de deliberado propósito –sin un motivo de fuerza mayor– descuida la Asamblea, se encuentra en un estado de alma frío, muerto y peligroso. Dejar de “congregarnos” es el primer paso en el plano inclinado que conduce al abandono total de Cristo y de sus preciosos intereses (véase Hebreos 10:25-27).

Y aquí, ante todo, quisiera recordar al lector que mi objetivo en estas breves líneas no es discutir la tan a menudo suscitada cuestión: «¿Con quién debemos reunirnos?». Ella, seguramente, es de fundamental importancia, y todo cristiano –hombre, mujer o joven– antes de tomar su lugar en una asamblea, tiene la obligación y el privilegio de tener resuelta esta cuestión según el pensamiento de Dios. Ir a una reunión sin saber sobre qué base se reúne, es un acto de ignorancia o de indiferencia enteramente incompatible con el temor del Señor y el amor a su Palabra.

Pero, repetimos, ese no es el tema a considerar aquí. No voy a hablar sobre el terreno en el que se reúne la Asamblea, sino de nuestro *estado* y nuestra *conducta* sobre ese terreno: una cuestión seguramente de tremenda importancia moral para toda alma que profesa estar reunida en o al nombre de Aquel que es el Santo y el Verdadero. En una palabra, nuestro tema puntual se detalla en el título de este escrito. Damos por sentado que el lector tiene en claro el terreno en el que se reúne la Asamblea; ahora, pues, quisiera despertar en su corazón y en su conciencia esta solemne pregunta: «¿Soy yo una ayuda o un estorbo para la Asamblea?». El hecho de que cada miembro individualmente sea lo uno o lo otro, es algo tan claro como importante y práctico.

Si el lector abre su Biblia y, con atención y oración, lee el capítulo 12 de la primera epístola a los Corintios, hallará claramente establecida esa gran verdad práctica de que cada miembro del Cuerpo ejerce una influencia sobre todos los demás. En el cuerpo humano, si algún mal afecta al miembro más débil o al más inadvertido, todos los miembros lo sienten, a través de la cabeza. Una uña desgarrada, un diente enfermo, un pie dislocado, un miembro cualquiera, un músculo o un nervio fuera de su lugar, constituyen un estorbo que hace sufrir a todo el cuerpo. Lo mismo

ocurre con la Iglesia de Dios, el cuerpo de Cristo: “Si un miembro padece, todos los miembros se duelen con él, y si un miembro recibe honra, todos los miembros con él se gozan” (1 Corintios 12:26). El estado de cada miembro afecta todo el Cuerpo. Se sigue, pues, que cada miembro es una ayuda o un estorbo para todos los demás. ¡Qué profunda verdad! Sí, es tan práctica como profunda.

Téngase presente que el apóstol no habla de una mera asamblea local, sino de *todo* el Cuerpo, del cual, sin duda, cada asamblea particular debiera ser la expresión local. Así lo expresa al dirigirse a la asamblea de Corinto:

“ Vosotros, pues, sois [el] cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular (1 Corintios 12:27).

Es cierto que había otras asambleas; y si el apóstol les hubiera escrito a cualquiera de ellas sobre el mismo tema, habría empleado el mismo lenguaje; pues lo que era cierto de una, era cierto de todas, y lo que era cierto del conjunto, lo era también de cada expresión local del Cuerpo. Nada puede ser más claro, simple y práctico. El tema en conjunto da tres preciosos y poderosos motivos para una vida seria, devota y santa. En primer lugar, que no deshonremos a Cristo, la Cabeza del Cuerpo, a quien estamos unidos; en segundo lugar, que no contristemos al Espíritu Santo por el que estamos unidos a Cristo; y, por último, que no causemos perjuicio a los miembros del Cuerpo con quienes estamos unidos.

¿Habrán algo que sobrepase el poder moral de estos motivos? ¡Ojalá que ellos puedan ser más plenamente realizados entre los amados redimidos del Señor! Una cosa es sostener y enseñar la doctrina de la unidad del Cuerpo, y muy otra es participar de su poder santificante y formativo, y manifestarlo. ¡Lamentablemente, la pobre inteligencia humana puede razonar y especular sobre las más elevadas verdades, mientras que el corazón, la conciencia y la vida nunca han sentido su santa influencia! Esto es algo solemne, digno de la más seria consideración por cada uno de nosotros. ¡Ojalá que podamos sopesarlo en nuestro corazón y que pueda actuar sobre toda nuestra vida y nuestro carácter! Ojalá que la verdad referente al “un Cuerpo” sea una gran realidad moral para cada miembro de ese Cuerpo en la tierra.

Podríamos concluir aquí, sintiendo que si todos los amados del Señor sostuviesen, en el poder vivo de la fe, la gloriosa verdad que acabo de recordar, entonces se verían seguramente *todos* los preciosos resultados prácticos. Pero al sentarnos a escribir, teníamos en vista una aplicación es-

pecial de este tema, que deseamos presentar al lector. Es la manera en que las diversas reuniones se ven afectadas por la condición del alma, la actitud del corazón y el estado del espíritu de todos los asistentes. Repetimos con énfasis: de *todos los asistentes*; pues no me refiero solamente a aquellos que toman una parte activa en la reunión, sino a todos los que la componen.

No hay duda de que una responsabilidad especial y muy seria recae en aquellos que toman parte en el ministerio, ya sea indicando un himno, haciendo oraciones o acciones de gracias, leyendo la Palabra, ocupándose en la enseñanza o en la exhortación. Ellos deberían siempre estar seguros de que son simplemente instrumentos en las manos del Señor para cualquier actividad que realicen. De lo contrario, causarían graves daños a la reunión. Podrían así apagar al Espíritu, estorbar la adoración, interrumpir la comunión y hacer que se pierda el propósito de la reunión.

Todo esto es muy serio, y demanda una santa vigilancia de parte de todos aquellos que ejercen algún ministerio en la Asamblea. Incluso un himno puede llegar a ser un positivo estorbo; puede interrumpir la corriente del Espíritu en la Asamblea. La preciosa Palabra de Dios puede ser leída fuera de lugar. En resumidas cuentas, todo lo que no sea el resultado directo de la acción del Espíritu, solo puede impedir la edificación y la bendición de la Asamblea. Todos los que toman parte en el ministerio, deben tener, al obrar, el claro sentimiento de estar conducidos por el Espíritu. Todos deben ser gobernados por el único objeto que absorbe el corazón: la gloria de Cristo en la Asamblea y la bendición de la Asamblea en Él. “Hágase todo para edificación” (1 Corintios 14:26). Si no fuera así, más les valdría mantenerse quietos y en silencio, y esperar en el Señor. Darían más gloria a Cristo y serían de mayor bendición para la Asamblea esperando en el Señor callados que con una acción precipitada y un discurso inútil.

Pero si bien sentimos y reconocemos la gravedad de lo que acabamos de decir en relación con la santa responsabilidad de aquellos que ministran en la Asamblea, estamos completamente persuadidos de que el tono, el carácter y el resultado general de las reuniones públicas están íntimamente relacionados con *la condición moral y espiritual de cada uno de los presentes*. Esto es precisamente –lo confesamos– lo que pesa en el corazón y nos lleva a escribir estas breves líneas dirigidas a toda asamblea debajo del sol. Cada persona en una reunión es una ayuda o un estorbo; cada uno contribuye al bien o lo impide. Todos los que asisten a la reunión con un espíritu serio, devoto y lleno de amor, que vienen únicamente para encontrar al Señor mismo, que se reúnen en la Asamblea como “el lugar que el Señor” escogió “para poner allí su nombre” (Deuteronomio

16:2, LBLA), que se regocijan de estar allí porque él está allí; todos estos son una verdadera ayuda y una bendición para la Asamblea. ¡Quiera Dios aumentar el número de estas almas! Si todas las asambleas estuviesen compuestas de tales elementos, ¡qué testimonio diferente rendirían!

Y ¿por qué habría de ser de otra manera? No es cuestión de don o conocimiento, sino de gracia y bondad, de verdadera piedad y oración. En una palabra, se trata simplemente de la condición del alma en que debe estar todo hijo de Dios y todo siervo de Cristo, y sin la cual los dones más destacados y el conocimiento más profundo son un obstáculo y una trampa. Los dones y la inteligencia solos, sin una conciencia ejercitada y sin el temor de Dios, pueden ser, y han sido, empleados por el enemigo para la ruina moral de las almas. Pero cuando existe la verdadera humildad, con esa seriedad y realidad que siempre produce el sentimiento de la presencia de Dios, hallaremos seguramente, ya sea que haya dones o no, la profundidad, la frescura y el espíritu de culto.

Hay una enorme diferencia entre un grupo de personas reunidas alrededor de algún hombre que posee un don, y una asamblea reunida simplemente en torno al Señor, sobre el terreno de la unidad del Cuerpo. Una cosa es estar reunidos *por* el ministerio, y otra completamente diferente es estarlo *alrededor del* ministerio. Si uno se reúne meramente alrededor del ministerio, y el ministerio desaparece, uno es propenso a irse con él también. Pero cuando las almas serias, sinceras y devotas se reúnen simplemente alrededor del Señor, entonces, por más agradecidas que estén por un verdadero ministerio siempre que puedan recibirlo, no dependen de él. Ellas no subestiman el don, sino que aprecian más al Dador. Están agradecidas por los ríos de agua, pero dependen *solamente* de la Fuente.

Se verá siempre que aquellos que pueden ser dichosos y bendecidos en las reuniones sin un ministerio, son los que más lo valoran cuando tienen la oportunidad de recibirlo. En una palabra, colocan al ministerio en su debido lugar. Pero aquellos que le dan una importancia excesiva a los dones, que siempre se están quejando de la falta de dones, y que sin ellos no pueden disfrutar de una reunión, son un estorbo y una fuente de debilidad en la Asamblea.

Hay, lamentablemente, otros obstáculos y fuentes de debilidad que demandan una seria consideración de parte de todos. Cada uno de nosotros, cuando toma su lugar en la Asamblea, debe plantearse sinceramente la pregunta: «¿Soy una ayuda o un estorbo? ¿Contribuyo al bien de la Asamblea o le significo una carga?». Si venimos en un estado de alma frío, entumecido e indiferente, de una manera puramente formal, sin juzgarnos, sin ser ejercitados en nuestra conciencia ni quebrantados en nuestro corazón; si estamos allí para hallar faltas en los demás, con un es-

píritu de queja y murmuración, juzgando todas las cosas y a todo el mundo menos a nosotros mismos, entonces, con toda seguridad, seremos un serio estorbo para la bendición, el provecho y el gozo de la Asamblea. Seremos la uña desgarrada, el diente enfermo o el pie dislocado. ¡Qué doloroso, humillante y terrible es todo esto! ¡Guardémonos de estas cosas, oremos para ser guardados de ese estado de alma y desechemoslo!

Por otro lado, aquellos que vienen a la Asamblea en un espíritu de amor y gracia –en el espíritu de Cristo–; que se complacen con simplicidad en encontrarse con sus hermanos, ya sea a la mesa del Señor, alrededor de la fuente de la Santa Escritura o ante el trono de la gracia para la oración; que, en los más profundos afectos y ternuras del corazón, incluyen a *todos* los miembros del amado cuerpo de Cristo; cuyos ojos no están oscurecidos, ni sus afectos enfriados por sospechas sombrías, suposiciones maliciosas o malos sentimientos hacia los demás; que han sido enseñados por Dios a amar a sus hermanos, a contemplarlos “desde la cumbre de las peñas”, y a verlos en “la visión del Todopoderoso” (Números 23:9; 24:4, LBLA); que están dispuestos a aprovechar todo lo que el Señor de gracia les envía, aunque no sea mediante un don eminente o algún maestro favorito; todos estos son una bendición de Dios para la Asamblea, dondequiera que estén. Deseamos nuevamente, de todo corazón, que Dios aumente el número de ellos. Si todas las asambleas estuviesen compuestas de tales personas, respiraríamos la misma atmósfera del cielo. El nombre de Jesús sería como unguento derramado; todos los ojos estarían fijos en él; cada corazón absorto en él, y habría un testimonio más poderoso a su nombre y su presencia en medio de nosotros, que el que pudiera ser dado por el don más brillante.

¡Que nuestro Señor bondadoso derrame su bendición sobre todas las asambleas en todo el mundo! ¡Que las libre de todo estorbo, de toda carga, de toda piedra de tropiezo y raíz de amargura! ¡Que los corazones de todos estén unidos en dulce confianza y verdadero amor fraternal! ¡Que el Señor corone con sus más ricas bendiciones el trabajo de todos sus amados siervos en casa y fuera de ella, alegrando sus corazones y fortaleciendo sus manos, haciendo que estén firmes y constantes, creciendo en la bendita obra del Señor siempre, seguros de que su trabajo en el Señor no es en vano (1 Corintios 15:58)!

La Cena del Señor

La institución de la Cena del Señor debe ser considerada por toda mente espiritual como una prueba realmente conmovedora de los tiernos cuidados y del amor del Señor por su Iglesia. Desde la época en que fue instituida hasta el tiempo presente, la Cena ha sido un testimonio firme aunque silencioso de esta verdad, que el enemigo ha tratado de corromper y destruir por todos los medios a su alcance: que la redención es un hecho cumplido en el que el más débil creyente en Jesús puede regocijarse. Ya han transcurrido casi dos mil años desde que el Señor Jesús estableció el pan y la copa como los símbolos de su cuerpo entregado y de su sangre derramada por nosotros, respectivamente. Y a pesar de todos los cismas y herejías, de todas las controversias y contiendas teológicas, de toda la guerra de principios y prejuicios que manchan las páginas de la historia eclesiástica, esta institución tan expresiva ha sido conmemorada por los santos de todas las épocas. Es verdad que el enemigo, en un amplio segmento de la iglesia profesante, logró envolverla en un manto de oscura superstición, presentándola de manera tal que efectivamente quedara oculta de la vista de los participantes la gran realidad eterna de la cual es el memorial, sustituyendo a Cristo y su sacrificio cumplido por una ordenanza ineficaz, la que por el modo mismo en que es administrada prueba su completa inutilidad y oposición a la verdad. Sin embargo, a pesar del fatal error de Roma respecto a la ordenanza de la Cena del Señor, ella todavía declara a todo oído circunciso y a toda mente espiritual la misma verdad preciosa y profunda: Anuncia “la muerte del Señor hasta que él venga” (1 Corintios 11:26). El cuerpo fue ofrecido y la sangre derramada *una vez*, y nunca más se ha de repetir (véase Hebreos 9:26-28; 1 Pedro 3:18); y el partimiento del pan no es más que *el memorial* de esta verdad emancipadora.

¡Con qué profundo interés y agradecimiento, pues, el creyente puede contemplar “el pan y la copa”! Sin pronunciar una sola palabra, la Cena presenta ante nuestras almas las más preciosas y gloriosas verdades: la redención ha sido consumada; el pecado quitado de en medio; la gracia reina por la justicia; la justicia eterna ha sido establecida; el aguijón de la muerte ha desaparecido; la gloria eterna ha sido asegurada; “gracia y gloria” fueron reveladas como el libre don de Dios y del Cordero; la unidad del “un Cuerpo” compuesto de judíos y gentiles bautizados por “un Espíritu” ha sido manifestada. ¡Qué fiesta gloriosa! Nos retrotrae, en un abrir y cerrar de ojos, casi veinte siglos atrás, y nos muestra al mismo Señor, la misma “noche que fue entregado”, sentado a la mesa de la cena, e instituyendo allí una fiesta que, desde aquella noche solemne y hasta rayar el alba, debería llevar la atención de cada creyente hacia atrás a la cruz, y también hacia adelante a la gloria.

Desde entonces, esta fiesta, por la propia simplicidad de su carácter y por el profundo significado de sus elementos, condenó la *superstición*, que pretende deificarla y adorarla, la *profanidad*, que pretende denigrarla, y la *infidelidad*, que pretende ponerla a un lado totalmente. Por otra parte, si bien condenó todas estas cosas, ella fortaleció, consoló y alegró el corazón de millones de los amados hijos de Dios. ¡Qué dulce resulta pensar en esto! Qué dulce resulta pensar, cuando nos reunimos el primer día de la semana alrededor de la Mesa del Señor, en el hecho de que apóstoles, mártires y santos se reunieron en torno a esta fiesta, y hallaron allí, según su medida de luz, frescura y bendición.

Muchas cosas tuvieron lugar con el correr de los siglos: Muchas escuelas de teología surgieron, florecieron y desaparecieron; doctores y padres escribieron extensos y tediosos volúmenes de teología; funestas herejías oscurecieron la atmósfera y fragmentaron de extremo a extremo a la iglesia profesante; la superstición y el fanatismo introdujeron sus infundadas teorías y extravagantes ideas; los cristianos profesantes se dividieron en innumerables facciones o sectas. Pero, a pesar de las tinieblas y la confusión que reinaron, la Cena del Señor ha subsistido siempre, y nos habla de una manera simple, aunque poderosa:

“ Todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga
(1 Corintios 11:26).

¡Qué preciosa fiesta! ¡Gracias a Dios por concedernos el gran privilegio de celebrarla! Con todo, no son sino símbolos, simples elementos que a los ojos de la naturaleza no valen nada ni dicen nada. El pan partido y el vino vertido, ¡qué simple! Solo la fe puede leer el significado de esos símbolos, y, por tanto, no precisa de los extraños agregados que le introdujo la falsa religión con el objeto de sumarle dignidad, solemnidad y temor, cuando en realidad ese acto debe todo su valor, todo su poder y toda su grandiosidad al hecho de ser el memorial de una obra cumplida y eterna, que la falsa religión niega.

¡Ojalá que tú y yo, querido lector, podamos comprender mejor el significado de la Cena del Señor, y experimentar más profundamente la gracia de partir ese pan que es “la comunión del cuerpo de Cristo”, y de beber esa copa que es “la comunión de la sangre de Cristo” (1 Corintios 10:16)!

Para finalizar este prefacio, encomiendo este breve tratado a los misericordiosos cuidados del Señor, rogándole que sea de provecho para las almas de su pueblo.

Pensamientos sobre la Cena del Señor

“

Porque yo recibí del Señor lo que también os he enseñado: Que el Señor Jesús, la noche que fue entregado, tomó pan; y habiendo dado gracias, lo partió, y dijo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo que por vosotros es partido; haced esto en memoria de mí. Asimismo tomó también la copa, después de haber cenado, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre; haced esto todas las veces que la bebiereis, en memoria de mí. Así, pues, todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga (1 Corintios 11:23-26).

Deseo hacer algunos comentarios con respecto al tema de la Cena del Señor, con el objeto de despertar un interés más ferviente y afectuoso por esta importantísima y reanimante ordenanza en todos aquellos que aman el Nombre de Cristo y todo aquello que él ha instituido.

Debemos bendecir al Señor por su bondadosa consideración al instituir, en vista de nuestra necesidad, un memorial de su amor agonizante, y también por haber preparado una mesa a la cual todos sus miembros pueden presentarse sin ninguna otra condición que la de relación personal y obediencia a él.

El bendito Señor conocía perfectamente la tendencia de nuestros corazones a alejarse de él y de los demás miembros de su Cuerpo; por eso, al menos uno de los objetivos que tuvo al instituir la Cena, fue impedir esta tendencia. Él quiso congregar a los suyos alrededor de su bendita persona; quiso preparar una mesa para los suyos, en la cual, en vista de su cuerpo herido y de su sangre derramada, puedan recordarle a él y su amor infinito por ellos, y desde la cual también puedan mirar adelante, al porvenir, y contemplar la gloria, de la cual la cruz constituye el eterno fundamento. Su mesa es también el lugar donde los suyos aprenden a olvidar sus diferencias de opinión sobre temas no fundamentales, y a amarse los unos a los otros “entrañablemente” (1 Pedro 1:22). Es el lugar donde los suyos pueden ver alrededor de sí a aquellos a quienes *el amor de Dios* ha invitado a la fiesta, y a quienes *la sangre de Cristo* ha hecho aptos y dignos de estar allí.

Para que se comprenda más fácil y brevemente lo que tenemos que decir sobre este tema, nos limitaremos a los cuatro puntos siguientes:

Primero: ¿Qué es la Cena del Señor, y qué anuncia?

Segundo: Las circunstancias en que fue instituida

Tercero: Las personas para quienes fue instituida

Cuarto: El momento y la manera de celebrarla

¿Qué es la Cena del Señor, y qué anuncia?

Esta pregunta es de suma importancia. Si no comprendemos la naturaleza de la Cena, todos nuestros pensamientos sobre ella serán erróneos. La Cena es sencilla y claramente una fiesta de acción de gracias por una gracia ya recibida. El Señor mismo, al instituir la, le confiere su carácter al dar las gracias: “El Señor... tomó pan; y habiendo dado gracias”. La alabanza, y no la oración, es la expresión conveniente de los corazones de aquellos que están sentados alrededor de la Mesa del Señor.

Es cierto que tenemos muchos temas de oración, muchas cosas que confesar, muchos motivos que afligen nuestros corazones; pero la Mesa del Señor no es el lugar de la aflicción. Respecto de los afligidos se dice: “Dad la sidra al desfallecido, y el vino a los de amargado ánimo. Beban, y olvidense de su necesidad, y de su miseria no se acuerden más” (Proverbios 31:6-7). Para nosotros, en cambio, la copa es una “copa de bendición”, es decir, de acción de gracias, el símbolo divinamente elegido de la sangre preciosa que logró nuestra redención. “El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo?”, ¿Cómo, pues, podríamos partir ese pan con corazones tristes y rostros afligidos? ¿Podrían los miembros de una familia, después de las faenas del día, sentarse a cenar con caras tristes y semblantes decaídos? Seguramente que no. La cena era la comida más importante de la familia, la única ocasión segura de *reunir a toda la familia*. Las caras que tal vez no se vieron durante el día, podían encontrarse ciertamente a la hora de la cena, y seguramente se sentirían felices de estar allí. Ni más ni menos debiera ser en ocasión de la Cena del Señor. La familia de Dios es la que allí se reúne, y debe hacerlo con felicidad, con sincera felicidad. Debe regocijarse desde el fondo del corazón en el amor de Aquel que la ha reunido alrededor de sí mismo. Las circunstancias personales de cada uno –sus pruebas, fracasos, tentaciones y penas secretas, desconocidas para todos los que están alrededor–, no son los objetos a ser contemplados en la Cena. Exponerlas, sería deshonar al Señor de la fiesta, y hacer de la copa de bendición, acción de gracias y alabanza, una copa de tristeza. El Señor mismo nos ha invitado a esta fiesta, y ordenó que, a pesar de nuestras faltas, no pongamos ante nuestras almas ninguna otra cosa que no sea la plenitud de su amor y la eficacia purificante de su sangre; y cuando los ojos de la fe están clavados en Cristo, no hay más lugar para ninguna otra cosa. Si estamos ocupados con nues-

tros pecados, naturalmente que seremos desdichados y miserables, porque ponemos los ojos en algo distinto de lo que Dios nos ordena contemplar; porque nos acordamos de nuestra miseria y de nuestra pobreza, cosas que precisamente Dios nos manda olvidar. Perdemos así el verdadero carácter de la Cena, la cual, en vez de ser una fiesta de gozo y felicidad, se torna en una causa de tristeza y de depresión espiritual; entonces, nuestra preparación para ella, y los pensamientos que han de tenerse en torno a ella, estarán más en relación con el monte Sinaí (Éxodo 19) que con una feliz fiesta familiar.

Si alguna vez pudo haber existido un sentimiento de tristeza en ocasión de la celebración de la Cena, seguramente lo fue el día en que fue instituida, cuando, como lo veremos al considerar el segundo punto de nuestro tema, todo debió producir un sentimiento de profunda tristeza y desolación; sin embargo, el Señor Jesús pudo “dar gracias”. El gozo que inundaba su alma, era demasiado profundo para ser perturbado por las circunstancias del momento. Su gozo, al dar su cuerpo y derramar su sangre, estaba mucho más allá del alcance del pensamiento y sentimiento humanos. Y si él pudo regocijarse en espíritu y dar gracias al partir el pan que debía ser, para todas las generaciones futuras de los fieles, el memorial de su cuerpo dado por nosotros, ¿no deberíamos regocijarnos también nosotros, que estamos en posesión de los benditos resultados de su obra y sus sufrimientos? Sí, nos conviene regocijarnos. Podemos oír a nuestro Padre celestial decir: “Era necesario hacer fiesta y regocijarnos” (Lucas 15:32). Ahora bien, ¿negaremos acaso esa necesidad, haciendo de la mesa donde el Padre y el hijo pródigo se sentaron frente al becerro gordo, una escena de dolor y de triste desconfianza? ¡Dios no lo permita! No debemos llevar la tristeza a la presencia de Dios; ni siquiera *podemos*, porque en su “presencia hay plenitud de gozo” (Salmo 16:11). Si somos infelices, es porque ciertamente no estamos en la presencia de Dios, sino en la presencia de nuestros pecados, de nuestras tristezas, de algo ajeno a Dios.

Puede ser que alguien pregunte: «¿No es necesaria ninguna preparación? ¿Debemos sentarnos a la Mesa del Señor con la misma indiferencia con que nos sentamos a nuestra propia mesa?». Por cierto que no; necesitamos una preparación, pero la de Dios, no la nuestra; una preparación que conviene a la presencia de Dios, y que es el resultado, no de nuestros suspiros y lágrimas penitentes, sino de la obra cumplida del Cordero de Dios, de la cual el Espíritu Santo da testimonio. Al comprender esto por la fe, entendemos lo que nos hace perfectamente aptos para la presencia de Dios. Muchos creen honrar la Mesa del Señor cuando se acercan a ella con sus almas prosternadas en el polvo mismo, con el sentimiento del peso intolerable de sus pecados. Pero este pensamiento solo puede brotar del legalismo del corazón humano, fuente inagotable de pen-

samientos que deshonran a Dios y a la cruz de Cristo, contristan al Espíritu Santo y destruyen nuestra paz. Si consideramos *la sangre de Cristo* como lo único que nos da derecho de participar de la Mesa del Señor, mantendremos –y podemos sentirnos plenamente satisfechos de ello– el honor y la santidad de esta mesa de una manera infinitamente más eficaz que trayendo a ella nuestras tristezas y nuestros arrepentimientos humanos .

La Cena del Señor y su relación con la unidad del cuerpo de Cristo

Sin embargo, la cuestión de la preparación se comprenderá mejor en la medida que desarrollemos el asunto. Quiero, pues, establecer otro principio relacionado con la naturaleza de la Cena del Señor: ella supone el reconocimiento inteligente de la unidad del cuerpo de Cristo. “El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo? Siendo uno solo el pan, nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo; pues todos participamos de aquel mismo pan” (1 Corintios 10:16-17). Ahora bien, había un lamentable fracaso y una gran confusión sobre este punto en Corinto. En efecto, el gran principio de la unidad de la Iglesia parecía haber sido perdido completamente de vista en Corinto. Por eso el apóstol observa que: “Cuando os reunís, pues, vosotros, esto no es comer la Cena del Señor. Porque al comer, cada uno se adelanta a tomar *su propia* cena” (1 Corintios 11:20-21). Aquí lo que había era aislamiento, no unidad; era una cuestión individual, y no corporativa: la expresión “*su propia cena*” es puesta en claro contraste con “*la Cena del Señor*”. La *Cena del Señor* requiere que el Cuerpo entero sea plenamente reconocido; si el “un Cuerpo” no es reconocido, no es otra cosa que sectarismo, y el mismo Señor ya no tiene su lugar. Si la Mesa del Señor es erigida sobre un principio más estrecho que el que incluye a *todo* el cuerpo de Cristo, se convierte en una mesa sectaria, y pierde su derecho sobre los corazones de los fieles. Pero cuando una mesa es erigida sobre el principio divino de la unidad del cuerpo de Cristo, que incluye a *todos* los miembros del Cuerpo *simplemente como tales*, todo aquel que se rehúsa a presentarse a ella, es culpable de *cisma* , según los claros principios de 1 Corintios 11: “... oigo que cuando os reunís como iglesia hay divisiones [lit.: *cismas*] entre vosotros; y en parte lo creo. Porque es necesario que entre vosotros haya bandos [lit.: *herejías*], a fin de que se manifiesten entre vosotros los que son aprobados” (v. 18-19, LBLA).

Cuando el gran principio de la Iglesia se pierde de vista por cualquier parte del cuerpo, surgen “herejías”, las cuales son necesarias para que se manifiesten los que son aprobados. Y en tales circunstancias, cada uno tiene la responsabilidad de aprobarse (o examinarse) a sí mismo, y comer así la Cena. Los “aprobados” están en contraste con los “herejes”, es decir, con aquellos que hacen su propia voluntad .

Puede ser que alguien pregunte: «¿Acaso las numerosas denominaciones que existen actualmente en la iglesia profesante no constituyen un obstáculo para la reunión de todo el Cuerpo en uno? Y, en estas circunstancias, ¿no es mejor que cada denominación tenga su propia mesa?». Una respuesta afirmativa solo probaría que el pueblo de Dios ya no puede actuar conforme a los principios divinos, y que no tiene otra alternativa que dejarse conducir según la conveniencia humana. ¡Bendito sea Dios, tal no es el caso! “La verdad de Jehová es para siempre” (Salmo 117:2, RV 1909). Lo que el Espíritu Santo enseña en 1 Corintios 11 es válido para todos los tiempos y para todos los miembros de la Iglesia de Dios. Aunque hubo graves desórdenes y herejías en la iglesia de Corinto, al igual que en la iglesia profesante de hoy, el apóstol no permitió que los creyentes levantasen una mesa aparte siguiendo un orden humano, ni que dejaran de partir el pan. No; él simplemente procuró inculcar en ellos los principios esenciales de la reunión al Nombre de Jesús, e invitó a aquellos que podían “aprobarse a sí mismos” en referencia a la Iglesia o cuerpo de Cristo, a comer. La expresión es “*coma así*” (1 Corintios 11:28). Nuestro principal interés, pues, debe ser comer “*así*”, según el Espíritu Santo nos enseña, es decir, reconociendo verdaderamente la *santidad* y la *unidad* de la Iglesia de Dios .

Cuando la Iglesia es despreciada, el Espíritu Santo es contristado y deshonrado, y lo más probable es que todo desemboque en esterilidad espiritual y en un frío formalismo. Cuando *la propia inteligencia* toma el lugar del *poder espiritual*, y las habilidades y talentos humanos sustituyen a los dones del Espíritu Santo, el fin solo puede ser muy triste, como “los sequeales en el desierto” (Jeremías 17:6).

La verdadera manera de progresar en la vida divina es vivir para la Iglesia y no para nosotros mismos. Aquel que vive para la Iglesia, está en plena armonía con la mente del Espíritu, y crecerá necesariamente. Pero aquel que vive para sí mismo, cuyos pensamientos giran en torno de sí mismo, y cuyas energías se concentran en su propia persona, pronto se volverá inhibido y formal y, con toda probabilidad, abiertamente mundano. Sí, acabará volviéndose mundano en algún aspecto de este término tan amplio; porque el mundo y la Iglesia están en directa oposición el uno con el otro; pero no hay otro aspecto del mundo en que esta oposición sea más evidente, que en su aspecto religioso. Cuando se lo examina a la luz de la presencia divina, se verá que casi ninguna otra cosa es más hostil a los verdaderos intereses de la Iglesia de Dios, que lo que comúnmente se llama el *mundo religioso*.

La Cena es la expresión de la unidad de todos los creyentes

Pero debo apresurarme y pasar a otros aspectos de este tema. Solo quiero enunciar otro principio muy simple en relación con la Cena del Señor, sobre el cual quiero llamar la atención especial del lector cristiano, y es este: que la celebración de la Cena del Señor debe ser la clara expresión de la unidad de *todos* los creyentes y no meramente de la unidad de cierto número de ellos congregados sobre ciertos principios que los distinguen de los demás. Si para la comunión a la Mesa del Señor se impusiera otra condición aparte de la fe en el sacrificio expiatorio de Cristo y una conducta acorde con esa fe, esa mesa dejaría de ser la mesa del Señor y se convertiría en la mesa de una secta, y no tendría así ningún derecho sobre el corazón de los creyentes.

Por otra parte, si al sentarme a una mesa, debo identificarme con cualquier cosa –ya sea en principio o en práctica– que la Escritura no establece como requisito para la comunión, también en ese caso la mesa deja de ser la mesa del Señor y se convierte en una mesa sectaria. No es cuestión de que allí existan o no cristianos, pues en verdad sería difícil hallar una mesa entre las denominaciones protestantes en la que no participen cristianos. El apóstol no dijo: «Es preciso que entre vosotros haya disensiones, para que se hagan manifiestos entre vosotros los que son *cristianos*», sino “los que son *aprobados*” (1 Corintios 11:19). Tampoco dijo «pruébese cada uno a sí mismo *para ver si es cristiano*, y coma así», sino, “pruébese [o apruébese] cada uno a sí mismo” (1 Corintios 11:28), es decir, que se manifieste como uno de los que no solo tienen una conciencia recta en cuanto a su participación individual, sino que también confiesa la unidad del cuerpo de Cristo.

Cuando los hombres establecen sus propias condiciones para la comunión, allí tenemos el principio de la herejía o sectarismo; y allí habrá también un cisma. Por otro lado, cuando una mesa es erigida según los principios bíblicos y de manera tal que un cristiano, sujeto a Dios, puede tomar su lugar en ella, entonces el cisma consiste en no tomar parte en ella. Porque por nuestra participación, y por nuestra conducta conforme a nuestra posición y profesión allí, en tanto nos sea posible, confesamos la unidad de la Iglesia de Dios: ese importante objetivo para el cual el Espíritu Santo fue enviado desde el cielo a la tierra.

Después que el Señor Jesús resucitó de entre los muertos y tomó su lugar a la diestra de Dios, envió al Espíritu Santo a la tierra para reunir a los suyos en un Cuerpo. Nótese bien que el Espíritu debía formar *un* Cuerpo, y no *muchos* cuerpos. Dios no simpatiza con los muchos cuerpos; pero sí puede tener verdaderos creyentes en las diferentes sectas, pues, aunque sean miembros de sectas o partidos humanos, son, sin embargo, miembros del “un Cuerpo”; pero el Espíritu Santo no

forma todos esos *cuerpos*, sino *un solo Cuerpo*, el cuerpo de Cristo, “porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un Cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu” (1 Corintios 12:13).

Espero que no haya un malentendido respecto a este punto. Lo que digo es que el Espíritu Santo no puede reconocer los diferentes partidos existentes en la iglesia profesante ni habitar en ellos, porque él mismo dijo de ellos, por boca del apóstol, en esto “no os alabo” (1 Corintios 11:17). El Espíritu es contristado por los numerosos partidos, y quisiera impedirlos; porque por él todos los creyentes son bautizados para la unidad de un solo Cuerpo; de modo que ninguna persona inteligente puede admitir que el Espíritu Santo puede reconocer los diferentes partidos, que son una tristeza y una deshonra para Él.

Sin embargo, también debemos distinguir entre la morada del Espíritu Santo en la Iglesia y su morada en cada creyente. Él habita en el cuerpo de Cristo que es la Iglesia (véase 1 Corintios 3:16-17; Efesios 2:22). Pero también habita en el cuerpo del creyente, como lo vemos en 1 Corintios 6:19: “... vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios”. Por lo tanto, como el creyente es la única persona en la cual el Espíritu Santo puede habitar, *la Iglesia o Asamblea de Dios en su conjunto* es el único Cuerpo o comunidad en el cual él se complace en habitar. Pero, como ya se dijo, la mesa del Señor en una localidad debe ser la representación de la unidad de toda la Asamblea; si esto no es así, ella ha perdido su verdadero carácter.

Todos los creyentes son «un solo pan y un solo Cuerpo»

Esto nos conduce a otro principio relacionado con la naturaleza de la Cena del Señor: La Cena del Señor es un acto mediante el cual no solo anunciamos la muerte del Señor hasta que él venga, sino también un acto mediante el cual damos expresión a una verdad fundamental, cuya importancia para los cristianos de hoy no podemos dejar de recalcar con la suficiente fuerza e insistencia, a saber: Que *todos los creyentes son «un solo pan y un solo cuerpo»* (1 Corintios 10:17). Es un error muy común ver esta ordenanza simplemente como un conducto por el cual la gracia fluye hacia el alma del individuo, y no como un acto relacionado con todo el Cuerpo, y con la gloria de Aquel que es la Cabeza de la Iglesia. No hay ninguna duda de que ella es un conducto por el cual la gracia fluye hasta el alma de cada participante, pues todo acto de obediencia trae consigo bendición. Pero que la bendición individual es solo una parte muy pequeña de ella, lo puede advertir cualquier lector atento de 1 Corintios 11. Es la muerte del Señor y su venida lo que es traído

de manera prominente ante nuestras almas en la Cena del Señor, y dondequiera que uno de estos elementos es excluido, debe haber algo mal. Si existiera alguna cosa que impidiera la plena expresión de la muerte del Señor, la manifestación de la unidad del Cuerpo o la clara percepción de la venida del Señor, entonces debe haber algo radicalmente malo o falso en el principio sobre el cual la mesa es erigida, y solo precisamos un *ojo sencillo* (Lucas 11:34, V. M.) y una *mente enteramente sumisa* a la Palabra de Dios y al Espíritu de Cristo para poder detectar el mal.

Examine ahora con oración el cristiano lector, la mesa a la que habitualmente toma su lugar, y vea si ella es capaz de soportar la triple prueba de 1 Corintios 11, y, si no la resiste, en el Nombre del Señor y para el bien de la Iglesia, que la abandone. En la iglesia profesante hay herejías y hay cismas que provienen de las herejías, pero “pruébese [o apruébese] cada uno a sí mismo, y coma así” la Cena del Señor. Y si, de una vez por todas, alguien pregunta cuál es el significado del término “aprobado”, contestamos que, en primer lugar, significa ser personalmente fieles al Señor en el acto del partimiento del pan, y, en segundo lugar, sacudir de sí mismos todo atisbo de sectarismo, y tomar nuestra posición firme y decididamente sobre el amplio principio que incluye a *todos* los miembros del rebaño de Cristo. No solo debemos tener cuidado de andar en pureza de vida y con corazones limpios delante del Señor, sino también de que la Mesa de que participamos no tenga absolutamente nada asociado a ella que pueda estorbar la unidad de la Iglesia. No se trata solamente de una cuestión personal. No hay nada que ponga más claramente de manifiesto la profunda decadencia del cristianismo de nuestros días y la terrible medida en que el Espíritu Santo es contristado, que el miserable egoísmo que tiñe –o más bien mancha– los pensamientos de los cristianos profesantes. Todo es hecho para girar alrededor de la mera cuestión del yo. Es «*mi* perdón», «*mi* seguridad», «*mi* paz», «*mis* felices experiencias y sentimientos», etc., y no la gloria de Cristo o el bienestar de su amada Iglesia. Pues bien, que las palabras del profeta hagan mella en nosotros: “Así ha dicho Jehová de los ejércitos: Meditad sobre vuestros caminos. Subid al monte, y traed madera, y *reedificad la casa*; y pondré en *ella* mi voluntad, y *seré glorificado*, ha dicho Jehová. Buscáis mucho, y halláis poco; y encerráis en casa, y yo lo disiparé en un soplo. ¿Por qué? dice Jehová de los ejércitos. Por cuanto *mi* casa está desierta, y cada uno de vosotros corre a *su propia casa*” (Hageo 1:7-9). Aquí está el meollo de la cuestión. El yo se halla en contraste con la casa de Dios; y si se hace de él nuestro objeto, no ha de asombrarnos que haya una triste falta de gozo, energía y poder espiritual. Para que estas cosas sean una realidad en nosotros, debemos estar en comunión con los pensamientos del Espíritu. Él piensa en el cuerpo de Cristo; y si nosotros pensamos en nosotros mismos, debemos necesariamente estar en desacuerdo con él; y las consecuencias no son sino demasiado evidentes.

Las circunstancias en que fue instituida la Cena del Señor

Habiendo tratado lo que considero que es, por lejos, el punto más importante de nuestro tema, pasaré a considerar, en segundo lugar, las circunstancias en que fue instituida la Cena del Señor. Estas circunstancias fueron particularmente solemnes e instructivas. El Señor estaba a punto de entrar en un terrible conflicto contra todos los poderes de las tinieblas, de enfrentar el odio asesino del hombre y de beber hasta sus sedimentos la copa de la justa ira de Jehová contra el pecado. Una terrible mañana le esperaba, la más terrible que jamás ningún hombre ni ángel enfrentó. A pesar de esto, leemos que la misma noche que el Señor Jesús fue traicionado, “tomó pan” (1 Corintios 11:23). ¡Qué amor sin egoísmo! La noche del dolor más profundo, la noche de su agonía en que su sudor era como gruesas gotas de sangre (Lucas 22:44), la noche en que uno de sus discípulos lo traicionó, otro lo negó y todos lo abandonaron, esa misma noche, su corazón, lleno de pensamientos de amor por su Iglesia, instituyó la Cena. Designó el pan como símbolo de su cuerpo ofrecido, y el vino como símbolo de su sangre derramada; y ese mismo significado tienen ambos para nosotros hoy, todas las veces que participemos de ellos, pues la Palabra nos asegura que “todas las veces que comiereis *este pan*, y bebiereis *esta copa*, la *muerte del Señor* anunciáis hasta que él venga” (1 Corintios 11:26).

Ahora bien, todo esto, podemos decir, confiere particular importancia y sagrada solemnidad a la Cena del Señor; y, además, nos da una idea de las consecuencias de comer y beber indignamente.

La voz que la ordenanza profiere en los oídos circuncisos es siempre la misma. El pan y el vino son símbolos de profundo significado: el grano trillado y la uva estrujada se combinan para dar fuerza y alegría al corazón. Y no son solo significativos en sí mismos, sino que también han de ser empleados en la Cena del Señor como los emblemas que el bendito Señor estableció la noche anterior a su crucifixión; de modo que la fe puede contemplar al Señor Jesús presidiendo *su propia Mesa*; puede verle tomar el pan y el vino, y oírle decir: “Tomad, comed; esto es mi cuerpo”, y respecto de la copa: “Bebed de ella *todos*; porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados” (Mateo 26:26-28).

En una palabra, la ordenanza nos retrotrae a la memorable noche a la que ya nos hemos referido. Pone ante nuestros ojos toda la realidad de la cruz y los profundos dolores del Cordero de Dios, y nuestras almas pueden descansar en estas cosas y regocijarse en ellas. Nos recuerda, de la manera más conmovedora, el amor desinteresado y el don completo de Aquel que, cuando el Calvario proyectaba ya su sombra fúnebre sobre Su camino, y la copa de la justa ira de Dios contra

el pecado, que él iba a cargar, estaba llena para él, podía, sin embargo, ocuparse de nosotros y prepararnos una fiesta que expresa de la manera más maravillosa nuestra unión íntima con él y con todos los miembros de su Cuerpo.

¿Y no podemos inferir que el Espíritu Santo haya hecho uso de la expresión “la noche que fue entregado” con el propósito de remediar los desórdenes que habían surgido en la iglesia de Corinto? ¿No había, en la referencia que hace el Espíritu a la noche en que el Señor de la fiesta fue entregado, un reproche severo contra el egoísmo de los que tomaban “su propia cena”? Sin duda que sí. ¿Podemos mirar a la cruz y, a la vez, dar lugar al egoísmo en nuestro corazón? ¿Podemos pensar en nuestros intereses o en nuestra satisfacción personal en presencia de Aquel que se ofreció a sí mismo por nosotros? Es claro que no. ¿Es posible, delante de esa cruz donde el Pastor del rebaño, la Cabeza del Cuerpo, fue crucificado, menospreciar, de manera deliberada y despiadada, a la Iglesia de Dios, introduciendo principios capaces de afligir o excluir a una parte de los amados miembros del rebaño de Cristo? ¡Por cierto que no! Si los creyentes tan solo permaneciesen cerca de la cruz, si recordasen esa misma “noche que fue entregado”, si guardasen por la fe en sus corazones el pensamiento del cuerpo entregado y la sangre del Señor Jesucristo derramada por ellos, todo cisma y herejía, todo espíritu de partido y todo egoísmo desaparecerían rápidamente.

Si siempre fuéramos conscientes de que el Señor mismo está presente a su Mesa, para dispensar el pan y el vino; si pudiésemos oírle decir: “Tomad esto, y repartiadlo entre vosotros” (Lucas 22:17), seríamos más capaces de reunirnos con *todos* nuestros hermanos sobre el *único* terreno de la comunión cristiana que Dios puede reconocer. En una palabra, la persona de Cristo es el centro divino de unión. “Yo –dijo el Señor– si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a *mí* mismo” (Juan 12:32). Cada creyente puede oír a su amado Señor hablando desde la cruz, y diciendo acerca de sus hermanos en la fe: “*He ahí tus hermanos*”. Y si estas palabras fuesen verdaderamente entendidas, actuaríamos, en cierta medida, como lo hizo el discípulo amado para con la madre de Jesús; nuestros corazones y nuestras casas estarían siempre abiertos a todos aquellos que son recomendados a nuestro amor y a nuestros cuidados. La Palabra dice:

“ Recibíos los unos a los otros, como también Cristo nos recibió, para gloria de Dios (Romanos 15:7). ”

Relación entre la Cena del Señor y la Pascua judía

Hay otro punto digno de atención en conexión con las circunstancias en que fue instituida la Cena del Señor, a saber, la relación que existe entre la Cena del Señor y la Pascua judía. “Llegó el día de los panes sin levadura, en el cual era necesario sacrificar el cordero de la pascua. Y Jesús envió a Pedro y a Juan, diciendo: Id, preparadnos la pascua para que la comamos... *Cuando era la hora*, se sentó a la mesa, y con él los apóstoles. Y les dijo: ¡Cuánto he deseado comer con vosotros esta pascua antes que padezca! Porque os digo que no la comeré más, hasta que se cumpla en el reino de Dios. Y habiendo tomado la copa [esto es, la copa de la Pascua], dio gracias, y dijo: Tomad esto, y repartiéndolo entre vosotros; porque os digo que no beberé más del fruto de la vid, hasta que el reino de Dios venga” (Lucas 22:7-18).

La Pascua, como sabemos, era la gran fiesta de Israel, celebrada por primera vez en la noche memorable de su liberación de la esclavitud de Egipto. La relación de la Pascua con la Cena del Señor consiste en que la primera es un *tipo* del hecho del cual la Cena es la *conmemoración*. La Pascua apuntaba hacia adelante, a la cruz; la Cena, en cambio, apunta hacia atrás a la cruz. Pero Israel ya no estaba en una condición moral apta para celebrar la Pascua según los pensamientos de Dios, y por eso el Señor Jesús estaba alejando completamente a sus discípulos de las ordenanzas judías y estableciéndolos en un nuevo orden de cosas. Ya no se debía sacrificar un cordero, sino partir el pan y beber el vino en memoria de Aquel que debía ser “ofrecido *una sola vez*” (Hebreos 9:28), y cuyo sacrificio había de tener un resultado eterno. Aquellos cuyo corazón se inclina ante las ordenanzas judías, tal vez pueden todavía buscar, de una manera u otra, la repetición periódica de un sacrificio o bien de algo que los lleve a acercarse más a Dios .

También hay creyentes que piensan que por la Cena del Señor, el alma entra en un pacto con Dios, o lo renueva. Se olvidan por completo de que, si tuviéramos que hacer un pacto con Dios, estaríamos inevitablemente perdidos; pues el único resultado posible de un pacto entre Dios y el hombre solo puede poner de manifiesto que el hombre es incapaz de guardarlo, lo que traería el juicio. Pero —¡a Dios gracias!— no hay tal cosa como un pacto con nosotros. El pan y el vino, en la Cena, expresan una profunda y maravillosa verdad; hablan del cuerpo dado y de la sangre derramada del Cordero de Dios, de ese Cordero que Dios mismo proveyó (Génesis 22:8; 1 Pedro 1:20). El alma puede entonces reposar con perfecta complacencia; es *el nuevo pacto en la sangre de Cristo*, y no un pacto entre Dios y el hombre. El pacto del hombre había fracasado rotundamente, y el Señor Jesús tuvo que dejar que la copa del fruto de la vid (símbolo de gozo en la tierra) pasara de él. No halló alegría en la tierra. Israel se había convertido en “sarmientos degenerados

de una vid extraña” (Jeremías 2:21, V. M.); por lo cual, solo podía decir: “No beberé más del fruto de la vid, hasta que el reino de Dios venga” (Lucas 22:18). Un período largo y sombrío tendría que venir sobre Israel, antes de que su Rey pudiera hallar algún gozo en la condición moral del pueblo; pero, durante ese período, “la Iglesia de Dios” (1 Corintios 1:2) debía “celebrar la fiesta” de los panes sin levadura, en todo su poder y significado moral, quitando la “vieja levadura de malicia y de maldad” (1 Corintios 5:8), como resultado de la comunión con Aquel cuya sangre “limpia de todo pecado” (1 Juan 1:7).

Finalmente, el hecho de que la Cena del Señor haya sido instituida inmediatamente después de la Pascua, nos enseña un muy valioso principio de verdad, a saber, que los destinos de la Iglesia y del pueblo de Israel, están inseparablemente unidos a la cruz del Señor Jesucristo. Sin duda la Iglesia tiene un lugar más elevado, porque está unida a su Cabeza resucitada y glorificada; pero todo descansa en la cruz. Sí, fue en la cruz donde la inmaculada gavilla de trigo fue molida y el jugo de la vid viviente exprimido por la mano del propio Jehová, para dar fuerza y alegría a los corazones de su pueblo celestial y de su pueblo terrenal, para siempre. El Autor de la vida tomó de la mano justa de Jehová la copa de la ira –la copa del aturdimiento– y la bebió hasta la última gota (véase Isaías 51:17), a fin de poder poner en las manos de su pueblo la copa de la salvación –la copa del inefable amor de Dios– para que “beban y se olviden de su necesidad, y de su miseria no se acuerden más” (Proverbios 31:7). La Cena del Señor pone todo esto ante nuestros ojos. El Señor mismo está allí, y los redimidos deben venir a su presencia, en santa comunión y amor fraternal, para comer y beber delante de él; y mientras hacen esto, pueden volver sus miradas hacia atrás, a esa *noche* de profundo dolor de su Señor, y hacia adelante, al día de Su gloria, a esa “mañana sin nubes”, “cuando venga en aquel día para ser glorificado en sus santos y ser admirado en todos los que creyeron” (2 Tesalonicenses 1:10).

Las personas para quienes fue instituida la Cena del Señor

Vamos a considerar ahora, en tercer lugar, las personas para quienes –y para quienes *solamente*– se instituyó la Cena del Señor. Fue instituida para la Iglesia de Dios, para la familia de los redimidos. Todos los miembros de esta familia deben participar; porque nadie puede estar ausente sin incurrir en la culpa de desobediencia al claro mandamiento de Cristo y de su inspirado apóstol; y la consecuencia de esta desobediencia ciertamente será una declinación espiritual y un completo fracaso en el testimonio para Cristo. Pero estas consecuencias son solo el resultado de la ausencia voluntaria a la Mesa del Señor. Hay circunstancias en las que, por más que haya el deseo más ferviente de estar presente en la celebración de la ordenanza –el que siempre tendrán

las personas espirituales—, uno puede verse impedido de asistir por motivos de fuerza mayor. Pero podemos admitir como un inmutable principio de verdad, que es imposible que uno haga progresos en la vida divina si, por su propia voluntad, se ausenta de la Mesa del Señor. Se le ordenó a “*toda* la congregación de Israel” que celebrara la Pascua (Éxodo 12). Ningún miembro de la congregación podía abstenerse sin sufrir la pena, como lo vemos en el libro de los Números, capítulo 9:13: “Mas el que estuviere limpio, y no estuviere de viaje, si dejare de celebrar la pascua, la tal persona será cortada de entre su pueblo; por cuanto no ofreció a su tiempo la ofrenda de Jehová, el tal hombre llevará su pecado”.

Motivos que mantienen al creyente ausente de la Mesa del Señor

Si pudiera despertar un mayor interés por este importante tema, un gran servicio se prestaría realmente a la causa de la verdad, y los intereses de la Iglesia de Cristo recibirían un nuevo impulso. Hay mucha ligereza e indiferencia en los corazones de los cristianos en cuanto a su participación a la Mesa del Señor. En otros casos, cuando no se trata de indiferencia, hay una tendencia a abstenerse como resultado de una comprensión imperfecta de la justificación por la fe. Estos dos obstáculos, de naturaleza tan diferente, tienen sin embargo una sola y misma causa: el egoísmo.

La indiferencia

El indiferente dejará, de forma egoísta, que las circunstancias de importancia mínima le impidan asistir: ocupaciones de la casa, amor a la propia comodidad, mal tiempo, ligeras o, como a menudo sucede, imaginarias dolencias físicas y tantos otros pequeños impedimentos. Ahora bien, todas estas cosas pasarían desapercibidas o no les daríamos ninguna importancia si se tratara de intereses materiales. ¡Cuán a menudo uno puede observar que los creyentes que no tienen suficiente fuerza espiritual para salir de sus casas el domingo, cuentan con abundante fuerza física el lunes para recorrer unos cuantos kilómetros para ocuparse de sus negocios! ¡Es lamentable que así sea! ¡Qué triste es pensar que la ganancia terrenal pueda tener más influencia en el corazón de un cristiano, que el honor de Cristo y el bien de la Iglesia! Porque es este el modo en que debemos considerar la cuestión de la Cena del Señor. ¿Cuáles serán nuestros sentimientos si, en la gloria del reino venidero, pudiésemos recordar que, mientras estábamos en la tierra, una feria, un mercado o cualquier otra circunstancia terrenal hayan podido ocupar nuestro tiempo y nuestras energías, mientras descuidamos la reunión de los amados de Dios alrededor de la Mesa del Señor?

Querido lector cristiano, si tienes el hábito de descuidar la reunión de los creyentes, te ruego que pienses seriamente delante del Señor en las tristes consecuencias de ausentarte de ella: Faltas en tu testimonio para Cristo, provocas daños y perjuicios a las almas de tus hermanos e impides el progreso de tu propia alma en gracia y conocimiento. No pienses que tus acciones no tienen influencia en toda la Iglesia de Dios. En este preciso momento, eres de ayuda para cada miembro del cuerpo de Cristo en la tierra o bien eres un estorbo; pues “si *un* miembro padece, todos los miembros se duelen con él” (1 Corintios 12:26). Este principio no ha perdido ni su verdad ni su fuerza, aun cuando los cristianos estén dispersos en innumerables partidos. Es tan divinamente verdadero, que no hay un solo creyente en la tierra que no esté siendo una ayuda o un estorbo para el cuerpo de Cristo en su conjunto; y si hay alguna verdad en el principio ya enunciado –es decir, que la Asamblea de los cristianos, y el partimiento del pan, en una determinada localidad, es, o debiera ser, la expresión de la unidad de todo el Cuerpo–, no puedes dejar de reconocer que si te ausentas de la asamblea, o si rechazas unirte a tus hermanos para dar expresión a esa unidad, provocas un serio daño a todos tus hermanos y a tu propia alma. Quisiera que, en el nombre del Señor, tengas estas consideraciones bien presentes en el corazón y en la conciencia, esperando que Dios las haga convincentes .

Comprensión incompleta de la doctrina de la justificación

Pero no solo esta culpable y perniciosa *indiferencia* es lo que impide a muchos creyentes acercarse a la Mesa del Señor; la comprensión incompleta de *la justificación* produce también el mismo triste resultado. Si la conciencia no está perfectamente purificada, y el corazón no ha hallado perfecto reposo en el testimonio de Dios acerca de la obra consumada de Cristo, o bien uno se abstendrá de la Cena, o bien no la celebrará con la debida inteligencia espiritual. Solo aquellos que por la enseñanza del Espíritu Santo conocen el valor de la muerte del Señor, pueden anunciar esta muerte según los pensamientos de Dios. Si considero esta ordenanza como un medio para ser llevado más cerca de Dios, o para obtener el perdón de mis pecados, o para estar más seguro de mi aceptación o tener una percepción más clara de ella, es imposible celebrarla correctamente. Debo creer –como me ordena el Evangelio– que *todos* mis pecados son perdonados *para siempre*, antes de tomar mi lugar, con una verdadera comprensión espiritual, a la Mesa del Señor. Si el asunto no se considera a la luz de este conocimiento, la Cena del Señor solo puede ser considerada como una especie de grada que conduce al altar de Dios; pero en la ley se nos

dice que no debemos subir por gradas al altar de Dios, no sea que se descubra nuestra desnudez (Éxodo 20:26). Esto significa que todos los esfuerzos humanos para acercarse a Dios, solo sirven para descubrir la desnudez humana.

Vemos así que si es la indiferencia lo que impide que el cristiano esté en el partimiento del pan, es algo por demás condenable a los ojos de Dios y muy perjudicial tanto para sus hermanos como para sí mismo. Y si el impedimento es un conocimiento imperfecto de la justificación, no solo es inaceptable, sino, además, muy deshonoroso para el amor del Padre, para la obra del Hijo y para el testimonio claro e inequívoco del Espíritu Santo.

Uno a veces oye decir –incluso por aquellos que gozan de reputación por su espiritualidad e inteligencia–, frases como: «No obtengo ningún provecho espiritual yendo a las reuniones de la asamblea; soy igualmente feliz cuando me quedo en casa leyendo mi Biblia». Me gustaría preguntar afectuosamente a estas personas: ¿No hay un propósito más elevado que nuestra propia felicidad? ¿No es la obediencia al mandato de nuestro bendito Señor –un mandato dado “la noche que fue entregado”–, un motivo mucho más noble y elevado que cualquier cosa que tenga que ver con el *yo*? Si él desea que su pueblo se reúna en su Nombre, con el expreso propósito de anunciar su muerte “hasta que él venga”, ¿nos rehusaremos a participar con el pretexto de que nos sentimos más felices en nuestra casa? El Señor nos pide que estemos presentes a su Mesa; y si nosotros le decimos: «Estamos más felices en casa»; nuestra felicidad, pues, debe estar basada en la desobediencia, y, como tal, es una felicidad no santa. Es mucho mejor, si así debe serlo, ser infelices en la senda de la obediencia, que ser felices en la senda de la desobediencia. Sin embargo, creo firmemente que la idea de ser más felices en casa es pura ilusión; y el fin de todos los que son engañados por ella, demostrará que es así. A Tomás podría haberle dado lo mismo estar o no presente con los demás discípulos cuando el Señor se les apareció; pero se vio privado de la presencia del Señor, y tuvo que aguardar ocho días hasta que los discípulos se reunieran el primer día de la semana; y solo entonces y allí el Señor tuvo a bien revelarse a su alma. Y así ocurrirá con aquellos que dicen: «Nos sentimos más felices en casa que en la reunión de los creyentes». Seguramente quedarán rezagados en conocimiento y experiencia; y sería bueno que no cayesen bajo el terrible *ay* pronunciado por el profeta: “¡Ay del pastor inútil que *abandona el ganado!* Hiera la espada su brazo, y su ojo derecho; del todo se sacará su brazo, y su ojo derecho será enteramente oscurecido” (Zacarías 11:17). Y no en vano el apóstol dijo: “No dejando de congregarnos, *como algunos tienen por costumbre*, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca.

Porque si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados, sino una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios” (Hebreos 10:25-27).

En cuanto a la objeción que se plantea con relación a la esterilidad y falta de bendición en las asambleas cristianas, generalmente se encontrará que la mayor esterilidad espiritual se hallará a menudo junto a un espíritu quejoso y dispuesto a juzgar a los demás; y no dudo de que si aquellos que se quejan de la falta de bendición en las reuniones, y hacen de eso un argumento para quedarse en su casa, pasaran más tiempo a solas en la secreta dependencia del Señor, pidiendo su bendición en las reuniones, tendrían una experiencia muy diferente.

Las personas que no son aptas para participar

Habiendo demostrado por medio de las Escrituras quiénes son las personas que deben participar del partimiento del pan, vamos ahora a considerar quiénes *no* deben tomar parte.

En este punto la Biblia es igualmente clara. El que no pertenece a la verdadera Iglesia de Cristo no debe participar. La misma ley que había ordenado que toda la congregación de Israel comiese la Pascua, mandaba que todos los extranjeros incircuncisos *no* la comiesen. Y ahora que Cristo, nuestra Pascua, ya fue sacrificada por nosotros (1 Corintios 5:7), nadie tiene derecho a celebrar esta fiesta –que debe continuar durante toda esta dispensación–, ni a partir el pan ni a beber el vino en memoria de él, salvo aquellos que conocen y han experimentado por sí mismos el poder purificante y santificante de Su preciosa sangre. Comer el pan y beber la copa sin reconocer el poder de Su sangre y la unión con Él, es comer y beber indignamente, es decir, comer y beber juicio; así ocurrió con la mujer de Números 5, que bebió del agua amarga para hacer la condena-ción más manifiesta y terriblemente solemne.

Ahora bien, en esto la culpa de la cristiandad se pone particularmente de manifiesto. Al tomar la Cena del Señor, la iglesia profesante, como Judas, puso su mano sobre la mesa con Cristo, y lo entregó; ella comió con él y, al mismo tiempo, levantó contra él su calcañar (Lucas 22:21; Juan 13:18). ¿Cuál será su final? El mismo que el de Judas: “Cuando él, pues, hubo tomado el bocado, *luego salió*; y –el Espíritu Santo añade con terrible solemnidad– *era ya de noche*” (Juan 13:30). ¡Qué terrible noche! La más fuerte expresión del amor divino solo desencadenó la más fuerte expresión del odio humano. Lo mismo sucederá también con la falsa iglesia profesante colectivamente, y con cada falso creyente individualmente. Y todos aquellos que, aunque hayan sido bautizados en nombre de Cristo y se hayan sentado a su Mesa para participar de su Cena, hayan

sido, sin embargo, sus traidores, serán, por fin, arrojados a las tinieblas de afuera (Mateo 8:12) –sumergidos en una noche que nunca verá los albores de la mañana–, en un abismo de indecibles dolores sin fin; y aunque puedan decirle al Señor: “Delante de ti hemos comido y bebido, y en nuestras plazas enseñaste” (Lucas 13:26), Su solemne respuesta, que parte el corazón, será, mientras les cierre la puerta: “Apartaos de mí; nunca os conocí” (Lucas 13:27). Oh lector, te suplico que pienses en esto; y si todavía estás en tus pecados, no contamines la Mesa del Señor con tu presencia. Pero en vez de ir allí como un hipócrita, vé al Calvario, como un pobre pecador culpable y perdido, y recibe el perdón y la purificación de Aquel que derramó su sangre para salvar a los pecadores como tú.

El momento y la manera de celebrar la Cena del Señor

Solo agregaré unas palabras acerca del momento y la manera en que se ha de celebrar la Cena del Señor, tal como lo enseñan las Escrituras.

Cuándo debe celebrarse

Aunque al principio la Cena del Señor no fue instituida el primer día de la semana, los capítulos 24 de Lucas y 20 de los Hechos son harto suficientes para demostrar, a todo aquel que se somete a la Palabra, que *ese* es el día en que debe ser especialmente celebrada. El Señor partió el pan con sus discípulos “el primer día de la semana” (Lucas 24:1, 30); y en los Hechos leemos: “El primer día de la semana, reunidos los discípulos para partir el pan...” (Hechos 20:7). Estos pasajes son más que suficientes para demostrar que los discípulos no deben reunirse una vez al mes, cada tres meses o cada seis meses para partir el pan, sino al menos una vez a la semana y, además, el primer día de la semana. Es fácil de comprender también que hay una razón particular, moralmente conveniente, para celebrar la Cena del Señor el primer día de la semana: es el día de la resurrección, el día de la Iglesia, en contraste con el séptimo día, que era el día de Israel. En la institución de la Cena, el Señor apartó los pensamientos de sus discípulos de todas las cosas judías, diciendo que no bebería más del fruto de la vid –del cáliz de la pascua– e introduciendo un nuevo orden de cosas; y nosotros, el mismo día en que la Cena debe ser celebrada, observamos el mismo contraste entre las cosas celestiales y terrenales. Solo en el poder de Su resurrección podemos anunciar la muerte del Señor de la manera apropiada. Cuando el conflicto terminó, Melquisedec trajo pan y vino, y bendijo a Abraham en el nombre del Señor. Así también, nuestro

Melquisedec, cuando el conflicto finalizó y la victoria fue ganada, se hizo presente en resurrección con pan y vino, para fortalecer y consolar los corazones de los suyos, y soplar sobre ellos esa paz que tanto le costó obtener.

Si, pues, el primer día de la semana es el día indicado en las Escrituras para que los discípulos se reúnan para partir el pan, está claro que nadie tiene el derecho de cambiar ese día y partir el pan una vez al mes, o cada seis meses. Debemos someternos estrictamente a la Palabra en este punto, como en todos los demás. Y no dudo de que, cuando los afectos hacia la Persona del Señor son vivos y fervientes, el cristiano querrá anunciar la muerte del Señor tan a menudo como le sea posible. En efecto, parece, por el inicio del libro de los Hechos, que los discípulos partían el pan diariamente. Podemos deducir esto de la expresión: “Y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas” (Hechos 2:46). Sin embargo, no necesitamos depender de simples inferencias en cuanto a la cuestión de que el primer día de la semana es el día en que los discípulos se reunían para partir el pan: es lo que claramente se nos enseña (Hechos 20:7), y vemos su belleza y conveniencia moral.

La manera en que ha de celebrarse

En lo que concierne a la *manera* de celebrar la fiesta, los cristianos deberían ante todo demostrar que el partimiento del pan es el objetivo más elevado de su reunión el primer día de la semana. Deberían mostrar que no se reúnen para la predicación o la enseñanza –aunque la enseñanza pueda ser un complemento feliz–, sino que el partimiento del pan es su principal objetivo. Y esto solo puede hacerse *dándole el primer lugar en la Asamblea*. Y hay una conveniencia moral en este orden, de la misma manera que en el momento. Es la obra de Cristo lo que anunciamos en la Cena, por lo que ella debe tener el primer lugar; y cuando ha sido debidamente anunciada, se debería dar pleno y libre curso a la acción del Espíritu Santo para el ministerio. El oficio del Espíritu Santo es exponer y exaltar el Nombre, la Persona y la obra de Cristo; y si se le permite dirigir y gobernar en la asamblea de los cristianos –lo que sin duda hará–, dará siempre el primer lugar a Cristo y a su obra.

No puedo terminar este escrito sin manifestar mi sentimiento profundo de la debilidad y la superficialidad de cuanto he expuesto sobre un tema tan importante. Siento delante del Señor –en cuya presencia deseo escribir y hablar–, tanta incapacidad para presentar toda la verdad acerca de este tema, que casi me veo tentado a impedir que estas páginas vean la luz. No es que tenga la más mínima duda en cuanto a la verdad que he tratado de exponer; pero siento que para es-

cribir sobre un tema como el partimiento del pan en un tiempo en que hay tanta confusión entre los cristianos profesantes, se requieren afirmaciones directas, claras y transparentes, para lo cual apenas estoy en condiciones de responder.

No tenemos más que una vaga idea de cuánto la cuestión del partimiento del pan se relaciona con la posición y el testimonio de la Iglesia en la tierra, y de cuán ignorada es en general esta cuestión por la iglesia profesante. El partimiento del pan debe ser la clara demostración de la verdad de que todos los creyentes forman *un solo* Cuerpo; pero la cristiandad profesante, con todos sus partidos y sus diferentes mesas para cada denominación, ha negado esta verdad en la práctica.

De hecho, la Cena ha quedado tristemente relegada a un segundo plano. La Mesa, en la cual el Señor debería tener el primer lugar, es casi perdida de vista, y el púlpito, en el que el hombre ocupa el primer lugar, le ha hecho sombra. El púlpito –el que, lamentablemente, es a menudo el instrumento por el cual se crea y perpetúa la desunión–, es para muchos lo más importante; mientras que la Mesa, –la que, si se comprendiera correctamente, manifestaría siempre el amor y la unidad–, ha pasado a ser algo totalmente secundario. Y los más laudables esfuerzos de los hombres para remediar este lamentable estado de cosas, no han servido sino para ponerlo más de manifiesto. ¿Qué resultado ha obtenido la *Alianza Evangélica*? Al menos ha revelado una necesidad existente entre los cristianos profesantes, que ellos mismos reconocen no poder satisfacer. Quieren una unión que son incapaces de conseguir. ¿Por qué? Porque no quieren renunciar a todo lo que se ha *agregado* a la verdad –salvo a lo que tienen como cristianos–, y reunirse conforme a la verdad para partir el pan como discípulos. Digo *como discípulos* y no como miembros de iglesia, como Bautistas o como Independientes. No es que todas esas personas (me refiero a aquellos que aman a nuestro Señor Jesucristo) no puedan tener muchas verdades valiosas. De hecho que sí. Pero no tienen *la verdad* que les impide reunirse *juntos* para partir el pan. ¿Cómo podría la verdad impedir que los cristianos se reúnan para dar expresión a la unidad de la Iglesia? ¡Imposible! Un espíritu sectario en aquellos que sostienen la verdad puede hacer esto, pero la verdad nunca. Pero ¿cómo están las cosas hoy día en la iglesia profesante? Los cristianos de diversas denominaciones pueden reunirse con el propósito de leer la Biblia, orar y cantar juntos durante la semana; pero cuando llega el primer día de la semana, no tienen la mínima idea de dar la única prueba real y eficaz de su unidad que el Espíritu Santo puede reconocer y que consiste en el partimiento del pan. “Siendo uno solo el pan, nosotros, con ser muchos, somos un Cuerpo; pues *todos* participamos de aquel *mismo* pan” (1 Corintios 10:17).

El pecado en Corinto consistía en que no se esperaban unos a otros. Esto se desprende de la exhortación con que el apóstol resume toda la cuestión en 1 Corintios 11:33: “Así que, hermanos míos, cuando os reunís a comer, esperaos unos a otros”. ¿Por qué debían esperarse unos a otros? Seguramente para poder expresar más claramente su unidad. Pero ¿qué habría dicho el apóstol si, en vez de reunirse en un solo lugar, hubieran ido a lugares diferentes según sus diferentes opiniones acerca de la verdad? Él entonces podría haber dicho, con el mayor énfasis posible: «No podéis comer así la Cena del Señor».

Pero tal vez alguien pregunte todavía: «¿Cómo podrían todos los creyentes de una misma localidad reunirse en un solo lugar?». A eso respondo que aun cuando no pudieran reunirse todos en un mismo lugar, podrían hacerlo al menos sobre el mismo principio. ¿Cómo se reunían los creyentes en el tiempo de los apóstoles? La Escritura dice que lo hacían “de común acuerdo” (Hechos 5:12, V. M.). Siendo esto así, tenían poca dificultad en cuanto al lugar físico donde debían reunirse. “El pórtico de Salomón” o cualquier otro lugar, servían para su propósito. Ellos daban expresión a su unidad, y lo hacían de manera clara e inequívoca. Ni las distintas localidades, ni la medida de sus conocimientos o de sus dones podían en modo alguno ser un obstáculo para su unidad. Había “un cuerpo, y un Espíritu” (Efesios 4:4).

Para concluir, quisiera agregar que el Señor ciertamente honrará a aquellos que con fe y fidelidad confiesen y pongan en práctica la unidad de la Iglesia en la tierra. Y cuantas más dificultades impidan llevar esto a cabo, tanto más honrados serán. ¡Quiera el Señor conceder a todos un ojo sencillo (Lucas 11:34, V. M.) y un espíritu humilde y recto para comprender y poner en práctica estas cosas!

*Amado Señor, tu cuerpo ofrecido
En este pan vemos, el cual fue partido.
En la cruz maldita tu sangre derramada
El vino vertido en la copa señala.

Y cuando así nos reunimos aquí,
Anunciamos que uno somos en Ti.
Tu preciosa sangre vertida por nos,
Tu muerte, oh Señor, salvación nos dio.*

*Hermanos en Ti, oh cuán dulce unión
Tu gracia celebran, por siempre en amor;
En tu Nombre reunidos te damos loor
Pues donde estás, sabemos, es el lugar, Señor.*

*Una esperanza tenemos, que has de volver;
A Ti en el aire esperamos ver
Cuando vengas y lleves tu pueblo al hogar,
Contigo por siempre él ha de reinar.*

Jericó y Acor - Privilegio y responsabilidad

El lector hará bien, en primer lugar, en volverse a los dos capítulos de Josué mencionados arriba y leerlos detenidamente. Proporcionan un muy sorprendente e impresionante testimonio del *doble efecto* que produce la presencia de Dios con su pueblo. En el capítulo 6 se nos enseña que la Divina Presencia *aseguró la victoria* sobre el poder del enemigo. En el capítulo 7 aprendemos que la Presencia Divina *exigió el juicio* sobre el mal en el seno de la congregación. Las ruinas de Jericó demuestran lo primero; el “gran montón de piedras” en el valle de Acor atestiguan lo segundo.

Ahora bien, estas dos cosas nunca deben separarse. Las vemos vívidamente ilustradas en cada página de la historia del pueblo de Dios, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. La misma Presencia que asegura la victoria, demanda santidad. Nunca olvidemos esto. Sí, mantenámoslo siempre en la memoria de nuestros corazones. Tiene una aplicación tanto individual como colectiva. Si hemos de caminar con Dios, o más bien, si él ha de caminar con nosotros, debemos juzgar y quitar todo lo que sea inconsistente con su santa Presencia. Dios no puede aprobar el mal no juzgado en su pueblo. Puede perdonar, sanar, restaurar y bendecir; pero no *tolerar* el mal. “*Nuestro Dios es fuego consumidor*” (Hebreos 12:29).

Es tiempo de que el juicio *comience* por la casa de Dios



(1 Pedro 4:17).

¿Debe el solo pensamiento de esto desalentar o deprimir a un verdadero hijo de Dios o siervo de Cristo? Ciertamente que no. No debe desalentar ni deprimir, sino que debe hacer que veamos sobre nuestros corazones, que seamos muy cuidadosos en cuanto a nuestros caminos, nuestros hábitos de pensamiento y de conversación. No tenemos nada que temer mientras Dios esté con nosotros, pero él no puede aprobar el mal en su pueblo; y todo el que ama de veras la santidad bendecirá de todo corazón a Dios por esto. ¿Podríamos desear que fuera de otro modo? ¿Quisiéramos ver rebajada, siquiera algo, la medida de la santidad divina? ¡Dios no lo permita!

Todos los que aman Su nombre, ¿pueden celebrar “la memoria de Su santidad” y regocijarse en la verdad de que “la santidad conviene a Su casa para siempre” (Salmo 30:4; 1 Pedro 1:16)? “Sed santos, porque yo soy santo” (1 Pedro 1:16). Esto no se basa en modo alguno sobre el principio farisaico de: “Estate en tu lugar, no te acerques a mí, porque soy más santo que tú” (Isaías 65:5). Gracias a Dios, no. No es cuestión de lo que somos *nosotros*, sino de lo que *Dios* es. Nuestro carácter y conducta deben ser formados por la verdad de lo que Dios es. ¡Maravillosa gracia! ¡Precioso privilegio!

Como Dios es, así deben ser los suyos. Si se olvidan de esto, él seguramente se los hará recordar. Si, en su gracia infinita, él vincula su nombre y su gloria con nosotros, es necesario que consideremos con cuidado nuestros hábitos y caminos, para no traer reproche a su nombre. ¿Es esto esclavitud legal? No, es la libertad más santa. Podemos estar perfectamente seguros de esto, de que nunca estamos más alejados del legalismo que cuando pisamos ese camino de verdadera santidad que conviene a todos aquellos que llevan el nombre de Cristo. “Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios” (2 Corintios 7:1).

Esta gran verdad es válida en todo momento. Lo vemos en las ruinas de Jericó. Lo leemos en el valle de Acor. ¿Qué fue lo que hizo que los muros amenazadores y los imponentes baluartes de Jericó cayeran ante el sonido de los cuernos de carnero y el grito del pueblo? La presencia de Jehová. Y no importaba si era solo la ciudad de Jericó o toda la tierra de Canaán, ante esa invencible Presencia.

Pero, ¿qué significa la humillante derrota ante la insignificante ciudad de Hai? ¿Cómo es posible que las huestes de Israel, que acababan de salir triunfantes en Jericó, tengan que huir ignominiosamente ante un puñado de hombres en Hai? ¡Ah, la respuesta relata una historia triste! Aquí está; escuchémosla y ponderémosla en lo más profundo de nuestro corazón. Tratemos de sacar el mayor provecho de ella. Abramos nuestro corazón a sus solemnes advertencias. Ha sido escrita para nuestra admonición (véase Romanos 15:4; 1 Corintios 10:11). El Espíritu Santo lo ha registrado sin escatimar esfuerzos, para nuestra enseñanza. ¡Ay de aquel que hace oídos sordos a la voz de advertencia!

“Pero los hijos de Israel cometieron una prevaricación en cuanto al anatema; porque Acán hijo de Carmi, hijo de Zabdi, hijo de Zera, de la tribu de Judá, tomó del anatema; y la ira de Jehová se encendió contra” ¿quién? ¿Simplemente contra Acán o su casa, contra su familia o su tribu? ¡No!, sino “contra los hijos de Israel” (v. 1). Toda la congregación estaba involucrada en el mal. ¿Cómo podía ser eso? La presencia de Dios impartía una unidad a toda la congregación; los unía a todos de tal manera que el pecado de uno se convertía en el pecado de todos. La congregación era una y, por lo tanto, era imposible que alguien tomara una posición independiente. El pecado de cada uno era el pecado de todos, porque Dios estaba en medio de ellos, y no podía soportar el mal no juzgado. Toda la congregación estaba involucrada, y tenía que purificarse del mal antes

de que Jehová pudiera llevarla a la victoria. Si les hubiera permitido triunfar en Hai, se habría argumentado que él era indiferente al pecado de su pueblo, y que podía dar la aprobación con su presencia al “anatema” (v. 13), lo cual sería simplemente una blasfemia contra su santo nombre.

“Después Josué envió hombres desde Jericó a Hai, que estaba junto a Bet-avén hacia el oriente de Bet-el; y les habló diciendo: Subid y reconoced la tierra. Y ellos subieron y reconocieron a Hai. Y volviendo a Josué, le dijeron: No suba todo el pueblo, sino suban como dos mil o tres mil hombres, y tomarán a Hai” –era más fácil decirlo que hacerlo– “no fatigues a todo el pueblo yendo allí, porque son pocos” –pero demasiados para Israel con un Acán dentro del campamento– “Y subieron allá del pueblo como tres mil hombres, los cuales huyeron delante de los de Hai. Y los de Hai mataron de ellos a unos treinta y seis hombres, y los siguieron desde la puerta hasta Sebarim, y los derrotaron en la bajada; por lo cual el corazón del pueblo desfalleció y vino a ser como agua. Entonces Josué rompió sus vestidos, y se postró en tierra sobre su rostro delante del arca de Jehová hasta caer la tarde, él y los ancianos de Israel; y echaron polvo sobre sus cabezas” (v. 2-6).

He aquí una extraña e inesperada experiencia. “Y Josué dijo: ¡Ah, Señor Jehová! ¿Por qué hiciste pasar a este pueblo el Jordán, para entregarnos en las manos de los amorreos, para que nos destruyan? ¡Ojalá nos hubiéramos quedado al otro lado del Jordán! ¡Ay, Señor! ¿qué diré, ya que Israel ha vuelto la espalda delante de sus enemigos? Porque los cananeos y todos los moradores de la tierra oirán, y nos rodearán, y borrarán nuestro nombre de sobre la tierra; y entonces, ¿qué harás tú a tu grande nombre?” (v. 7-9).

Josué, ese amado y honrado siervo de Dios, no vio o no entendió, que fue la gloria misma de ese “grande nombre” lo que exigió la derrota en Hai, así como había logrado la victoria en Jericó. Pero había otros elementos en esa gloria además de *poder*. Había *santidad*, y esa santidad hacía imposible que Dios diera su aprobación con su presencia donde había un mal no juzgado. Josué debió haber concluido que había algo mal en la condición del pueblo. Debía haber sabido que el obstáculo estaba en Israel y no en Jehová. La misma gracia que les había dado la victoria en Jericó, se las habría dado en Hai si las cosas hubiesen estado bien. Pero, lamentablemente, no tenían todo en regla; y, por lo tanto, la derrota, y no la victoria, estaban a la orden del día. ¿Cómo podía haber victoria con un anatema en el campamento? ¡Imposible! Israel debía juzgar el mal, si no, Jehová deberá juzgar a Israel. Haberles dado una victoria en Hai habría sido una afrenta y una deshonra para Aquel cuyo nombre era invocado entre ellos. La Presencia Divina exigía, de

manera absoluta, el juicio del mal; y hasta que este no fuera ejecutado, cualquier nuevo avance en la conquista de Canaán era imposible. “Purificaos los que lleváis los utensilios de Jehová”. “La santidad conviene a tu casa, oh Jehová, por los siglos y para siempre” (Isaías 52:11; Salmo 93:5).

“Y Jehová dijo a Josué: Levántate; ¿por qué te postras así sobre tu rostro? *Israel ha pecado*” –no solamente Acán– “y aun han quebrantado mi pacto que yo les mandé; y también han tomado del anatema, y hasta han hurtado, han mentido, y aun lo han guardado entre sus enseres. *Por esto los hijos de Israel no podrán hacer frente a sus enemigos*, sino que delante de sus enemigos volverán la espalda, por cuanto han venido a ser anatema; ni estaré más con vosotros, si no destruyereis el anatema de en medio de vosotros” (v. 10-12).

Esto es particularmente solemne. Toda la congregación es responsable del mal. “Un poco de levadura leuda toda la masa” (Gálatas 5:9). La incredulidad puede preguntar cómo están todos involucrados en el pecado de uno, pero la Palabra de Dios resuelve definitivamente la cuestión: “*Israel ha pecado*”, “*(ellos) han tomado*”, “*(ellos) han hurtado*”, “*(ellos) han mentido*” (v.11). La congregación era una; una en privilegio, una en responsabilidad. Como tal, el pecado de uno era el pecado de todos, y todos fueron llamados a limpiarse enteramente, quitando al anatema de en medio de ellos. No había un solo miembro de la gran congregación que no hubiese estado afectado por el pecado de Acán.

Esto quizá parezca extraño a la naturaleza humana, pero tal es la solemne e importante verdad de Dios. Fue cierto en la congregación de Israel en la antigüedad, y sin duda no es menos cierto en la Iglesia de Dios ahora. Nadie podía tomar una posición independiente en la congregación de Israel; ¿Cuánto menos puede uno tomarlo en la Iglesia de Dios? Había más de seiscientas mil personas que, para hablar a la manera de los hombres, ignoraban por completo lo que había hecho Acán; y, sin embargo, la palabra de Dios a Josué fue: “Israel ha pecado”. Todos estaban involucrados, todos fueron afectados, y todos tenían que limpiarse antes de que Jehová pudiera llevarlos de nuevo a la victoria.

La presencia de Dios en medio de la congregación formaba la unidad de todos; y la presencia del Espíritu Santo en la Iglesia de Dios, el cuerpo de Cristo hoy en la tierra, une a todos en una unidad divina e indisoluble. Por lo tanto, hablar de independencia es negar el fundamento mismo de la verdad de la Iglesia de Dios, y demostrar, más allá de toda duda, que no entendemos ni su naturaleza ni su unidad tal como se expone en las páginas de la inspiración.

Y si el mal se desliza en una asamblea, ¿qué ha de hacer esta? Aquí lo vemos:

“ Levántate, santifica al pueblo, y di: Santificaos para mañana; porque Jehová el Dios de Israel dice así: Anatema hay en medio de ti, Israel; no podrás hacer frente a tus enemigos, hasta que hayáis quitado el anatema de en medio de vosotros (v. 13).

¿Eran uno en privilegios? ¿Eran uno en el goce de la gloria y la fuerza que la Presencia Divina aseguraba? ¿Eran uno en el espléndido triunfo de Jericó? ¿Quién negaría todo esto? ¿Quién querría negarlo? ¿Por qué, pues, tratar de cuestionar su unidad en la responsabilidad; su unidad con respecto al mal en medio de ellos, y todas sus humillantes consecuencias?

Seguramente, si había unidad en algo, había unidad en todo. Si Jehová era el Dios de Israel, era el Dios de todos, el Dios de cada uno; y este gran hecho glorioso constituía la base sólida tanto de sus elevados privilegios como de sus santas responsabilidades. ¿Cómo podría existir el mal en tal congregación, y un solo miembro no estar afectado por él? ¿Cómo podría haber un anatema en medio de ellos, y un solo miembro no estar contaminado? ¡Imposible! Podemos razonar y discutir hasta que se nos pegue la lengua al paladar, pero todos los razonamientos y argumentos del mundo no pueden afectar en nada la verdad de Dios, y esa verdad declara que "un poco de levadura leuda toda la masa" (Gálatas 5:9).

Pero, ¿cómo se puede descubrir el mal? La presencia de Dios lo revela. El mismo poder que había derribado los muros de Jericó, detectó, reveló y juzgó el pecado de Acán. Era el doble efecto de la misma bendita Presencia, e Israel había sido llamado a participar tanto en lo uno como en lo otro. Intentar separar los dos es insensatez, ignorancia o maldad. No se puede hacer y no se debe intentar.

Privilegio implica responsabilidad

El privilegio de tener a Dios con nosotros

Siempre debemos recordar que, en la historia de los caminos de Dios con su pueblo, *privilegio* y *responsabilidad* están íntimamente ligados entre sí. Hablar de privilegio, o pensar en disfrutarlo, sin la consecuente responsabilidad, es un burdo engaño. Ningún verdadero amante de la santidad podría pensar un solo momento en separar ambas cosas; al contrario, siempre se deleitará en fortalecer y perpetuar el precioso vínculo.

Así, por ejemplo, en el caso de Israel, ¿quién podría apreciar debidamente el elevado privilegio de tener a Jehová morando en medio de ellos? De día y de noche, allí estaba él, para guiarlos y guardarlos, para protegerlos y abrigoarlos, para satisfacer todas sus necesidades, darles pan del cielo y sacarles agua de la roca (véase Deuteronomio 8:15-16). Su presencia era una salvaguardia contra todo enemigo; ninguna arma forjada contra ellos podía prosperar (véase Isaías 54:17); ni un perro podía mover su lengua contra ellos (véase Éxodo 11:7). Eran a la vez invulnerables e invencibles. Con Dios en medio de ellos no tenían nada que temer. Él se encargaba de todas sus necesidades, grandes o pequeñas. Velaba por sus vestidos, para que no se envejecieran; cuidaba sus pies, para que no se hincharan; los cubría con el escudo de su favor, para que ninguna flecha los tocara; estaba entre ellos y todos sus enemigos, silenciando todas sus acusaciones.

La responsabilidad de tener a Dios entre nosotros

Basta con lo dicho en cuanto al *privilegio*. Pero notemos que hay también una correspondiente *responsabilidad* relacionada con este. Veamos cómo ambos están indisolublemente unidos en las siguientes palabras de peso: “Porque Jehová tu Dios anda en medio de tu campamento, para librarte y para entregar a tus enemigos delante de ti; *por tanto, tu campamento ha de ser santo, para que él no vea en ti cosa inmunda, y se vuelva de en pos de ti*” (Deuteronomio 23:14).

¡Precioso privilegio! ¡Solemne responsabilidad! ¿Quién se atrevería a disolver esta sagrada conexión? ¿Se había Jehová dignado a descender en medio de ellos, a caminar con ellos y a poner su tabernáculo entre ellos? ¿Había él condescendido, en su infinita gracia, a ser su compañero de viaje? ¿Estaba allí para las exigencias de cada hora? Sí, bendito sea su Nombre. Ahora bien, si es así, ¿qué exigía su presencia? Hemos visto algo de lo que Su presencia *aseguraba*; pero ¿qué es lo que ella *exigía*? ¡Santidad!

Toda la conducta de Israel debía estar regulada por el gran hecho de la Presencia Divina en medio de ellos. No solo sus grandes instituciones públicas nacionales, sino sus hábitos más privados, debían ser sometidos a la influencia controladora de la presencia de Jehová con ellos. Él controlaba lo que iban a comer, lo que iban a llevar, cómo debían moverse en todas las escenas, circunstancias y relaciones de la vida cotidiana. De noche y de día, dormidos y despiertos, sentados en la casa o andando por el camino, solos o acompañados, él los cuidaba. No se permitía nada, en modo alguno, que fuese inconsistente con la santidad y la pureza que convenían en la presencia del Santo de Israel.

¿Era todo esto fastidioso? ¿Eran los privilegios fastidiosos? ¿Era molesto ser alimentados, vestidos, guiados, guardados y cuidados de todas las formas posibles? ¿Era fastidioso hallar reposo a la sombra de las alas del Dios de Israel? Seguramente que no. ¿Por qué debería ser molesto *entonces conservar limpias* sus personas, sus costumbres y sus moradas? ¿No debe todo corazón sincero, toda alma recta y toda conciencia delicada aceptar la responsabilidad que necesariamente implica la Presencia Divina tan cabalmente como los privilegios que infaliblemente asegura? ¿No deberíamos situar la propia responsabilidad entre nuestros más ricos y elevados privilegios? Incuestionablemente. Todo verdadero amante de la santidad considerará como una señal de infinita gracia, como un orden superior de bendición, andar en compañía de Aquel cuya presencia detecta y condena toda forma de mal. “Tus testimonios son muy firmes; la santidad conviene a tu casa, oh Jehová, por los siglos y para siempre” (Salmo 93:5).

El pecado de Acán

Esta sucesión de pensamientos nos permitirá en cierta medida entender la historia de Acán en Josué 7; una historia en alto grado solemne y admirable; historia que profiere en nuestros oídos, con profundo énfasis, palabras que nuestros corazones descuidados están solo demasiado dispuestos a olvidar. “Dios temible en la gran congregación de los santos, y formidable sobre todos cuantos están alrededor de él” (Salmo 89:7). Si Acán lo hubiese recordado, habría sentido la santa necesidad de cortar de raíz la codicia de su corazón, y habría evitado así que la congregación entera sufriera una humillante derrota en Hai, y todo el dolor y disciplina consecuentes. ¡Qué terrible pensar en un hombre que, por una pequeña ganancia personal —que puede durar a lo sumo durante el tiempo presente—, sumió a toda una congregación en la más profunda turbación, y, lo peor de todo, deshonoró y afligió a Aquel bendito que, en su infinita bondad, se había dignado a establecer su morada en medio de ellos!

La conducta de uno afecta a todos los miembros del Cuerpo

¡Qué bueno sería si cada uno de nosotros, al ser tentado a cometer algún pecado secreto, hiciera una pausa y se preguntara: «¿Cómo puedo hacer esto y contristar al Espíritu Santo de Dios que mora en mí e introducir levadura en la Asamblea del pueblo de Dios?»! Debemos recordar que nuestro andar privado afecta directamente a todos los miembros del Cuerpo. Somos una ayuda para la bendición de todos, o bien un estorbo. Ninguno de nosotros somos átomos independientes; somos miembros de un Cuerpo, incorporados por la presencia del Espíritu Santo; y si andamos en un espíritu relajado, carnal, mundano y autocomplaciente, contristaremos al Espíritu y lastimaremos a todos los miembros.

“Pero Dios ordenó el cuerpo... para que no haya desavenencia en el cuerpo, sino que los miembros todos se preocupen los unos por los otros. De manera que si un miembro padece, todos los miembros se duelen con él, y si un miembro recibe honra, todos los miembros con él se gozan” (1 Corintios 12:24-26).

Puede parecer difícil para algunos comprender esta gran verdad práctica; darse cuenta de cómo nuestra condición y conducta privadas pueden afectar a los demás miembros; pero el hecho simple y obvio es que debemos admitir esto o bien mantener la insensata y antibíblica noción de que cada cristiano es una persona independiente, sin conexión con todo el cuerpo de los creyentes. Si él es miembro de un cuerpo, del cual todos los miembros forman parte y a cuya Cabeza están unidos por la morada personal del Espíritu Santo, entonces, ciertamente, resulta que su andar y su conducta afectan a todos los demás miembros, del mismo modo que si un miembro del cuerpo humano sufre, todos los demás miembros lo sienten. Si hay algo malo en la mano, el pie lo siente. ¿Y por qué? Porque la cabeza lo siente. La comunicación, en cada caso, es con la cabeza primero, y de la cabeza a los miembros.

Ahora bien, aunque Acán no era miembro de un cuerpo, sino simplemente de una congregación, vemos no obstante cómo su conducta privada afectó a toda la congregación. Esto es tanto más sorprendente por cuanto la gran verdad del “un Cuerpo” no había sido revelada y no podía serlo hasta que la redención fuera un gran hecho cumplido. La Cabeza se sentó en el trono de Dios y envió al Espíritu Santo para formar el Cuerpo y unirlo, por Su presencia y morada personal, a la Cabeza en el cielo. Si el pecado secreto de Acán afectó a todos los miembros de la congregación de Israel, ¡cuánto más –podemos decir– el pecado secreto de cualquier miembro del cuerpo de Cristo afectará a todos sus miembros!

Nunca olvidemos esta importante verdad. Que esté siempre presente en nuestros corazones, para que podamos ver la urgente necesidad de una marcha cuidadosa, santa y delicada; para que no deshonremos a nuestra gloriosa Cabeza, no contristemos al bendito Espíritu que habita en nosotros ni lastimemos al miembro más débil de ese Cuerpo, del cual, por la gracia soberana de Dios y la preciosa sangre de Cristo, formamos parte.

Acán es descubierto

Pero llamamos la atención especial del lector sobre cómo se siguió el rastro del pecado de Acán hasta llegar a él. Todo es muy solemne. Acán no se imaginaba que los ojos de alguien estaban puestos en él cuando llevaba adelante su secreta maldad. Seguramente que se sentía perfecta-

mente bien y muy exitoso, cuando tenía el dinero y el manto escondidos en su tienda. ¡Un tesoro fatal, culpable y miserable! ¡Hombre infeliz! ¡Qué terrible es el amor al dinero! ¡Qué terrible es el poder cegador del pecado! Endurece el corazón, cauteriza la conciencia, oscurece el entendimiento, arruina el alma y, en el caso que nos ocupa, trajo la derrota y el desastre sobre todo el pueblo del que formaba parte.

“Y Jehová dijo a Josué: Levántate; ¿por qué te postras así sobre tu rostro?” (v. 19). Hay tiempo para postrarse sobre el rostro, y hay tiempo para estar en pie; tiempo para la postración piadosa, y tiempo para la acción decidida. El alma instruida sabrá el tiempo para cada caso.

“Israel ha pecado, y aun han quebrantado mi pacto que yo les mandé; y también han tomado del anatema, y hasta han hurtado, han mentido, y aun lo han guardado entre sus enseres. Por esto los hijos de Israel no podrán hacer frente a sus enemigos, sino que delante de sus enemigos volverán la espalda, por cuanto han venido a ser anatema; ni estaré más con vosotros, si no destruyereis el anatema de en medio de vosotros. Levántate, santifica al pueblo, y di: Santificaos para mañana; porque Jehová el Dios de Israel dice así: Anatema hay en medio de ti, Israel; *no podrás hacer frente a tus enemigos*, hasta que hayáis quitado el anatema de en medio de vosotros” (v. 11-13).

¡Qué solemne y llamativo es todo esto! ¡Cuán subyugador para las almas! El pueblo de Dios —aquellos que invocan su nombre, que profesan sostener su verdad y que están identificados con él en este mundo— debe ser santo. Él no puede dar la aprobación con su presencia a lo impuro o no santo. Aquellos que gozan del elevado *privilegio* de estar asociados con Dios, son solemnemente *responsables* de guardarse sin mancha del mundo, de lo contrario Dios se verá obligado a tomar la vara de la disciplina y hacer “su extraña obra” (Isaías 28:21) en medio de ellos. “Purificaos los que lleváis los utensilios de Jehová” (Isaías 52:11).

“Levántate, consagra al pueblo y di: “Consagraos para mañana, porque así ha dicho el **Señor**, Dios de Israel: ‘Hay anatema en medio de ti, oh Israel. No podrás hacer frente a tus enemigos hasta que quitéis el anatema de en medio de vosotros’. “Por la mañana os acercaréis, pues, por tribus. Y será que la tribu que el **Señor** señale se acercará por familias, y la familia que el **Señor** señale se acercará por casas, y la casa que el **Señor** señale se acercará hombre por hombre” (v. 13-14, LBLA).

¡Ah, esto era tocar el fondo de la cuestión! El pecador podía tratar de convencerse de que era imposible que lo descubriesen; podía acariciar la viva esperanza de escapar entre la multitud de Israel. ¡Qué miserable ilusión! Puede tener por seguro que su pecado lo alcanzará (véase Números 32:23, LBLA). La misma Presencia que aseguró la bendición individual, aseguró con igual fidelidad la detección del pecado individual más secreto. Era imposible escapar. Si Jehová estaba en medio de su pueblo para poner a Jericó a sus pies y dejarla en ruinas, también estaba allí para poner al descubierto, en sus raíces más profundas, el pecado de la congregación, y sacar al pecador de su escondite para que pague por su maldad.

¡Cuán penetrantes son los caminos de Dios! Primero, las doce tribus son convocadas para que el transgresor se manifieste. Luego, una tribu se pone bajo la mira. Se va más lejos, y la familia es señalada, y, más lejos aún, la propia casa; y, por último, *“hombre por hombre”*. Así, en medio de seiscientas mil personas, los ojos de Jehová, que todo lo escudriñan, detectan sin posibilidad de error alguna al pecador y lo señalan ante los miles de israelitas reunidos.

Castigo de Acán

“Y el que fuere sorprendido en el anatema, será quemado, él y todo lo que tiene, por cuanto ha quebrantado el pacto de Jehová, y ha cometido maldad en Israel. Josué, pues, levantándose de mañana, hizo acercar a Israel por sus tribus; y fue tomada la tribu de Judá. Y haciendo acercar a la tribu de Judá, fue tomada la familia de los de Zera; y haciendo luego acercar a la familia de los de Zera por los varones, fue tomado Zabdi. Hizo acercar su casa por los varones, y fue tomado Acán hijo de Carmi, hijo de Zabdi, hijo de Zera, de la tribu de Judá” (v. 15-18).

“Nuestro Dios es fuego consumidor” (Hebreos 12:29). No puede tolerar el mal en los caminos de su pueblo. Esto explica la solemne escena que tenemos ante nosotros. La mente natural puede razonar acerca de todo esto: quizás se asombre de por qué el mero hecho de tomar un poco de dinero y una prenda de vestir de entre los despojos de una ciudad condenada debe traer aparejadas consecuencias tan terribles y provocar un castigo tan severo. Pero la mente natural es incapaz de entender los caminos de Dios.

Ahora bien, ¿no tenemos derecho a preguntarle al objetor: Cómo podría Dios aprobar el mal en su pueblo? ¿Cómo podría continuar con él? ¿Qué debía hacer con el mal? Si Dios estaba a punto de ejecutar juicio sobre las siete naciones de Canaán, ¿podía ser indiferente al pecado en su pueblo? Seguramente que no. Su palabra es: “A vosotros solos he conocido de entre todas las pa-

rentelas de la tierra; por tanto os castigaré por todas vuestras iniquidades” (Amós 3:2, V. M.). El solo hecho de haberlos puesto en relación con él constituía el fundamento de su trato con ellos en santa disciplina.

Sería el colmo de la insensatez que el hombre razonara acerca de la severidad del juicio divino, o la aparente falta de proporción entre el pecado y el castigo. Todo razonamiento así es falso e impío. ¿Qué fue lo que trajo toda la miseria, la tristeza, la desolación, la enfermedad, el dolor y la muerte, todos los horrores de los últimos seis mil años? ¿Cuál fue la fuente de todo esto? ¿Solo el pequeño acto –como diría el hombre– de comer un poco de fruta? ¡Pero ese pequeño acto fue esa cosa terrible llamada pecado –sí, rebelión– contra Dios!

¿Y qué se necesitaba para expiar el pecado? ¿Qué solución había para esto? ¿Qué es lo que está en contraposición con él como la única expresión adecuada del juicio de un Dios santo? ¿Qué? ¿La quema en el valle de Acor? No. ¿Las eternas llamas del infierno? No; algo mucho más profundo y solemne todavía. ¿Qué? ¡La cruz del Hijo de Dios! ¡El pavoroso misterio de la muerte de Cristo! Aquel terrible grito: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Mateo 27:46). Que se acuerden de esto los hombres y dejen de razonar.

El valle de Acor

Es siempre conveniente que el cristiano pueda “dar respuesta” (1 Pedro 3:15, V. M.), de manera calma y firme, a la objeción que la incredulidad plantea contra las actuaciones del gobierno divino. La respuesta es la siguiente: “El Juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo?” (Génesis 18:25). Si a la criatura se le permite juzgar al Creador, se pone fin a todo gobierno en el vasto universo de Dios. Por lo tanto, cuando oímos a hombres temerarios pronunciar juicio sobre los caminos de Dios, y atreverse a decidir qué es lo que Dios debe hacer y qué es lo que no debe hacer, surge indefectiblemente esta gran cuestión preliminar: *¿Quién ha de ser el juez?* ¿Es el hombre el que ha de juzgar a Dios, o es Dios el que ha de juzgar al hombre? Si es el primero, no hay Dios en absoluto; y si es este último, entonces el hombre ha de inclinar su cabeza con reverente silencio y reconocer su completa ignorancia e insensatez.

El hecho es que si el hombre pudiera desentrañar los misterios del gobierno de Dios, ya no sería hombre, sino Dios. ¡Qué despreciable insensatez, pues, que un pobre mortal, débil, ignorante y miope, ose emitir una opinión sobre los profundos misterios del gobierno divino! Su opinión no solo carece absolutamente de valor, sino que, a juicio de toda mente verdaderamente piadosa,

es positivamente impía y blasfema, un atrevido insulto al trono, a la naturaleza y al carácter de Dios, por lo cual, con toda seguridad, deberá responder ante el tribunal de Cristo, a menos que se arrepienta y halle el perdón a través de la sangre de la cruz.

La línea anterior de pensamiento surge en relación con la solemne escena del valle de Acor. La mente incrédula puede sentirse dispuesta a formular una objeción por la aparente severidad del juicio; a establecer una comparación entre la falta y el castigo; a poner en duda si era justo que los hijos de Acán fuesen incluidos en el mismo pecado de su padre.

A todo esto simplemente respondemos: *¿Somos competentes para juzgar?* Si alguien piensa que lo es, equivale a decir que Dios no es apto para gobernar el mundo, sino que debe dar lugar al hombre. Esta es la verdadera raíz de todo el asunto. La infidelidad quiere deshacerse completamente de Dios, y establecer al hombre en Su lugar. Si Dios debe ser Dios, entonces, ciertamente, sus caminos, los actos de su gobierno, los misterios de su providencia, sus propósitos, sus consejos y sus juicios deben estar más allá de los límites de la más brillante mente humana o angélica. Ni ángel, ni hombre ni el diablo pueden comprender a la Deidad. Que los hombres reconozcan esto, y hagan callar para siempre sus insignificantes, ignorantes y despreciables razonamientos. Que hagan suyas las palabras de Job cuando sus ojos fueron abiertos: “Respondió Job a Jehová, y dijo: Yo conozco que todo lo puedes, y que no hay pensamiento que se esconda de ti. ¿Quién es el que oscurece el consejo sin entendimiento? Por tanto, yo hablaba lo que no entendía; cosas demasiado maravillosas para mí, que yo no comprendía. Oye, te ruego, y hablaré; te preguntaré, y tú me enseñarás. De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven. Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza” (Job 42:1-6). Cuando el alma adopta esta actitud, se pone fin a todas las cuestiones de la incredulidad. Hasta que no se llegue a esto, es de poco valor la discusión.

Pasemos ahora unos instantes a contemplar la solemne escena del valle de Acor; y recordemos que “las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron” (Romanos 15:4). Aprendamos a velar con santo celo sobre las operaciones incipientes del mal en nuestro corazón. Ellas son las que el hombre debería juzgar, y no los actos puros y perfectos del gobierno divino.

¡Qué palabras solemnes y poderosas dirigió Josué a Acán!

“ Hijo mío, da gloria a Jehová el Dios de Israel, y dale alabanza, y declárame ahora lo que has hecho; no me lo encubras (Josué 7:19).

He aquí el tema supremo: “Da gloria a Jehová el Dios de Israel”. Todo depende de esto. La gloria del Señor es la única norma perfecta para juzgar todas las cosas, la regla perfecta para medir todas las cosas, la piedra de toque perfecta para probar todas las cosas. La única gran pregunta para el pueblo de Dios en todos los siglos y en todas las dispensaciones es esta: *¿Qué es lo que conviene a la gloria de Dios?* En comparación con esto, todas las demás cuestiones son menos que secundarias. No se trata de lo que nos conviene a nosotros, de lo que podemos tolerar o de lo que podemos estar de acuerdo. Esta es una consideración menor por cierto. Lo que siempre debemos mirar, en lo que siempre debemos pensar, y lo que siempre hemos de tener en cuenta, es la gloria de Dios. Debemos preguntarnos, ante cualquier cosa que se nos presente: «¿Encaja esto con la gloria de Dios?». Si no, por Su gracia, dejémoslo a un lado.

¿Qué le habría pasado a Acán si hubiese pensado en esto cuando puso sus ojos en el maldito tesoro? ¡Cuánta desgracia se hubiera ahorrado! ¡Cuánto sufrimiento y aflicción les hubiera ahorrado a sus hermanos! Pero, ¡ay, la gente se olvida de todo esto cuando la pasión y la codicia ciegan los ojos, y la vanidad y la locura se adueñan del corazón!, y siguen adelante hasta que el terrible juicio de un Dios santo, que aborrece el pecado, los alcanza. Y entonces, los hombres tienen la pretensión de calificar tal juicio como indigno de un Ser bueno y benévolo. ¡Ignorante presunción! Ellos quieren un dios de su propia imaginación, un dios como ellos, que puede hacer la vista gorda al pecado y tolerar todo tipo de mal. El Dios de la Biblia, el Dios del cristianismo, el Dios de la cruz, el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, no se adapta a tales razonadores infieles. Estos, desde lo profundo de su corazón, profieren a Dios palabras como estas: “Apártate de nosotros, porque no queremos el conocimiento de tus caminos” (Job 21:14).

“Y Acán respondió a Josué diciendo: Verdaderamente yo he pecado contra Jehová el Dios de Israel, y así y así he hecho. Pues vi entre los despojos un manto babilónico muy bueno, y doscientos siclos de plata, y un lingote de oro de peso de cincuenta siclos, lo cual codicié y tomé; y he aquí que está escondido bajo tierra en medio de mi tienda, y el dinero debajo de ello” (v. 20-21).

Aquí se sigue el rastro de la corriente oscura e impura hasta el manantial de donde surge: el corazón de este desdichado hombre. ¡Oh, qué poco sabía que había ojos que lo observaban mientras tomaba parte de los despojos para sí! Solo pensó en una cosa: la satisfacción de su codicia. *Vio, codició, tomó, escondió;* y sin duda creyó que el asunto terminaría allí: que tendría su tesoro, y que nadie se enteraría.

Pero los ojos de Jehová, el Dios de Israel, estaban puestos en él; esos ojos santos, para los cuales no hay nada secreto ni oculto, que penetran en las profundidades del corazón humano y abrazan con la mirada todos los resortes ocultos que mueven las acciones de cada individuo. Sí, Dios lo vio todo, y quiso que Israel lo viera, y Acán también. De ahí la lamentable derrota en Hai, y todo lo que siguió.

¡Qué solemne es esto! Toda la congregación terminó en vergonzosa derrota y desastre. ¡Josué y los ancianos de Israel con sus vestidos rasgados y polvo sobre sus cabezas, postrados sobre sus rostros desde la mañana hasta la tarde! ¡Y luego la divina reprensión, y la solemne reunión de las huestes de Israel, tribu por tribu, familia por familia, casa por casa, hombre por hombre!

¿Y por qué todo esto? Solo para seguir el rastro del mal hasta su fuente, revelarlo y juzgarlo a la vista de toda criatura. Toda inteligencia creada debe ser compelida a ver y confesar que el trono de Dios no puede tener ninguna comunión con el mal. El mismo poder que había derribado los muros de Jericó y ejecutado el juicio sobre sus habitantes culpables, debía manifestarse poniendo al descubierto el pecado de Acán y llevándolo a confesar, desde lo profundo de su corazón convencido de pecado, su terrible culpa. Él, junto con todos sus hermanos, había oído el solemne encargo de Jehová: “Pero vosotros guardaos del anatema; ni toquéis, ni toméis alguna cosa del anatema, no sea que hagáis anatema” –no solamente la tienda de algún individuo, sino– “*el campamento de Israel*, y lo turbéis. Mas toda la plata y el oro, y los utensilios de bronce y de hierro, sean consagrados a Jehová, y entren en el tesoro de Jehová” (v. 18-20).

Todo esto era bastante claro. Nadie podía confundirse. Solo requería un oído atento y un corazón obediente. Era tan claro como el mandamiento dado a Adán y Eva en medio de las moradas del Edén. Pero Acán, como Adán, transgredió el claro y positivo mandamiento. En lugar de guardarlo en su corazón, para no pecar contra Dios (Salmo 119:11), lo pisoteó para satisfacer sus pecaminosos deseos. Fijó su codiciosa mirada en el anatema, que no era más que un miserable montón de polvo, pero que, por el poder de Satanás y el corazón errante de Acán, llegó a ser ocasión de pecado, vergüenza y dolor.

¡Oh, qué tremendo y triste es permitir al pobre corazón ir tras las miserables cosas de este mundo! ¿Qué valor tienen todas estas cosas? Si pudiéramos tener todas las prendas que se hicieron en Babilonia; todo el oro y la plata que se extrajo de las minas de Perú, California y Australia; todas las perlas y los diamantes que lucieron los reyes, príncipes y nobles de este mundo, ¿podrían darnos una hora de verdadera felicidad? ¿Podrían enviar un solo rayo de luz celestial al alma? ¿Podrían darnos un momento de goce pleno y espiritual? Claramente no. En sí mismos no son

sino polvo perecedero; y cuando Satanás los usa, una positiva maldición, miseria y degradación. Todas las riquezas y comodidades materiales que este mundo puede ofrecer, no pueden constituir un sustituto para una hora de santa comunión con nuestro Padre celestial y con nuestro precioso Salvador. ¿Por qué deberíamos codiciar las miserables riquezas de este mundo? Nuestro Dios suplirá todo lo que nos falta “conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús” (Filipenses 4:19). ¿No es esto suficiente? ¿Por qué habríamos de colocarnos al alcance del poder de Satanás al poner nuestro corazón en las riquezas, honores o placeres de un mundo gobernado por el archienemigo de Dios y de nuestras almas? ¿Cuánto más le hubiera valido a Acán haberse contentado con lo que el Dios de Israel le había dado! ¿Cuán feliz habría sido si hubiese estado satisfecho con los muebles de su tienda, con la sonrisa de Jehová y con la “respuesta de una buena conciencia” (1 Pedro 3:21, V. M.)!

Pero no lo estaba; y eso da cuenta de la espantosa escena del valle de Acor, cuyo recuerdo basta para infundir terror en el corazón más fuerte. “Josué entonces envió mensajeros, los cuales fueron corriendo a la tienda; y he aquí estaba escondido en su tienda, y el dinero debajo de ello. Y tomándolo de en medio de la tienda, lo trajeron a Josué y a todos los hijos de Israel, y lo pusieron delante de Jehová. Entonces Josué, y todo Israel con él, tomaron a Acán hijo de Zera, el dinero, el manto, el lingote de oro, sus hijos, sus hijas, sus bueyes, sus asnos, sus ovejas, su tienda y todo cuanto tenía, y lo llevaron todo al valle de Acor. Y le dijo Josué: ¿Por qué nos has turbado? Túrbete Jehová en este día. Y todos los israelitas los apedrearon, y los quemaron después de apedrearlos. Y levantaron sobre él un gran montón de piedras, que permanece hasta hoy. Y Jehová se volvió del ardor de su ira. Y por esto aquel lugar se llama el Valle de Acor, hasta hoy” (Josué 7:19-26).

¿Qué solemne es todo esto! ¿Qué nota de advertencia resuena en nuestros oídos! No intentemos, bajo la falsa influencia de ideas parciales respecto a la gracia, desviar el filo de este pasaje de la Escritura. Leamos atentamente la inscripción en ese espantoso monumento del valle de Acor. ¿Cuál es?: “Dios temible en la gran congregación de los santos, y formidable sobre todos cuantos están alrededor de él”. Y otra vez: “Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él”. Y además: “Nuestro Dios es fuego consumidor” (Salmo 89:7; 1 Corintios 3:17; Hebreos 12:29).

¿Qué palabras de peso, solemnes y escrutadoras son estas! Muy necesarias, por cierto, en estos días de profesión laxa y superficial, cuando las doctrinas de la gracia están tanto en nuestros labios, pero los frutos de justicia son tan poco vistos en nuestras vidas. Aprendamos de ellas la urgente necesidad de velar sobre nuestros corazones y sobre nuestra vida privada, para que el

mal sea juzgado y cortado de raíz, y no produzca sus tristes, vergonzosos y dolorosos frutos en nuestra marcha práctica, causando grosera deshonra al Señor y profundo dolor a aquellos con quienes estamos vinculados en los lazos de la comunión.

Enseñanzas para la Iglesia

El valle de Acor en la profecía

Hay una muy interesante alusión al “valle de Acor” en Oseas 2, que podemos ver de paso, aunque no se conecte con la línea especial de verdad que hemos considerado en esta serie de artículos.

Jehová, al hablar de Israel, dice por medio de su profeta: “Pero he aquí que yo la atraeré y la llevaré al desierto, y hablaré a su corazón. Y le daré sus viñas desde allí, y *el valle de Acor por puerta de esperanza*; y allí cantará como en los tiempos de su juventud, y como en el día de su subida de la tierra de Egipto” (Oseas 2:14-15).

¡Qué gracia conmovedora brilla en estas palabras! “El valle de Acor”: el lugar de *turbación*, lugar de profunda tristeza y vergüenza, de humillación y de juicio; en ese lugar, donde el fuego de la ira justa de Jehová consumió el pecado de su pueblo, habrá pronto “una puerta de esperanza” para Israel; allí cantará también como en los tiempos de su juventud. ¡Qué maravilla oír los cantos de alabanza en el valle de Acor! ¡Qué triunfos gloriosos de la gracia! ¡Qué brillante y bendito futuro para Israel!

“En aquel tiempo, dice Jehová, me llamarás *Ishi*, y nunca más me llamarás *Baali*. Porque quitaré de su boca los nombres de los baales, y nunca más se mencionarán sus nombres. Y te desposaré conmigo para siempre; te desposaré conmigo en justicia, juicio, benignidad y misericordia. Y te desposaré conmigo en fidelidad, y conocerás a Jehová” (v. 16-20).

El efecto y las bendiciones de la presencia divina en la Iglesia

Después de esta digresión sobre el “valle de Acor” en el futuro, volvemos a nuestro tema particular; y al hacerlo pediremos al lector que se vuelva con nosotros, por unos instantes, a los primeros capítulos de los Hechos. Aquí encontramos los mismos grandes resultados de la presencia de Dios en medio de su pueblo, como vimos al principio del libro de Josué; solo que de una manera mucho más gloriosa, como pudiéramos esperar.

En el día de Pentecostés, Dios el Espíritu Santo descendió para formar la Asamblea y sentar su morada en ella. Este grande y glorioso hecho se basó en el cumplimiento de la obra de la expiación, atestiguada por la resurrección de nuestro Señor Jesucristo y su glorificación a la diestra de Dios.

No podemos seguir desarrollando esta verdad en todos sus aspectos en este breve artículo; nos limitamos a llamar la atención del lector sobre los dos puntos prácticos que hemos considerado: el *privilegio* y la *responsabilidad* en relación con la presencia del Señor en medio de su pueblo. Si él estaba allí para *bendecir* –como seguramente lo estaba– también estaba allí, y con la misma certeza, para *juzgar*. Las dos cosas van juntas, y no debemos intentar separarlas.

Primero, pues, vemos el efecto y las bendiciones de la Presencia Divina en la Asamblea: “Todos los que habían creído estaban juntos, y tenían en común todas las cosas; y vendían sus propiedades y sus bienes, y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno” (Hechos 2:44-45). El bendito efecto de la presencia sentida del Espíritu Santo, fue unir sus corazones en una santa y amorosa comunión, hacer que abandonen las cosas terrenales, y llevarlos a fundir sus intereses personales en el crisol del bien común.

¡Preciosos frutos! ¡Ojalá veamos más de ellos! Sin duda los tiempos cambian; pero Dios no ha cambiado, y el efecto de su presencia sentida no cambia. Es cierto que no estamos en Hechos 2. Los tiempos pentecostales pasaron; la cristiandad ha caído en un completo fracaso; la iglesia profesante ha caído de manera irremediable. Todo esto es tristemente cierto; pero Cristo, nuestra Cabeza, permanece en todo su vivo poder y gracia inmutable. “El fundamento de Dios está firme” (2 Timoteo 2:19), tan firme, tan seguro y tan sólido hoy como lo fue en el día de Pentecostés. No hay cambio aquí, bendito sea Dios; por eso podemos afirmar, con toda la confianza posible, que allí donde su presencia es sentida –aun cuando sean tan solo “dos o tres” los congregados al nombre de Jesús–, se encontrarán los mismos preciosos frutos. Los corazones estarán unidos; las cosas terrenales serán desechadas; los intereses personales se sumarán a los del conjunto. No se trata de tirar nuestros bienes sobre un montón común, sino de la gracia que una vez tomó esa forma especial y que en todo momento nos conduciría no solamente a renunciar a nuestras posesiones, sino a nosotros mismos, para el bien de los demás.

Es un error muy grave que alguien diga o piense que, como no estamos en los tiempos pentecostales, no podemos contar con la presencia de Dios con nosotros en la senda de la santa obediencia a su voluntad. Tal pensamiento debe ser juzgado como pura incredulidad. Es verdad que se

nos ha privado de muchos de los dones pentecostales, pero no del Dador. El bendito Consolador permanece con nosotros; y es nuestro feliz privilegio estar en una posición en la cual podemos disfrutar de su presencia y ministerio.

El asunto es *estar* en esa posición; no solamente *decir* que estamos en ella, para jactarnos de estar en ella, sino *realmente* estar en ella. Podemos aplicar aquí la apremiante pregunta del bendito apóstol: “¿De qué aprovechará si alguno dice que” está en terreno divino, si no está realmente en él? Seguramente de nada (véase Santiago 2:14).

Pero no olvidemos que aunque no estemos en Hechos 2, sino en la Segunda Epístola a Timoteo; aunque no estamos en las refrescantes escenas de Pentecostés, sino en los “tiempos peligrosos” de “los postreros días” (2 Timoteo 3:1), sin embargo, el Señor está “con los que de corazón limpio” le invocan (2 Timoteo 2:22), y su presencia es todo lo que necesitamos. Solo confiemos en él, valgámonos de él y apoyémonos en él. Tratemos de estar en una posición en la que podamos contar con su presencia –una posición de total separación de todo lo que él juzga como “iniquidad (v. 19)–, de los “vasos para deshonra” en la “casa grande” (v. 20), y de todos aquellos que, teniendo “forma de piedad”, niegan “el poder de ella” (cap. 3:5, V. M.).

Estas, podemos estar seguros, son las condiciones absolutamente esenciales sobre las cuales cualquier compañía de cristianos puede hacer realidad la Presencia Divina. Podemos reunirnos y formarnos en una asamblea; podemos profesar estar en terreno divino; podemos llamarnos la asamblea de Dios; podemos apropiarnos de todos aquellos pasajes de la Escritura que solo se aplican a aquellos que están realmente reunidos por el Espíritu Santo en el nombre de Jesús; pero si las condiciones esenciales no están allí; si no “invocamos al Señor de corazón puro”; si estamos mezclados con la “iniquidad”; si estamos asociados con “vasos para deshonra”; si estamos caminando de la mano con profesantes sin vida que niegan en la práctica el poder de la piedad, ¿qué pasará? ¿Podemos esperar realizar la presencia del Señor? También Israel podría haberla esperado con Acán en el campamento. No puede ser. Para obtener resultados divinos, debe haber condiciones divinas. Esperar lo primero sin que esté dado lo último, es vanidad, locura y una culpable presunción.

No estamos tratando ahora, ni siquiera tocando, la gran cuestión de la salvación del alma. Este, precioso e importante como es para todos aquellos a quienes concierne, no es en absoluto nuestro tema en esta serie de artículos sobre «Jericó y Acor». Se trata de la solemne e importante cuestión del *privilegio y la responsabilidad* de los que profesan ser el pueblo del Señor y estar congregados a su nombre; y estamos especialmente ansiosos por tratar de hacer que quede grabado

en la mente y el corazón del lector que, a pesar de la irremediable ruina de la iglesia profesante, de su total fracaso en su responsabilidad ante Cristo como su testigo y luminaria en el mundo, es el feliz privilegio de “dos o tres” estar congregados en Su nombre, aparte de todo mal y error circundantes, reconociendo nuestro común pecado y fracaso, sintiendo nuestra debilidad, y esperando su presencia con nosotros y su bendición conforme al amor inmutable de su corazón.

Ahora bien, la medida de la bendición que nuestro siempre fiel y bondadoso Señor puede dar a aquellos que están así congregados, no tiene límite. Él “tiene los siete espíritus de Dios, y las siete estrellas” (Apocalipsis 3:1), o sea, la plenitud del poder espiritual, de los dones ministeriales y de la autoridad para su Iglesia. Tal es su estilo y título al dirigirse a la iglesia de Sardis, la cual, creemos, nos presenta proféticamente la historia del protestantismo.

Privilegio y responsabilidad de la presencia divina en la Iglesia

No se dice, como en el discurso dirigido a Éfeso, que él “tiene las siete estrellas en su diestra” (Apocalipsis 2:1). Hay una importante diferencia en cuanto a esto, y es nuestro ineludible deber reconocer tanto la diferencia como la causa. Cuando la Iglesia comenzó, en el día de Pentecostés, y durante los días de los apóstoles, Cristo, la Cabeza, no solo *poseía* todo don espiritual, poder y autoridad para su Iglesia, sino que era reconocido como su *verdadero administrador*. Tenía las estrellas en su diestra. No se conocía ni se pensaba en tal cosa como la autoridad humana en la Asamblea de Dios. Cristo era reconocido como Cabeza y Señor. Él había recibido los dones, y los repartía conforme a su soberana voluntad.

Así debería ser siempre. Pero, lamentablemente, el hombre se ha inmiscuido en la sagrada esfera de la autoridad de Cristo. Osa entrometerse en el nombramiento del ministerio en la Iglesia de Dios. Sin tener un solo átomo de autoridad divina ni ningún tipo de poder para comunicar el don necesario para el ministerio, asume, sin embargo, él mismo la solemne responsabilidad de llamar, designar u ordenar para el ministerio en la Iglesia de Dios. Si el que escribió estas líneas hubiese intentado designar a un hombre como almirante en la flota de Su Majestad, o a un general en su ejército, habría obtenido el mismo resultado que el que pretende cualquier hombre o cuerpo de hombres al nombrar a un hombre para ministrar en la Iglesia de Dios. Es una audaz usurpación de la autoridad divina. Nadie puede comunicar un don ministerial, ni nombrar a nadie en ninguna rama del ministerio excepto Cristo, la Cabeza y el Señor de la Iglesia; y todos los que se lanzan a hacerlo, tendrán que rendir cuentas a él de ello.

Puede que muchos de los que actúan de esta manera, y muchos otros más que aprueban o se identifican con esta actividad, no sean conscientes de lo que están haciendo; y nuestro Dios es paciente y misericordioso para soportar nuestra debilidad e ignorancia. Todo esto es benditamente cierto; pero en cuanto al principio de la autoridad humana en la Iglesia de Dios, es totalmente falso, y debe ser rechazado con santa decisión por todo aquel que ama, reverencia y adora a la gran Cabeza de la Iglesia y Señor de la Asamblea, que, bendito sea su nombre, todavía tiene los siete Espíritus de Dios y las siete estrellas. Los tiene ahora tan positivamente como en los tiempos apostólicos; y todos los que toman su verdadero lugar, el lugar del juicio propio y de la humillación; todos los que verdaderamente reconocen nuestro pecado y fracaso común, nuestro alejamiento del primer amor y de los primeros principios; todos los que realmente, con verdadera humildad, miran a Cristo solamente para satisfacer todas sus necesidades; todos los que con un corazón ferviente y una piadosa sinceridad, se inclinan a su Palabra y confiesan su nombre, todos ellos probarán seguramente la realidad de Su presencia; lo encontrarán ampliamente suficiente para todas sus necesidades. Pueden contar con él para el suministro de todo don ministerial, y para el mantenimiento de todo orden piadoso en sus reuniones públicas.

Es cierto que sentirán –deberán sentirlo– que no están en los días de Hechos 2, sino en los días de 2 Timoteo. Sin embargo, Cristo es suficiente para ellos, como lo fue para los de antaño. Las dificultades son grandes, pero Sus recursos son infinitos. Sería una locura negar que haya dificultades; pero es pura incredulidad poner en duda la plena suficiencia de nuestro siempre misericordioso y fiel Señor. Él prometió estar con los suyos hasta el fin del siglo. Pero no puede aprobar la arrogación hueca ni la vana pretensión. Él quiere la realidad de las cosas, ama “la verdad en lo íntimo”. Quiere tenernos en nuestro debido lugar, reconociendo nuestra verdadera condición. Allí puede encontrarnos según su infinita plenitud, y conforme a la eterna estabilidad de esa gracia que reina “por la justicia para vida eterna” (Romanos 5:21).

Pero, oh, nunca olvidemos que nuestro Dios se complace en la rectitud de corazón y la integridad de intención. Jamás le faltará al corazón que confía en él; pero se debe confiar realmente en él. De nada servirá decir que confiamos en él cuando en realidad nos apoyamos en nuestras propias ventajas y planes. Aquí es precisamente donde tristemente fallamos. No dejamos espacio para que él actúe en medio de nosotros. No dejamos el campo libre para que él se manifieste. Así somos privados –y no tenemos idea de cuánto– de la bendita manifestación de Su presencia y gracia en nuestras asambleas. Su Espíritu es apagado y contristado, y somos llevados a sentir nuestra pobreza y esterilidad, cuando podríamos estar regocijándonos en la plenitud de Su

amor y en el poder de Su ministerio. Es absolutamente imposible que él pueda alguna vez fallar a aquellos que, reconociendo la verdad de su condición, dependen de él de todo corazón. Él no puede negarse a sí mismo; y nunca puede decir a los suyos que han contado demasiado con él.

No es que debamos buscar alguna manifestación especial de poder en medio de nosotros, algo que atraiga la atención del público, o que haga ruido en el mundo. No hay lenguas, ni dones de sanidad, ni milagros, ni manifestaciones extraordinarias de acción angélica en nuestro favor. Tampoco debemos buscar algo similar al caso de Ananías y Safira: la repentina y terrible ejecución del juicio divino, aterrorizando los corazones de todos, tanto dentro como fuera de la Asamblea.

Tales cosas no deben ser buscadas ahora. No estaría de acuerdo con el estado actual de cosas en la Iglesia de Dios. Sin duda nuestro Señor Jesucristo tiene toda potestad en el cielo y en la tierra, y podría desplegar ese poder ahora como lo hizo en los días de Pentecostés, si así lo quisiera.

Pero él no actúa así, y podemos entender fácilmente la razón. A nosotros nos corresponde andar mansa, humilde y tiernamente. Hemos pecado, hemos fracasado y nos hemos apartado de la santa autoridad de la Palabra de Dios. Debemos siempre tener esto en mente, y contentarnos con un lugar realmente humilde y retirado. Nos sentaría mal el buscar un nombre o una posición en la tierra. Ojalá nos consideremos como nada ante nuestros ojos.

Pero, al mismo tiempo, si ocupamos el lugar que nos corresponde y estamos en él con el espíritu correcto, podemos contar plenamente con la presencia de Jesús con nosotros; y podemos estar seguros de que, donde él está –donde se siente su presencia en gracia–, podemos esperar los más preciosos resultados, tanto en la unión de nuestros corazones en verdadero amor fraternal, haciendo que estemos en aptitud de sentirnos libres de todas las posesiones y lazos terrenales, conduciéndonos en gracia y bondad para con todos los hombres, como también quitando de entre nosotros a todos los que contaminan la Asamblea mediante falsas doctrinas o conductas inmorales.

P.D.: Es de suma importancia que el lector cristiano tenga en cuenta que, cualquiera que sea la condición de la iglesia profesante, tiene el privilegio de gozar de una comunión tan elevada, y de andar en tan elevado sendero de devoción personal, como jamás se conoció en los días más

brillantes de la Iglesia. Nunca debemos tomar el estado de cosas alrededor de nosotros como excusa para rebajar la norma de la santidad y la dedicación personal. *No hay excusa para continuar una sola hora en relación con nada que no resista la prueba de la Sagrada Escritura.*

Es cierto que nos damos cuenta de la triste condición de las cosas –no podemos sino darnos cuenta–; ¡ojalá lo sintiéramos más! Pero una cosa es darnos cuenta, y pasar a través de ella con Cristo, y otra muy distinta es desfallecer bajo su peso y seguir codo a codo el mal, y entregarnos a la desesperación.

¡Que el Señor, en su gracia infinita, produzca en los corazones de todo su pueblo un sentimiento más profundo e influyente de sus privilegios y responsabilidades, tanto individual como colectivamente, para que así pueda haber un testimonio más verdadero y brillante de Su nombre y un devoto grupo de adoradores, obreros y testigos congregados para aguardar Su venida!

La disciplina de la asamblea

“ Tus testimonios son muy firmes; la santidad conviene a tu casa, oh Jehová, por los siglos y para siempre (Salmo 93:5).

Su fundamento

Aquí se nos presenta claramente el verdadero fundamento de la disciplina en la Asamblea. El lugar de la presencia de Dios debe ser santo: “Sed santos, porque yo soy santo” (1 Pedro 1:16). No se basa sobre el miserable principio de: “Estate en tu lugar, no te acerques a mí, porque soy más santo que tú” (Isaías 65:5). Gracias a Dios, no. La disciplina se ejerce, no sobre la base de lo que somos nosotros, sino de lo que Dios es. Permitir el mal no juzgado, ya sea en la doctrina o en la práctica, en la Asamblea, equivale a decir que Dios y el mal pueden ir de la mano, lo cual es sencillamente el último y más audaz distintivo de la impiedad.

Pero algunas personas sostienen que no debemos juzgar, y citan Mateo 7:1 para demostrarlo. Respondemos que el pasaje no tiene nada que decir a la Asamblea: simplemente nos enseña, como individuos, a no juzgar intenciones. Más adelante en el mismo capítulo, se nos dice que tengamos cuidado con los falsos profetas. ¿Cómo podemos tener cuidado, si no debemos juzgar? “Por sus frutos los conoceréis” (Mateo 7:16). Está claro, pues, que, como individuos, debemos juzgar la conducta. No debemos juzgar las intenciones sino los frutos. En 1 Corintios 5, la Asamblea es perentoriamente llamada a juzgar y quitar de en medio de ella al perverso.

“En el nombre de nuestro Señor Jesucristo, reunidos vosotros y mi espíritu, con el poder de nuestro Señor Jesucristo, el tal sea entregado a Satanás para destrucción de la carne, a fin de que el espíritu sea salvo en el día del Señor Jesús”. Y luego, al final del capítulo, leemos: “¿No juzgáis vosotros a los que están dentro? Porque a los que están fuera, Dios juzgará. Quitad, pues, a ese perverso de entre vosotros” (1 Corintios 5:4-5, 12-13).

Esto es claro y concluyente. La Asamblea tiene la solemne obligación de ejercer la disciplina, de juzgar y apartar a los perversos. Negarse a hacerlo es convertirse en una masa leudada; y, ciertamente, Dios y la levadura no juzgada no pueden ir de la mano.

Tengamos en cuenta que hablamos de levadura *no juzgada*. Lamentablemente, sabemos que el mal está en cada uno de los miembros de la Asamblea; pero si es juzgado y rechazado, no contamina la Asamblea, ni interrumpe el goce de la Presencia Divina. No fue el mal en la *naturaleza* del hombre lo que hizo que fuera puesto fuera, sino el mal en su *vida*. Si hubiera juzgado y rechazado el pecado en su naturaleza, la Asamblea no habría sido llamada para juzgarlo y rechazarlo. Todo esto es tan simple como solemne. Una asamblea que se niega a juzgar el mal, en doctrina o en conducta, no es una asamblea de Dios. Puede que haya hijos de Dios en ella, pero están en una posición falsa y peligrosa; y si la asamblea persiste en negarse a juzgar el mal, ellos deberían, con firme decisión, apartarse de él. Son solemnemente llamados a hacerlo:

Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo



(2 Timoteo 2:19).

Pero hay muchos que no entienden la verdad en cuanto a la Asamblea o su disciplina, y citan Mateo 13:30 como prueba de que los perversos no deben ser apartados de la Asamblea o de la Mesa del Señor. El trigo y la cizaña –alegan– deben crecer juntos “hasta la siega”. Sí; ¿pero dónde? ¿En la *Asamblea*? No; sino en el *campo*, y “el campo es el mundo” (v. 38), no la Iglesia. Aducir que, puesto que el trigo y la cizaña deben crecer juntos en el mundo, los perversos deben ser conscientemente admitidos en la Asamblea, es colocar la enseñanza de nuestro Señor Jesucristo en Mateo 13, en directa oposición a la enseñanza del Espíritu Santo en 1 Corintios 5. Por lo tanto, este argumento no puede subsistir ni un momento, sino que debe ser arrojado por la borda. Confundir el reino de los cielos en el Evangelio de Mateo, con la Iglesia de Dios en las Epístolas de Pablo, es manchar la integridad de la verdad de Dios y sumir en la confusión al pueblo del Señor. De hecho, ningún lenguaje humano podría describir adecuadamente las deplorables consecuencias de tal sistema de enseñanza. Pero esta es una digresión de nuestro tema, al que debemos regresar.

Naturaleza de la disciplina

Habiendo demostrado, a partir de las más claras afirmaciones de la Sagradas Escrituras, que la Asamblea está solemnemente obligada a juzgar a los que están dentro, y a expulsar de su seno a los perversos, procederemos ahora a considerar la naturaleza, el carácter y el espíritu de la disciplina que la Asamblea es llamada a ejercer. Nada puede ser más solemne o conmovedor que el acto de apartar a una persona de la Mesa del Señor. Es el último acto triste e ineludible de toda la Asamblea, y debe llevarse a cabo con corazones quebrantados y ojos llorosos. ¡Ay, cuán a

menudo se hace lo contrario! Con qué frecuencia este tan solemne y santo deber consiste en un simple anuncio oficial de que tal persona está fuera de comunión. ¿Ha de extrañarnos que la disciplina llevada a cabo de esta manera no llegue con poder al corazón del que se ha extraviado o a la Asamblea?

¿Cómo, pues, se debe llevar a cabo la disciplina? Como se indica en 1 Corintios 5. Cuando el caso es tan evidente, tan claro –de modo que toda discusión y deliberación queda terminada, y no resta sino lugar para la acción solemne y unánime–, la Asamblea entera debe ser solemnemente convocada *para ese propósito especial* –pues, seguramente, es de suma gravedad e importancia ordenar una reunión especial–. En lo posible, todos deben asistir y buscar gracia para considerar el pecado como propio, descender ante Dios en un verdadero juicio propio y comer el sacrificio por el pecado. La Asamblea nunca debería ser llamada a deliberar o discutir casos, sino a actuar en simple obediencia a la Palabra del Señor. Si existiese alguna petición para discutir el caso, la Asamblea no tiene que actuar (pues rara vez, o nunca, se llegaría a un juicio unánime). El caso debe ser investigado a fondo, y todos los hechos recabados, por aquellos que cuidan los intereses de Cristo y de su Iglesia; y cuando está completamente resuelto, y las pruebas son absolutamente concluyentes, entonces toda la Asamblea está llamada a llevar a cabo, con profunda tristeza y humillación, el triste acto de apartar de su seno al perverso. Es un acto de santa obediencia al mandamiento del Señor.

No podemos sino sentir que, si la disciplina de la Asamblea se llevara a cabo con este espíritu, veríamos resultados muy diferentes. Qué diferente es esto de la lectura formal de un anuncio en el curso de una reunión ordinaria o al final de ella, anuncio que pasa a menudo inadvertido para muchos. Es una cosa completamente diferente, y que vendría acompañada de resultados muy diferentes, tanto en cuanto a la Asamblea como a la persona expulsada. Habría un sentido mucho más profundo, en todos lados, de la gravedad y solemnidad de la disciplina de la Asamblea. ¡Ah, qué necesidad urgente de esto tenemos en todas nuestras asambleas! Somos tristemente propensos a ser frívolos y triviales.

Queremos repetir y recalcar que la separación de una persona de la Mesa del Señor, así como su recepción, debe ser el acto de la Asamblea en su conjunto. Nadie tiene derecho de decirle a otro que deje de concurrir a la mesa del Señor. Si conozco a algún hermano que vive en pecado, debería tratar de ejercitar su conciencia de una manera pastoral. Debo advertirle, y tratar de conducirlo a juzgarse a sí mismo. Si persiste, debo presentar su caso ante aquellos que realmente buscan la honra de Cristo y la pureza de Su Asamblea. Entonces, si no hay esperanza, y no hay

fundamento posible para la vacilación, la Asamblea debe ser convocada a actuar, y la ocasión debe servir para despertar en las conciencias de todos lo solemne que es el terreno que ocupa la Asamblea y la santidad que conviene a la casa del Señor por los siglos y para siempre (Salmo 93:5).

No podemos protestar con la fuerza suficiente en contra de la idea de que toda la Asamblea sea llamada a discutir casos de disciplina. Bien podemos decir: “La naturaleza misma ¿no os enseña” lo indecoroso de brindar los detalles de un caso de inmoralidad, por ejemplo, ante una asamblea promiscua? Es contrario a Dios y contrario a la naturaleza.

Objetivo de la disciplina

Para concluir, consideremos brevemente el objetivo de la disciplina de la Asamblea. El inspirado apóstol, en 1 Corintios 5, nos dice que el objetivo es la salvación “a fin de que el espíritu sea salvo en el día del Señor Jesús” (1 Corintios 5:5). Esto es muy valioso. Es digno del Dios de toda gracia. El hombre es entregado a Satanás para la destrucción de esa cosa odiosa que provocó su humillante caída, para que su espíritu sea salvo en el día del Señor Jesús.

Nunca olvidemos esto. Siempre debemos estar atentos a este precioso resultado cuando alguien tiene que ser expulsado. Debemos esperar mucho en el Señor para reconocer la acción de la Asamblea por esta vía. No debemos apartar a los perversos para sacarnos de encima una vergüenza o un problema para nosotros, sino para mantener la santidad de la casa del Señor, y para la salvación final de aquellos que son expulsados.

Y aquí podemos señalar que la disciplina de la Asamblea nunca puede interferir con la unidad del Cuerpo. Algunas personas hablan de separar o cortar miembros del cuerpo de Cristo, cuando alguno es rechazado o expulsado por la Asamblea. Este es un grave error. El hombre de 1 Corintios 5 era un miembro del Cuerpo, y nada podía tocar esa bendita membresía. Fue expulsado, no porque fuera inconverso, sino porque contaminó la Asamblea. Pero la disciplina fue utilizada para la final bendición de un miembro del Cuerpo. Ningún miembro del Cuerpo puede jamás ser cortado. Todos están indisolublemente unidos a la Cabeza en el cielo, y a los miembros en la tierra, por el Espíritu Santo. “Por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo” (1 Corintios 12:13).

Esto es divinamente simple y claro, y constituye además una respuesta concluyente a la declaración tan común que se hace de que si una persona es cristiana, no debe ser nunca rechazada ni expulsada por la Asamblea. Jamás se suscita una cuestión semejante. Desechar a una persona

por no ser cristiana es contrario al espíritu y a la enseñanza de la Palabra de Dios. Incluso bajo la economía del Antiguo Testamento la gente no fue puesta fuera del campamento por no pertenecer a la simiente de Abraham o a los miembros circuncidados de la congregación, sino porque estaban ceremonialmente contaminados. Véase Números 5.

Pero debemos concluir este artículo con una breve respuesta a una pregunta que a menudo se plantea: ¿Tiene una asamblea hoy poder para entregar a una persona a Satanás? Esta pregunta está claramente respondida por la admirable sabiduría del Espíritu Santo en 1 Corintios 5. Pues, como si lo tuviese previsto, resume su enseñanza al final del capítulo, no dando nuevamente la orden de entregar tal persona a Satanás, sino agregando otro mandato: “Quitad, pues, a ese perverso de entre vosotros” (1 Corintios 5:13).

Esto es muy sorprendente; para que nadie vaya a plantear una objeción en cuanto al poder, el Espíritu Santo nos da claramente a entender que no es una cuestión de poder, sino de obediencia.

P.D.: Hay una clase de disciplina presentada en 2 Tesalonicenses 3 que reclama nuestra más seria atención: “Pero os ordenamos, hermanos, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que *os apartéis* de todo hermano que ande desordenadamente, y no según la enseñanza que recibisteis de nosotros... Si alguno no obedece a lo que decimos por medio de esta carta, a ese señaladlo, y no os juntéis con él, para que se avergüence. Mas no lo tengáis por enemigo, sino amonestadle como a hermano” (v. 6, 14-15).

A esto lo podríamos llamar disciplina personal en la vida privada –algo muy importante y necesario, pero ¡ay! por lo general no comprendido–. No es un caso que requiera la acción de la Asamblea, sino un trato personal fiel. El andar desordenado se refiere a un hermano que no trabaja, sino que va de un sitio a otro entrometiéndose en todo y llevando una vida de ocio. Había que amonestarlo y no juntarse con él. Ahora bien, no podemos dejar de pensar que esta forma de disciplina es muy necesaria. Hay muchos cuyos caminos, si bien no son de una naturaleza tal que requieran excomunión, exigen, sin embargo, un trato fiel: por ejemplo, personas endeudadas, que viven más allá de sus posibilidades, vestidas de manera mundana y vanidosa, impropias de un cristiano, y muchas otras cosas incompatibles con la santidad, la pureza y la solemnidad de la Mesa del Señor y de la Asamblea. Si todos estos casos fueran tratados de acuerdo con el mandato apostólico de 2 Tesalonicenses 3, creemos que sería una verdadera bendición para muchos.

No es preciso añadir que se necesita mucha gracia, mucha sabiduría espiritual, mucho de la mente de Cristo, mucha cercanía a Dios, para llevar a cabo esta clase de disciplina; pero estamos persuadidos de que merece una profunda atención de parte de los cristianos; y seguramente podemos contar con la gracia de Dios para poder obrar para él en este asunto.

Hermanos santos

“ Por tanto, hermanos santos, participantes del llamamiento celestial, considerad al apóstol y sumo sacerdote de nuestra profesión, Cristo Jesús (Hebreos 3:1).

“Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras” (Hebreos 10:24).

Los dos pasajes guardan entre sí una muy íntima relación. Ello se debe a que el autor inspirado de la epístola emplea en ambos una misma palabra, la que solo se halla en estos dos lugares a lo largo de todo este maravilloso tratado .

Somos invitados a *considerar* a Jesús y, al mismo tiempo, a todos aquellos que le pertenecen, dondequiera que se encuentren. Estas son las dos grandes divisiones de nuestra obra. Debemos aplicar nuestra mente diligentemente a él y a sus intereses en la tierra, y así seremos librados de la miserable ocupación de pensar en nosotros mismos y en nuestros propios intereses. Gloriosa liberación, seguramente, por la cual bien podemos alabar a nuestro glorioso Libertador.

El título de “hermanos santos”

Pero antes de examinar los grandes temas que hemos de considerar, detengámonos un momento en el maravilloso título que el Espíritu Santo aplica a todos los creyentes, a todos los verdaderos cristianos. Él los llama “*hermanos santos*”. Este es ciertamente un título de gran dignidad moral. No dice que *debemos ser* santos. No; sino que lo *somos*. Se trata del título o de la posición de todo hijo de Dios en la tierra. Sin duda que al tener esta santa posición por la gracia soberana, debemos ser santos en nuestra marcha; es menester que nuestro estado moral responda siempre a nuestro título. Jamás deberíamos permitir un pensamiento, una palabra o una acción que sea, aun en el menor grado, incompatible con nuestra elevada posición como “hermanos santos”. Santos pensamientos, santas palabras y santas acciones, es lo único que conviene a aquellos a quienes la gracia infinita de Dios ha concedido este título.

No lo olvidemos. No digamos, no pensemos jamás que no podemos mantener tan elevada posición o vivir a la altura de esta medida. La misma gracia que nos ha revestido de esta dignidad, nos hará siempre capaces de mantenerla, y veremos, a continuación de estas líneas, cómo esta gracia actúa, de qué poderosos medios morales ella se vale para producir un andar práctico que esté en armonía con nuestro santo llamado.

La base del título de “hermanos santos”

Pero examinemos sobre qué base el apóstol funda este título de “hermanos santos”. Es de suma importancia tener en claro esta cuestión. Si no vemos que es enteramente independiente de nuestro estado, de nuestra marcha o de nuestro progreso, no podremos comprender ni nuestra posición ni sus resultados prácticos. Afirmamos con la mayor seguridad que la marcha más santa que se haya visto en este mundo, el más elevado estado espiritual que haya sido alcanzado, jamás podría constituir la base de una posición tal como la que expresa este título: “hermanos santos”. Es más, nos atrevemos a afirmar que la obra misma del Espíritu Santo en nosotros, tan esencial como lo es en cada etapa de la vida divina, tampoco podría darnos derecho a entrar en tal dignidad. Nada en nosotros, nada de nosotros, nada concerniente a nosotros, podría jamás constituir el fundamento de esta posición.

¿Sobre qué se basa entonces? He aquí la respuesta: “Porque el que santifica y los que son santificados, *de uno son todos; por lo cual no se avergüenza* de llamarlos hermanos” (Hebreos 2:11). Aquí tenemos una de las verdades más profundas y extensas del santo volumen. Vemos cómo llegamos a ser “hermanos santos”: al estar asociados con Aquel bendito que descendió a la muerte por nosotros, y que en su resurrección vino a constituir el fundamento de este nuevo orden de cosas en el cual tenemos nuestro lugar. Él es la Cabeza de esta nueva creación a la que pertenecemos, el Primogénito entre muchos hermanos, de quienes no se avergüenza, puesto que los ha puesto sobre el mismo terreno que él, y los ha traído a Dios, no solo según la perfecta eficacia de su obra, sino según la perfecta aceptación y la infinita preciosidad de su persona delante de Dios. “El que santifica y los que son santificados, de uno son todos” .

¡Palabras maravillosas! Meditémoslas, querido lector. Notemos la profunda, sí, la inconmensurable diferencia que existe entre “el que santifica” y “los que son santificados”. El Señor, personalmente, de una manera intrínseca, en su humanidad, podía ser “el que santifica”. Nosotros, personalmente, en nuestra condición moral, en nuestra naturaleza, tenemos necesidad de ser santificados. Pero –¡el universo entero alabe su Nombre por la eternidad!– es tal la perfección de su obra, tales son las “riquezas” y “la gloria” de su gracia, que podía ser escrito: “Como él es, así somos nosotros en este mundo”. “El que santifica y los que son santificados, de uno son todos” (1 Juan 4:17; Hebreos 2:11). Todos están en el mismo terreno, y eso por siempre.

Nada puede sobrepasar la grandeza de este título y esta posición. Estamos delante de Dios según todos los gloriosos resultados de su obra perfecta y según toda la aceptación de su Persona. Él nos ha unido consigo, en su vida de resurrección, y nos ha hecho participantes de todo lo que tiene y de todo lo que es como hombre, salvo su Deidad, naturalmente, que es incomunicable.

Necesitábamos ser “santificados”

Prestemos particular atención a lo que implica el hecho de que *necesitábamos* ser “santificados”. Ello pone de manifiesto de la manera más fuerte y clara, la ruina total, sin esperanza y absoluta en que se halla cada uno de nosotros. No importa, en lo que toca a este aspecto de la verdad, quiénes éramos o qué éramos en nuestra vida personal y práctica. Puede que hayamos sido refinados, cultos, amables, morales y religiosos a la manera de los hombres; o bien podíamos haber sido degradados, inmorales, depravados, la hez de la sociedad. En una palabra, en cuanto a nuestro estado moral y a nuestra condición social, podíamos haber estado tan lejos los unos de los otros como los dos polos; pero como *todos* teníamos la necesidad de ser santificados, tanto el más excelente como el peor, *antes* de que pudiésemos ser llamados “hermanos santos”, evidentemente “no hay diferencia” (Romanos 3:22). El más vil no necesitaba nada más, y nada menos el mejor. Todos y cada uno de nosotros estábamos envueltos en una ruina común y teníamos necesidad de ser santificados, puestos aparte, *antes* de poder tomar nuestro lugar entre los “hermanos santos”. Y ahora, puestos aparte, estamos todos en un mismo terreno; el más débil hijo de Dios sobre la faz de la tierra forma parte de los “hermanos santos” tan verdadera y realmente como el apóstol Pablo mismo. No es cuestión de progreso ni de logros, por importante y precioso que sea hacer progresos; se trata simplemente de nuestra común posición delante de Dios, de la cual el “Primogénito” es de una manera viva, en su persona, la eterna y preciosa definición.

La relación del “Primogénito” con los “muchos hermanos”

Pero debemos recordar aquí al lector que es de la mayor importancia ser claros y estar bien fundados en cuanto a la relación del “Primogénito” con los “muchos hermanos”. Esta es una gran verdad fundamental, respecto a la cual no debe haber ninguna vaguedad ni indecisión. La Escritura es clara y enfática sobre este gran punto cardinal. Pero hay muchos que no quieren oír la Escritura. Están tan repletos de sus propios pensamientos que no se toman la molestia de escudriñar las Escrituras para ver lo que dicen sobre este tema. Por eso encontramos a muchos

que sostienen el fatal error de que la encarnación constituye el fundamento de nuestra relación con el “Primogénito”. Los tales consideran a Aquel que se ha encarnado como nuestro “hermano mayor” que, al tomar sobre sí una naturaleza humana, nos unió a él, o se ha unido a nosotros.

Sería difícil expresar convenientemente y enumerar las terribles consecuencias de tal error. En primer lugar, lleva aparejado una positiva blasfemia contra la Persona del Hijo de Dios; es la negación de su humanidad absolutamente pura, sin pecado, perfecta. En su humanidad, era tal que el ángel podía decir a la virgen María: “El *Santo Ser* que nacerá, será llamado Hijo de Dios” (Lucas 1:35). Su naturaleza humana era absolutamente santa. Como hombre, “no conoció pecado” (2 Corintios 5:21). Fue el único hombre en la tierra de quien podía decirse eso. Era único, absolutamente solo en esa condición. No había ni podía haber ninguna *unión* con él *en su encarnación*. ¿Cómo el Santo y los profanos, el Puro y los impuros, el Inmaculado y los manchados podrían haber estado unidos alguna vez? ¡Ello era absolutamente imposible! Aquellos que piensan o dicen que tal cosa era posible, yerran grandemente, ignorando las Escrituras y al Hijo de Dios.

Además, aquellos que hablan de unión en la encarnación son muy manifiestamente enemigos de la cruz de Cristo. En efecto, ¿qué necesidad habría de la cruz, de la muerte o de la sangre de Cristo, si los pecadores pudiesen estar unidos a él en su encarnación? Ninguna, seguramente. No habría ninguna necesidad de expiación, ninguna necesidad de propiciación, ninguna necesidad de los sufrimientos y de la muerte de Cristo como sustituto, si los pecadores pudiesen estar unidos a él sin eso.

De ahí podemos ver que este sistema de doctrina no puede provenir sino del enemigo. Dishonra a la persona de Cristo y pone a un lado su obra expiatoria. Además de todo esto, tal doctrina arroja por la borda la enseñanza de toda la Biblia respecto a la ruina y la culpabilidad del hombre. En suma, destruye completamente todas las grandes verdades fundamentales del cristianismo, y nos deja a cambio un sistema profano, sin Cristo e infiel. Este es el objetivo que el diablo siempre tuvo en vista, y el que todavía persigue; y miles que se llaman maestros cristianos actúan como sus agentes en sus esfuerzos por socavar el cristianismo. ¡Qué tremenda responsabilidad para ellos!

Oigamos reverentemente la enseñanza de las Santas Escrituras sobre este gran tema. ¿Qué significado tienen esas palabras que brotaron de los labios de nuestro Señor Jesucristo, y que Dios el Espíritu Santo ha preservado para nosotros: “Si el grano de trigo no cae en la tierra y *muere*, queda solo” (Juan 12:24)? ¿Quién era este grano de trigo? Él mismo, bendito sea su santo Nombre. Jesús debía morir, a fin de “llevar mucho fruto”. Para rodearse de “muchos hermanos”, debía

descender a la muerte, para quitar de en medio todo obstáculo que impidiera que ellos fuesen eternamente asociados con él en el nuevo terreno de la resurrección. Él, el verdadero David, debía avanzar solo contra el temible enemigo, a fin de tener el profundo gozo de compartir con sus hermanos los despojos, frutos de su gloriosa victoria. ¡Eternas aleluyas sean dadas a su Nombre sin par!

En el capítulo 8 del evangelio de Marcos tenemos un bellissimo pasaje que se relaciona con nuestro tema. “Y comenzó a enseñarles que le era necesario al Hijo del Hombre *padecer* mucho, y ser desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, y *ser muerto*, y resucitar después de tres días. Esto les decía claramente. Entonces Pedro le tomó aparte y comenzó a reconvenirle” (v. 31-32). En otro evangelio, vemos lo que Pedro le dijo: “Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca” (Mateo 16:22). Ahora, prestemos atención a la respuesta y actitud del Señor: “Pero él, volviéndose y *mirando a los discípulos*, reprendió a Pedro, diciendo: ¡Quítate de delante de mí, Satanás! porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres” (Marcos 8:33).

Esto es de una belleza perfecta. No solo presenta a la inteligencia una verdad, sino que deja penetrar en el corazón un brillante rayo de la gloria moral de nuestro adorable Señor y Salvador Jesucristo, con el expreso propósito de inclinar el alma en adoración ante él. “Volviéndose y mirando a los discípulos”, es como si hubiese querido decir a su errado siervo: «Si admito lo que me sugieres, si tengo compasión de mí mismo, ¿qué sería de estos?» ¡Bendito Salvador! Él no pensó en sí mismo. “Afirmó su rostro para ir a Jerusalén” (Lucas 9:51), sabiendo perfectamente lo que allí le esperaba. Iba a la cruz para sufrir allí la ira de Dios, el juicio del pecado, todas las terribles consecuencias de nuestra condición, a fin de glorificar a Dios con respecto a nuestros pecados, y para tener el gozo inefable y eterno de verse rodeado de “muchos hermanos” a quienes, sobre el terreno de la resurrección, podía anunciar el nombre del Padre. “Anunciaré a *mis hermanos* tu nombre” (Hebreos 2:12). De en medio de las terribles sombras del Calvario, donde soportaba por nosotros lo que ninguna criatura inteligente podría jamás sondear, él miraba adelante, hacia este momento glorioso. Para poder llamarnos “hermanos”, él debía encontrar *solo* la muerte y el juicio por nosotros.

Ahora bien, ¿por qué todos estos sufrimientos, si la encarnación era la base de nuestra unión o asociación con él? ¿No es perfectamente evidente que no puede haber ningún vínculo entre Cristo y nosotros excepto sobre la base de una expiación cumplida? ¿Cómo podría existir este vínculo, con el pecado no expiado, la culpabilidad no borrada y los derechos de Dios no satis-

fechos? Sería absolutamente imposible. Mantener semejante pensamiento es ir en contra de la revelación divina, socavar los mismos fundamentos del cristianismo, y este es precisamente, como bien lo sabemos, el objetivo que el diablo siempre persigue.

Pero no nos detendremos más en este tema aquí. Puede que para la gran mayoría de nuestros lectores este punto esté perfectamente claro, y que lo sostengan como una de las grandes verdades esenciales del cristianismo. Pero en un tiempo como este, sentimos la importancia de dar a toda la Iglesia de Dios un claro testimonio de esta bendita verdad. Estamos persuadidos de que el error que hemos combatido –la unión con Cristo en la encarnación– forma parte integrante de un vasto sistema infiel y anticristiano que domina sobre miles de cristianos profesantes, y que ha avanzado mucho en toda la cristiandad. Es la profunda y solemne convicción que tenemos de este hecho, lo que nos conduce a llamar la atención del amado rebaño de Cristo sobre uno de los más preciosos y gloriosos temas que puedan ocupar nuestro corazón, a saber, nuestro título para ser llamados “hermanos santos”.

El Apóstol de nuestra profesión

Nos detendremos ahora unos momentos en la exhortación dirigida a los “hermanos santos, participantes del llamamiento celestial”. Como ya ha sido observado, no somos exhortados *a ser* “hermanos santos”, somos *hechos* tales. Este lugar y esta porción son nuestros en virtud de una gracia infinita, y sobre este hecho el inspirado apóstol basa su exhortación: “Por tanto, hermanos santos, participantes del llamamiento celestial, considerad al apóstol y sumo sacerdote de nuestra profesión, Cristo Jesús”.

Los títulos otorgados aquí al Señor lo presentan a nuestros corazones de una manera muy maravillosa. Abarcan todo el ámbito de su historia: desde el momento en que se hallaba en el seno del Padre hasta que descendió al polvo del sepulcro, y de allí al trono de Dios. Como Apóstol, vino de Dios a nosotros, y como Sumo Sacerdote, ha vuelto a Dios donde está por nosotros. Vino del cielo para revelarnos a Dios, para desplegar ante nosotros el corazón mismo de Dios, para hacernos conocer los preciosos secretos que estaban en su seno. “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo [*en uio = en Hijo*, «esto es, *en la persona del Hijo*»], a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; el cual, siendo el resplandor de su

gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la majestad en las alturas” (Hebreos 1:1-3).

¡Qué maravilloso privilegio que Dios se haya revelado a nosotros en la persona de Cristo! Dios nos ha hablado en el Hijo. El Apóstol de nuestra profesión nos ha dado la plena y perfecta revelación de lo que Dios es. “A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer”. “Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo” (Juan 1:18; 2 Corintios 4:6).

Todo esto es de un precio inestimable. Jesús ha revelado a Dios a nuestras almas. No habríamos podido conocer absolutamente nada de Dios si el Hijo no hubiese venido y nos hubiese hablado. Pero –¡gracias y alabanzas sean dadas a nuestro Dios!– podemos decir con toda la certeza posible: “*Sabemos* que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero; y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el verdadero Dios, y la vida eterna” (1 Juan 5:20). Si recorremos las páginas de los cuatro Evangelios y contemplamos a Aquel bendito que el Espíritu Santo nos presenta en todo el resplandor de su soberana gracia, de esa gracia que brillaba en todas sus palabras, actos y caminos, podemos decir: He ahí a Dios. Lo vemos yendo de lugar en lugar haciendo el bien, y sanando a todos los que estaban oprimidos por el diablo; lo vemos sanando a los enfermos, limpiando a los leprosos, abriendo los ojos a los ciegos y los oídos de los sordos, alimentando a los que tienen hambre, enjugando las lágrimas de la viuda, llorando ante la tumba de Lázaro, y decimos: Este es Dios. Todos los rayos de la gloria moral que brillaron en la vida y el ministerio del Apóstol de nuestra profesión, eran la expresión de Dios. Él era el resplandor de la gloria divina, y la imagen, o exacta impresión, de la sustancia divina.

Tú eres el Verbo eternal

Dios visto y oído, Dios manifestado

Unigénito del Padre celestial

Del cielo el muy Amado.

Hijo bendito, imagen pura de Dios,

De su gloria, esplendor inefable

Hijo de Dios y hombre ¡a Ti loor!

De la Divinidad plenitud insondable.

¡Cuán infinitamente precioso es todo esto para nuestras almas! Tener a Dios revelado en la persona de Cristo, de manera que podemos conocerle, regocijarnos en él, hallar todas nuestras fuentes en él, llamarle “Abba Padre”, marchar en la luz de su bendita faz, tener comunión con él y con su Hijo Jesucristo, conocer el amor de su corazón, el amor mismo con que ama al Hijo, ¡qué profunda bendición! ¡Qué plenitud de gozo! ¡Es absolutamente imposible alabar y bendecir suficientemente al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo por la maravillosa gracia que desplegó hacia nosotros, al introducirnos en tal esfera de bendiciones y privilegios, y al colocarnos en tan maravillosa relación consigo mismo en el Hijo de su amor! ¡Oh, que nuestros corazones le alaben! ¡Que nuestras vidas le glorifiquen! ¡Que la única gran mira y fin de todo nuestro ser moral sea magnificar su Nombre!

El Sumo Sacerdote de nuestra profesión

Examinemos ahora otra división importante de nuestro tema. Hemos de considerar al “sumo sacerdote de nuestra profesión”. Esto también está repleto de las más ricas bendiciones para cada uno de los hermanos santos. El mismo Bendito que, como Apóstol, descendió de Dios hasta nosotros para darle a conocer, ha vuelto a Dios para estar delante de él por nosotros. Vino a hablarnos de Dios, y ha vuelto a lo alto para hablar de nosotros a Dios. Aparece por nosotros ante la faz de Dios. Nos lleva continuamente sobre su corazón. Nos representa delante de Dios, y nos mantiene en la integridad de la posición en que su obra expiatoria nos ha introducido. Su bendito sacerdocio es la provisión divina para nuestra senda en el desierto. Si solo fuese cuestión de nuestra posición o de nuestro título, no tendríamos necesidad de sacerdocio; pero como se trata de nuestro estado actual y de nuestra marcha práctica, no podríamos dar un solo paso si no tuviésemos a nuestro gran Sumo Sacerdote viviendo siempre por nosotros en la presencia de Dios.

Un Sumo Sacerdote que se compadece de nuestras debilidades

Ahora bien, la epístola a los Hebreos nos presenta tres preciosas facetas del servicio sacerdotal del Señor. En primer lugar, leemos en el capítulo 4:

“ Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión. Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado (v. 14-15).

Lector cristiano, ¿no es una preciosa e inmensa bendición tener, a la diestra de la Majestad en los cielos, a Alguien que se *compadece* de nuestras debilidades, que participa en todos nuestros dolores, que siente por nosotros y con nosotros en todos nuestros ejercicios de alma, pruebas y dificultades? ¡Qué dicha inefable tener en el trono de Dios a un Hombre, a un corazón humano perfecto, con el que podemos contar en todas nuestras debilidades, cargas y conflictos; en todo –para resumir–, excepto el pecado! Con este último –bendito sea su Nombre– él no puede tener simpatía.

¿Qué pluma, qué lengua humana, puede describir digna y plenamente la gran bendición que resulta del hecho de tener en la gloria a un Hombre cuyo corazón está con nosotros en todas las pruebas y los dolores de nuestra senda a través del desierto? ¡Qué preciosa provisión! ¡Qué divina realidad! Aquel que tiene toda potestad en el cielo y en la tierra, vive ahora por nosotros en el cielo. Podemos contar con él en todo momento. Entra en todos nuestros sentimientos, como ningún amigo en la tierra podría hacerlo. Podemos acudir a él y decirle cosas que no podríamos confiar a nuestro amigo más íntimo en la tierra. Él solo puede comprendernos perfectamente.

Nuestro gran Sumo Sacerdote entiende todo acerca de nosotros. Ha pasado por todos los dolores y las pruebas que un corazón humano puede conocer. Por eso es capaz de simpatizar perfectamente con nosotros, y se complace en ocuparse de nosotros cada vez que pasamos por el dolor y la aflicción, cuando nuestro corazón es quebrantado y abrumado bajo un peso de angustia que solo él puede conocer plenamente. ¡Precioso Salvador! ¡Misericordioso Sumo Sacerdote! ¡Que nuestros corazones hallen sus delicias en ti, y se acerquen más y más a las fuentes inagotables de consolación y gozo que se hallan en tu tierno amor por todos tus hermanos probados, tentados, que lloran y sufren aquí abajo!

Su incesante intercesión a favor de nosotros en la presencia de Dios

Hebreos 7:25 nos muestra otra parte muy preciosa de la obra sacerdotal de nuestro Señor, a saber: su incesante intercesión a favor de nosotros en la presencia de Dios. “Por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos”.

¡Qué poderoso consuelo para todos los “hermanos santos”! ¡Qué seguridad bendita! Nuestro gran Sumo Sacerdote nos lleva continuamente en su corazón delante del trono. Todo lo que concierne a nosotros está en sus benditas manos, y jamás dejará que nada de lo nuestro peligre. Vive por nosotros, y nosotros vivimos en él. Nos llevará adelante, con seguridad, hasta el fin. Los

teólogos hablan acerca de «la perseverancia final de los santos»; la Escritura habla de la perseverancia *de nuestro divino y adorable Sumo Sacerdote*. Sobre eso reposamos. Él nos dijo: “Porque yo vivo, vosotros también viviréis” (Juan 14:19). “Si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por *la muerte de su Hijo* –el único medio por el cual podíamos ser reconciliados–, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida” (Romanos 5:10), es decir, su vida en lo alto en el cielo. Él se ha hecho a sí mismo responsable –garante– de cada uno de los “hermanos santos”, de llevarlos derecho a la gloria a través de todas las dificultades, pruebas, trampas y tentaciones del desierto. ¡Que el universo entero alabe por siempre su bendito Nombre!

Naturalmente que no podemos, en tan breve escrito, abordar el gran tema del sacerdocio con todos sus detalles. No podemos más que tratar brevemente los tres puntos sobresalientes que ya mencionamos, y citar, para el lector, los pasajes de la Escritura donde aparecen.

Él presenta a Dios nuestros sacrificios de alabanza y acciones de gracias

En Hebreos 13:15 tenemos la tercera parte del servicio que el Señor cumple por nosotros en el santuario celestial: “Así que, ofrezcamos siempre a Dios, *por medio de él*, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesan su nombre”.

¡Qué consuelo es saber que tenemos delante de Dios a Alguien que le presenta nuestros sacrificios de alabanzas y nuestras acciones de gracias! ¡Cuán dulcemente ello nos anima a llevarle en todo tiempo tales sacrificios! Es cierto que pueden parecer muy pobres, magros e imperfectos; pero nuestro gran Sumo Sacerdote sabe cómo separar lo precioso de lo vil. Toma nuestros sacrificios y los presenta a Dios en toda la perfección del perfume de buen olor de su propia Persona y ministerio. El menor suspiro del corazón, la menor expresión de los labios, el más insignificante acto de servicio, sube a Dios no solamente despojado de toda nuestra debilidad e imperfección, sino adornado de toda la excelencia de Aquel que vive siempre en la presencia de Dios, no solamente para simpatizar e interceder, sino también para presentar nuestros sacrificios de acciones de gracias y alabanza.

Todo esto está lleno de aliento y de consuelo. ¡Cuán a menudo tenemos que lamentarnos de nuestra frialdad, esterilidad y falta de vida, tanto en privado como en público! Parece que somos incapaces de hacer algo más que proferir un gemido o suspiro. Pues bien, Jesús –y este es el fruto de su gracia– toma este gemido o este suspiro, y lo presenta a Dios en todo el valor de lo que es. Ello es parte de su ministerio actual por nosotros en la presencia de nuestro Dios, ministerio que

él se complace en cumplir —¡bendito sea su Nombre!—. Él halla su gozo en llevarnos sobre su corazón ante el trono. Piensa en cada uno de nosotros en particular, como si no tuviera más que uno solo en quien pensar.

¡Qué maravilloso es esto!, pero así lo es. Él entra en todas nuestras pequeñas pruebas, en nuestros dolores más despreciables, en nuestros conflictos y ejercicios de corazón, como si no tuviera otra cosa en que pensar. Cada uno de nosotros posee la atención y simpatía indivisas de su grande y amante corazón, en todo lo que pueda surgir durante nuestro pasaje a través de esta escena de pruebas y dolores. Él la recorrió toda. Conoce cada paso, cada momento, del camino. Podemos discernir la huella bendita de sus pisadas a través del desierto, y, mirando a lo alto los cielos abiertos, le vemos en el trono, a él, al Hombre glorificado, pero al mismo Jesús que estuvo aquí abajo; las circunstancias en que estuvo han cambiado, pero no así su corazón tierno, amante y lleno de simpatía: “El mismo ayer, y hoy, y por los siglos” (Hebreos 13:8).

Tal es, pues, amado lector cristiano, el gran Sumo Sacerdote a quien se nos exhorta a *considerar*. Realmente, tenemos en él lo que responde a todas nuestras necesidades. Su simpatía es perfecta; su intercesión prevalece sobre todo, y nuestros sacrificios, para él, son hechos aceptables. Bien podemos decir: Lo tenemos “todo, en abundancia” (Filipenses 4:18, V. M.).

“Considerémonos unos a otros”

Y ahora, como conclusión, echemos un vistazo a la exhortación de Hebreos 10:24: “*Considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras*”.

La conexión moral de este pasaje con el que nos ha ocupado primeramente, es verdaderamente hermosa. Cuanto más atentamente consideremos a Jesús, tanto más aptos y dispuestos estaremos para considerar a todos los que le pertenecen, quienesquiera que sean y dondequiera que se encuentren. Mostradme un hombre lleno de Cristo, y yo os demostraré que ese mismo hombre está lleno de amor, solicitud e interés por cada miembro del cuerpo de Cristo. Así debe ser. Es simplemente imposible estar cerca de Cristo, y no tener el corazón lleno de los más tiernos afectos por *todos* los que le pertenecen. No podemos considerarle a él, sin acordarnos de ellos y ser conducidos a servirles, a orar por ellos, a tener simpatía respecto a ellos de acuerdo con nuestra débil medida.

Si escucháis a una persona hablar en voz alta de su amor por Cristo, de su apego a su Persona y del deleite que halla en él, y, al mismo tiempo, veis que no hay en esta persona amor por los que pertenecen a Cristo —no hay solicitud respecto a ellos, ni interés por sus circunstancias, ni

disposición para dedicarles tiempo y esfuerzo, ni sacrificio de sí mismo por amor a ellos—, podéis estar seguros de estar en presencia de una profesión vacía y sin valor. “En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos. Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él? Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad”. Y todavía: “Y nosotros tenemos este mandamiento de él: El que ama a Dios, ame también a su hermano” (1 Juan 3:16-18; 4:21).

Estas son palabras saludables para cada uno de nosotros. ¡Ojalá que hagan mella en el fondo de nuestro corazón! ¡Ojalá que, por la poderosa acción del Espíritu Santo, podamos ser hechos capaces de responder con todo nuestro corazón a estas dos importantes y acuciantes exhortaciones: a *considerar al apóstol y sumo sacerdote de nuestra profesión*, y a *considerarnos los unos a los otros*! Y recordemos que una consideración conveniente de los unos por los otros jamás revestirá la forma de una curiosidad indiscreta ni de un *espionaje* inexcusable: cosas que solo pueden ser consideradas como la plaga y la destrucción de toda sociedad cristiana. No; es lo contrario de todo esto. Es la solicitud tierna y amorosa, que se expresa de una manera delicada en todo servicio brindado, fruto del amor de una verdadera comunión con el corazón de Cristo.